





**PATERNIDAD INNOVADORA EN  
CARTAGENA  
“Un proyecto esperanzador...”**

**Carmenza Jiménez Torrado**

**PATERNIDAD INNOVADORA EN CARTAGENA**  
**“un proyecto esperanzador...”**

Autora: CARMENZA JIMÉNEZ TORRADO.

Asistente de investigación: Leidy Laura Perneth Pareja

Primera edición, primer semestre 2014

ISBN: 978-958-8736-62-4

Rector:

Germán Arturo Sierra Anaya

Vicerrector Académico:

Edgar Parra Chacón

Vicerrector de Investigación:

Jesús Olivero Verbel

Vicerrector Administrativo:

Robinson Mena Robles

Secretaria General:

Marly Mardini Llamas

---

306.7 / J564

Jiménez Torrado, Carmenza

Paternidad innovadora en Cartagena: Un proyecto esperanzador... /

Carmenza Jiménez Torrado; Badrán Padauí, Editor -- Cartagena de

Indias: Editorial Universitaria, c2014

200p.

Incluye referencias bibliográficas (p.187 – 194)

ISBN: 978-958-8736-62-4

1. Estudios de género – Cartagena (Colombia) 2. Identidad de género  
– Cartagena (Colombia) I. Badrán Padauí, Freddy, Ed.

CEP: Universidad de Cartagena. Centro de Información y Documentación  
José Fernández de Madrid.

---

Editor: Freddy Badrán Padauí

Jefe de Sección de Publicaciones

Universidad de Cartagena

Diseño de Portada: Jorge Barrios Alcalá

Foto de Portada: Yulieth P. Peñaranda Jiménez

Diagramación: Alicia Mora Restrepo

Derechos

©

Editorial Universitaria, Centro, Calle de la Universidad,  
Cra. 6, N° 36 -100, Claustro de San Agustín, primer piso  
Cartagena de Indias, 2014

Hecho en Colombia /Made in Colombia

**PATERNIDAD INNOVADORA EN  
CARTAGENA**  
**“Un proyecto esperanzador...”**

**Carmenza Jiménez Torrado**  
**Trabajadora Social**  
*Mg. Estudios de Género*  
*Docente-Investigadora*  
*Facultad de Ciencias Sociales y Educación*



*A mi padre Don Carmen Roso Jiménez Bayona:  
por permitirse casi en el ocase, ser distinto*

*A mis amados, Aimer, Santiago y Nicolás por brindarme la oportunidad de vivir el amor*

*A todos los MAPIS, los presentes y futuros...*



# Contenido

PRÓLOGO	11
A MODO DE INTRODUCCIÓN	17
PRIMERA PARTE. Fundamentos epistemológicos, metodológicos y teóricos que respaldan la investigación	27
Capítulo I. Exigencias metodológicas del abordaje de la realidad social desde un enfoque cualitativo con perspectiva de género: Cuando el objeto se vuelve sujeto.	29
Capítulo II. Entre autoras, autores, teorías y posturas: Apuestas por contextualizar el objeto-sujeto de estudio	47
SEGUNDA PARTE. Escenarios, relaciones y contextos desde los cuales se construyen identidades masculinas	63
Capítulo III. Escenarios y relaciones familiares en la Cartagena de los años 60	65
TERCERA PARTE. Las paternidades se transforman en una relación dinámica entre el contexto y la intimidad	104
Capítulo IV. Cartagena: Un contexto lleno de desafíos para una paternidad que quiere dejar de ser	105
Capítulo V. <i>Cuando las experiencias vividas marcan, ya no vuelves a ser igual</i> : Hitos en la vida de los padres innovadores	149
REFLEXIONES FINALES	181
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	185
GLOSARIO	193



## PRÓLOGO

Hace más de 25 años vengo investigando las tendencias de cambio de las familias colombianas y sus relaciones de género, los procesos de socialización, la paternidad y la maternidad. He construido y realizado investigaciones de tipo cualitativo, cuya fuente de información son los relatos de vida de hombres y mujeres, provenientes del sector rural y urbano de diversas clases sociales y habitantes de distintas ciudades colombianas. Trato de establecer, por medio de entrevistas profundas, un diálogo de saberes entre la investigadora y quienes son sujetas o sujetos de investigación, y admirada, cada vez me convengo más, de que en estas conversaciones nos vamos transformando mutuamente.

Gracias a la epistemología soy consciente de que los relatos no representan la realidad y que los recuerdos y la memoria distan de ser transferidos a imágenes similares a una cámara fotográfica del pasado, pero he encontrado en ellos juegos del lenguaje que nos proveen de excelentes pistas para conocer culturas diversas y, al tiempo, romper imaginarios sobre las relaciones familiares que habíamos idealizado. He interpretado en los relatos contextos económicos y sociales, formas de vida material, historias de las instituciones vistas por quienes conversan sobre ellas, he reconocido en estas narraciones los significados y prácticas sobre cambios sociales, culturales e intergeneracionales. Estos relatos me han entregado algo invaluable;

el reconocimiento de la vida humana, con todas las contradicciones y ambigüedades que cada una contiene.

Los relatos traen a cuento las relaciones de un yo que se construye en medio de las mismas. Evocamos ideas sobre la forma como reflexionamos y explicamos nuestros afectos, las cercanías y las distancias que a partir de la autorreflexión, expresan los sentimientos, al tiempo que en el relato mismo elaboramos y reconstruimos imágenes y relaciones que habíamos construido alrededor de nuestros antecesores y ¿por qué no decirlo? sobre la forma como en la vida hemos reconstruido nuestra identidad, nos hemos desgarrado ante las pérdidas, y al mismo tiempo los reordenamientos de nuestras narrativas, tan útiles para olvidar y volver a empezar.

Al escuchar las narraciones hemos podido plasmar en textos las voces de grupos de personas más relacionadas con la cultura oral, cuyas historias jamás habrían sido conocidas, sino hubieran entrado en contacto con quienes investigan. En síntesis, comparto con Daniel Bertaux, su reflexión acerca de dos dimensiones que constituyen un aporte invaluable de la investigación acerca de los relatos: “lo socio-estructural, como expresión de la parte de la vida material, lo institucional, lo dado, la producción, la reproducción, el trabajo y al mismo tiempo, lo socio-simbólico, lo vivido, lo emocional, las actitudes y las representaciones del valor”. (Bertaux, D: 1996: 91 )

Durante el proceso de investigación, a veces nos sentimos aprisionadas por los mismos relatos y nos preguntamos: ¿cómo comprender y pasar de los significantes a los significados, ¿cómo reconstruir aquellas historias que no están explícitas en lo que aparentemente se dice? ¿cómo tomar lo común y dejar lo diverso? A veces nos sentimos, despojando las historias de la profundidad de sus detalles, de su versión única, compleja e irremplazable. No me explico porque, en ocasiones, no le hago caso a una fuerza interior que me dice: déjelos a un lado, no los analice y rescribirlos así no más, tal como están expresados. No importa cuántos años me

puedan separar de una entrevista, siempre recuerdo la reacción de quienes compartieron conmigo sus relatos, en detalle puedo repetir partes de estas historias y relacionarlas con mi propia vida.

Lo más satisfactorio de estos procesos es compartirlos con los y las estudiantes y a través de combinar la docencia con la investigación, encontrar jóvenes entusiasmadas por investigar y aprender el estudio de los relatos. Eso me pasó hace 13 años, cuando conocí a Carmenza Jiménez Torrado, quien era apenas una estudiante de pregrado de Trabajo Social. Ya habían constituido un grupo con su profesora de entonces, -Pilar Morad Haydar- y como parte de un largo proceso de investigación, estudiamos coordinadamente los relatos de padres y madres de la ciudad de Cartagena, para analizar a la vez, la reproducción y el cambio de su cultura. Enseguida me llamaron la atención las inquietudes de Carmenza, y luego la forma como fue consolidando su pensamiento con la Maestría en Estudios de Género, la que se plasma en la profesora que es hoy, y en la forma en que provoca en sus estudiantes nuevos interrogantes.

A través de una investigación detallada Carmenza fue construyendo el libro que hoy presentamos, titulado: **PATERNIDAD INNOVADORA EN CARTAGENA, un proyecto innovador...** creo firmemente que su lectura nos ofrece elementos invaluable para reconocer la interpretación que hacen estos padres cartageneros de sus historias de vida. Nos aportan la posibilidad de comprender una cotidianidad vivida no solo por ellos, sino por muchos otros que nunca sabremos cuantos son, pero sí que son padres trasgresores de los cánones normativos de la masculinidad hegemónica y sobre los que me atrevo a decir que hoy es aún dominante en la ciudad.

Los relatos nos sitúan en una ciudad del Caribe colombiano, Cartagena, -la ciudad de Colombia más nombrada en el mundo-, pero que al tiempo es un espacio lleno de contrastes sociales. Donde unos pocos de sus habitantes y turistas compartimos en medio de amplias avenidas, altos edificios, restaurantes costosos enfrente de la bahía y del mar, al tiempo que otros y otras, se rebuscan

la vida, en cualquier oficio y deben vivir en casas de barro, en medio de calles sin pavimentar. En medio de estos contrastes, los cartageneros y cartageneras están reconstruyendo sus vidas, a la vez que experimentan profundos cambios culturales.

Al leer el texto pienso en los padres innovadores que están en este contexto, ellos han estado en contacto con nuevas formas de pensamiento sobre la vida y la cotidianidad, reflexionan distinto al común de sus habitantes sobre la cotidianidad, han tenido oportunidad de compartir en la universidad, manejar nuevas tecnologías y en fin, su trayectoria de vida les está enfrentando una infinidad de retos. Otros, sin acudir a las aulas universitarias, elaboran nuevas reflexiones para organizar su vida, durante el curso de la misma y ante nuevas situaciones, terminan cuestionando a sus antecesores y creando formas distintas de ser hombre y padre. Con frecuencia un cambio de los roles tradicionales en la división sexual de roles, donde el padre proveedor y la madre en las actividades domésticas, debido al desempleo del primero, les ha obligado a aprender y gozar nuevas posibilidades de vida y adecuarse a actividades antes realizadas por las mujeres.

Varios aspectos son tratados por Carmenza Jiménez Torrado en este texto: caracteriza los escenarios donde se desenvuelven estas innovadoras paternidades, contrasta el antes de las paternidades a partir de los recuerdos de quienes hoy asumen reflexivamente esta función y se vuelcan hacia un cambio. Estos personajes que a diferencia de sus padres asumen con una actitud más democrática sus relaciones maritales y parentales. Al tiempo, los relatos muestran la complejidad de estos cambios, las tensiones que avocan, los procesos de desnaturalización de los roles de género y la adquisición de nuevos códigos para asumir la vida cotidiana de otras maneras.

Me resta invitarlos a leer el texto, porque recoge un testimonio desde la experiencia de los padres, mostrando los cambios en una parte de quienes estamos gestando la revolución pacífica que implica el resquebrajamiento del patriarcado y la construcción de nuevas relaciones de género. Esta situación nos sitúa ante el

desafío de construir un nuevo pacto entre hombres y mujeres, un pacto que no involucre las tradiciones genéricas para definir el desarrollo de nuestras tareas en el hogar y más bien, conlleve a conciliar funciones, según las circunstancias y las cualidades de cada uno o una. Esto significa hoy un esfuerzo más fuerte para los hombres, quienes a veces sienten perder privilegios y muchos no han comenzado aún a gozar nuevas posibilidades brindadas por un mundo no sexista. Como afirma Manuel Castells refiriéndose al respecto: “Si los hombres son capaces de cambiar, un encuentro se producirá de nuevo, de otra manera, sin roles preestablecidos, más abierta y más libre. **No creo que vaya a ser más aburrido, pero en fin, quien tenga la posibilidad de vivirlo que nos los cuenten.**” ( 2007: 320)

Yolanda Puyana Villamizar.



## A MODO DE INTRODUCCIÓN

*Relatos innovadores de padres cartageneros: Un análisis relacional entre el Yo interpelado y la generación anterior,<sup>1\*</sup>* es el resultado de una investigación que se propuso aplicar el género como perspectiva investigativa con el convencimiento que esta propuesta epistemológica, teórica, metodológica y hasta política, es una manera alternativa de pensar, actuar y hacer investigación. De tal manera que se logró reivindicar lo subjetivo y las voces de quienes viven y sienten una masculinidad distinta a sus progenitores. Los resultados de esta investigación se centran en presentar la relación entre el sujeto que narra y el contexto en dos temporalidades sociales: la Cartagena de los años 60 y la realidad vivida por los personajes en su tiempo. Se trata de *escenarios recreados por el lenguaje*.

Las trayectorias vitales de estos personajes fueron claves en la investigación para comprender finalmente que las identidades se forman y se construyen a través del tiempo discontinuo, las relaciones y los contextos. Las vidas contadas por los mismos personajes a través

---

<sup>1</sup> Quiero Agradecer el apoyo invaluable de la que en ese momento actuó como asistente de investigación la hoy Trabajadora Social, Leidy Laura Perneth Pareja quién rápidamente se convirtió en mi par.

\* La investigación en cuestión fue el proyecto formulado y ejecutado para optar al título de Maestría en Estudios de Género de la Escuela de Género de la Universidad Nacional de Colombia.

de sus recuerdos, olvidos e interpretaciones, hicieron posible la comprensión a fondo que la paternidad sigue siendo un hito en la identidad masculina, que las nuevas demandas femeninas también transforman, que la autoridad no es equivalente al dinero que se trae a casa, que la domesticidad es un escenario que se logra democratizar a través de acuerdos equitativos, que los modelos tradicionales femeninos se transforman y que los hombres –cuando reflexionan sobre sí mismos en torno a las formas como sienten y viven la masculinidad y la paternidad– se enfrentan a referentes que no desean seguir más. En ese contexto, las funciones y los roles se desnaturalizan, así como nuevas y mejores maneras de paternar en medio de conflictos y contradicciones que son elaboradas con la necesidad de asumirse distintos.

El presente documento es el resultado de una investigación que constituye un esfuerzo con el cual pretendo seguir avanzando en los estudios de familias en Colombia, específicamente en la ciudad de Cartagena. Hablo precisamente en términos de continuidad teniendo en cuenta que en el país se adelantó, a finales del siglo XX, la investigación *Cambios en las representaciones sociales de la paternidad y la maternidad: casos Bogotá, Cali, Medellín, Bucaramanga y Cartagena*, en la cual participé como asistente de investigación para el caso Cartagena de Indias.

La investigación mencionada –cuyos resultados se materializaron en la publicación del libro *Padres y madres en cinco ciudades colombianas, cambios y permanencias*–, puso de manifiesto, primero, que para principios del siglo XXI las familias colombianas se debatirían entre la tradición y la innovación, las permanencias y las rupturas, y, segundo, que las dinámicas familiares no serían ajenas al conjunto de transformaciones de la sociedad en general, transformaciones de orden económico, social, político y cultural que se habían venido gestando desde las últimas décadas del siglo XX y que trajeron consigo cambios en las familias en tanto que instituciones históricas y culturales.

El estudio realizado en la ciudad de Cartagena entre 1999 y el 2001 reveló significativas transformaciones pero también permanencias en

la forma como padres y madres asumen la proveeduría económica, los trabajos domésticos, las expresiones afectivas, la autoridad y los roles de género al interior de las familias. Así, se encontró que, mientras para la década de los sesenta la representación social dominante concentraba la proveeduría como rol de preferencia de los padres, hoy múltiples factores –entre los que se cuenta el cambio en las relaciones de género– debilitan los roles instaurados y naturalizados social y culturalmente. El citado estudio reveló cómo desde el espacio doméstico también se producen transformaciones; las formas como padres y madres realizan los oficios domésticos también varía: hoy, circunstancias sociales como el trabajo de la mujer fuera del mencionado espacio, y aún más la asimilación de ideas libertarias o de equidad entre los géneros, fragmentan el núcleo mismo de la representación que consideraba los oficios domésticos como tarea femenina (Puyana 2003). De tal manera que las nuevas concepciones sobre equidad de los géneros son muchas veces jalonadas por estas circunstancias, en espera de una participación activa de los hombres en actividades propias del cuidado.

En cuanto a las formas y a la concentración de la autoridad, se encontró que los cambios en las representaciones sociales han sido intensos: mientras en la década de los 60 se legitimaba la autoridad centrada en el padre y se tendía a una educación autoritaria que obligaba al cumplimiento de las normas cotidianas, ahora se reconoce la necesidad de ejercer una autoridad cifrada en el consenso y en el afecto, aunque en este cambio se presentan contradicciones y oscilaciones (Jiménez 2003). Con respecto al tratamiento de la afectividad se detectaron cambios en las representaciones sociales y en las prácticas: mientras que el ayer, como asegura Blanca Jiménez (2003), se caracterizó por relaciones distantes, con marcadas fronteras en el contexto corporal y verbal entre padre, madre y progenie, el ahora se caracteriza por concepciones que recomiendan para el desarrollo normal de la infancia expresiones afectivas a través del contacto corporal como las caricias y los besos.

Si bien padres y madres recomiendan más horizontalidad en el trato y menos brechas entre el mundo de los adultos y el de la niñez, el estudio muestra que aún se mantiene una fuerte tensión entre

la búsqueda de las relaciones de amistad y las formas de impartir autoridad. Las transformaciones en la organización familiar y en las relaciones padres e hijos/as, son más lentas de lo que ellas y ellos creen, y son diferenciales por estratos, por tipos de familias y, en especial, por la manera como las personas se sitúan ante estos elementos. En ese sentido, un examen detallado de concepciones y prácticas en torno a la paternidad y maternidad demostró que aún persisten en todas las ciudades unas familias proclives a la complementariedad de los roles donde el padre es el proveedor y la madre se dedica al servicio de los hijos/as, con características similares a las predominantes durante los años 60, las cuales han sido clasificadas como tradicionales.

No obstante, y al mismo tiempo, entre otras madres y otros padres se ve cómo se van fortaleciendo ideas que tienden a favorecer relaciones más flexibles, en las cuales se comparten la proveeduría, la autoridad y la crianza sustentadas en relaciones afectivas más cercanas entre los y las integrantes del grupo familiar. Estas familias fueron calificadas como innovadoras, con respecto a las formas más tradicionales ya mencionadas.

La investigación abordada se convierte en el impulso inicial que da vida a este estudio, debido a los nuevos interrogantes que surgieron en torno a los cambios evidenciados en las familias cartageneras. En dichos cambios aparece con fuerza un grupo minoritario de hombres/padres y mujeres/madres que se resisten o procuran quebrar las tradiciones dominantes, a partir de formas alternativas de ser y, a la vez, con el deseo de asumir nuevas funciones. Surgen, entonces, inquietudes y cuestionamientos frente a lo que pasa en la vida de estos hombres y mujeres que comienzan a asumirse como distintos y distintas.

Así mismo, las transformaciones evidenciadas desde el escenario familiar –y que se encuentran mediadas por replanteamientos en las relaciones de género– logran generar cambios en los ejes sobre los cuales este grupo de hombres y mujeres construye en el día a día sus identidades masculinas o femeninas. Estos cuestionamientos cobran fuerza en un contexto cultural como el de la ciudad de Cartagena, cuyas relaciones sociales e históricas se han construido con un fuerte peso de tradiciones patriarcales.

En aras de seguir profundizando estos aspectos y con el interés de hacerlo desde la paternidad –a través de los relatos de vida de seis personajes que fueron identificados como padres innovadores– me planteé las siguientes preguntas: ¿qué elementos contextuales y familiares identificados por los mismos personajes contribuyen a que algunos padres en la ciudad de Cartagena se conviertan en personas democráticas que replanteen la forma de asumir y sentir la paternidad en contraste con sus progenitores? ¿Qué hitos han pasado en la historia de vida de algunos hombres/padres que hacen que ellos mismos se interpreten como innovadores y qué factores se asocian a este hecho? ¿Qué interacciones sociales y culturales facilitan conocer nuevos discursos y conocimientos sobre la paternidad que aportan a sus capacidades reflexivas? ¿Qué sucede en las historias de vida y en las historias familiares de estos hombres/padres para que asuman una identidad de género distinta a la de sus progenitores y qué elementos negocian o renegocian en sus roles de género?.

En este orden de ideas, con esta investigación me propuse *analizar, desde las narrativas, cómo construyen identidades masculinas un grupo de padres cartageneros con el objetivo de comprender las características de la paternidad innovadora en la ciudad de Cartagena*. Para conseguir este propósito, resultó necesario: primero, interpretar los elementos contextuales –que los mismos padres identifican– y las características familiares que contribuyen a que un grupo de hombres/padres innoven respecto a su generación anterior; segundo, comprender las interacciones sociales y culturales que los padres identifican y que les permiten considerarse como padres innovadores; tercero, indagar los hitos que se instalan en la vida de los padres innovadores, quienes los identifican a través de sus narrativas, como quiebres que les propiciaron transformaciones; y, cuarto, analizar la forma como los padres innovadores interpretan su identidad –entendida esta como construcción socio-cultural–, y cómo negocian o renegocian sus roles de género.

Además, la investigación partió del convencimiento sobre la necesidad de realizar un estudio capaz de reconstruir las experiencias de hombres/padres en un contexto cultural como Cartagena, desde

su *sí mismo*.<sup>2</sup> Esto se constituye un aporte a este tipo de estudios, en la medida en que son muy pocos los trabajos realizados desde esta perspectiva. Se trata de un esfuerzo por comprender las relaciones humanas desde una postura distinta a las tradicionales, las cuales ya no tienen cabida en nuestros contextos académicos y mucho menos en los no académicos.

En este orden de ideas, fue necesario comprender la masculinidad como una categoría relacional, tal y como lo plantean Connell y Kimmel (Citados por Viveros, Olavarría y Fuller 2001: 53). Se partió del presupuesto de que esta categoría es una construcción humana que se produce en el plano de las intersubjetividades, es decir, en los encuentros entre los hombres pero también con las mujeres y los contextos. Desde esta perspectiva, me vi fuertemente llamada a investigar esta temática, y con la responsabilidad de comprender cómo se transforman las identidades masculinas, ya que puedo darlas a conocer para que sirvan a otros en el proceso de sumarse al reducido grupo de padres y hombres que, en Cartagena, se resisten a la hegemonía masculina, la misma que mantiene dualizado nuestro mundo de la vida; de igual forma, este estudio puede fortalecer los procesos de análisis sobre las transformaciones que mujeres como yo pueden experimentar en las relaciones consigo mismas, con los hombres y sus contextos.

La conciencia de que tales cambios se estaban presentando en la sociedad cartagenera me motivó a plantear esta investigación, para lo cual seleccioné a seis padres cartageneros que, en su práctica, dieron cuenta de un replanteamiento de los referentes desde los cuales constituyen sus identidades. Así, desde los relatos de vida de seis hombres –Javier, Lascario, Eduardo, Sadid, Jorge y Fidel– intenté hallar respuestas a las preguntas que me planteé sobre la paternidad innovadora y la construcción de masculinidad en hombres que asumen significados y prácticas alternativas en su constitución y actuación como hombres y como padres.

---

<sup>2</sup> Concepto retomado del autor Carlos Piña en su ponencia: “Autobiografía, testimonio y literatura documental”, organizado por el Instituto Francés de Cultura de Santiago de Chile 1987.

Estos personajes narradores<sup>3</sup> tienen las siguientes características:

Personajes	Edad	Ubicación por estrato socioeconómico	Procedencia	Profesión/oficio	Nivel Educativo
JAVIER	43	6	Turbana (municipio de Bolívar), con más de 20 años de vivir en Cartagena	Docente universitario	Universitario
LASCARIO	45	6	Cartagena	Docente	Universitario
EDUARDO	46	3	Cartagena	Odontólogo	Universitario
SADID	40	5	Cartagena	Médico	Universitario
FIDEL	43	3	María la Baja (municipio del departamento de Bolívar), con más de 20 años de vivir en Cartagena	Taxista	Bachiller
JORGE	44	2	Cartagena	Carpinterio	Bachiller

Fuente: Elaboración propia.

Esta población fue retomada de la base cualitativa aportada por la investigación *Cambios en las representaciones sociales de la maternidad y la paternidad. Caso Cartagena*, que, como ya he mencionado, fue una investigación realizada a nivel nacional coordinada por la Universidad Nacional de Colombia. Esta investigación clasificó para la ciudad en cuestión a 14 padres –de los 40 entrevistados– como padres en tendencia de ruptura. Entre ellos, seis fueron seleccionados por la riqueza de sus relatos. Ellos recibieron, para la presente investigación, el nombre de “padres innovadores” y no “en ruptura”, como se les llamó en el proyecto del cual resulta ésta; lo anterior, en tanto que concebí

<sup>3</sup> En el Capítulo I planteo por qué llamo “personajes narradores” a los hombres de mi investigación.

que el cambio no se da de un tajo, sino que es de carácter cíclico y que se da permeado por permanencias y resistencias, por transformaciones pero también por contradicciones. Los hombres con los cuales realicé esta investigación, fueron contactados en diversos momentos para profundizar algunos aspectos que surgieron con las nuevas preguntas del estudio presentado a través de este documento.

Con el ánimo de divulgar los resultados de este proceso, el documento está dividido en tres partes y cinco capítulos tal como se explica a continuación. En la primera parte, *Fundamentos epistemológicos, metodológicos y teóricos que respaldan la investigación*, se presentan las relaciones de conocimiento establecidas con el objeto de estudio, la ruta metodológica construida y la teoría existente que sirvió de base para fundamentar el trabajo; lo anterior, con el fin que el lector y la lectora puedan comprender en qué posturas se sustenta el trabajo al cual se acercan. Esta parte se encuentra subdividida en dos capítulos. El primero, que presenta el enfoque, el método, las técnicas y las estrategias de análisis utilizadas en la investigación, se titula “Exigencias metodológicas del abordaje de la realidad social desde un enfoque cualitativo con perspectiva de género: Cuando el objeto se vuelve sujeto”; en él reivindico lo personal como un asunto político, como una postura esencialmente humana, en el cual lo emocional, lo internalizado, lo particular, lo íntimo y lo individualizado cobran sentido y lugar dentro de las exigencias del conocimiento científico. El segundo capítulo fue titulado “Entre autoras, autores, teorías y posturas: Apuestas por contextualizar el objeto de estudio”, y en él se abordan las teorías epistemológicas desde las cuales se especifican las condiciones contextuales del estudio.

En la segunda parte del documento se recrea, desde los recuerdos de los personajes, la generación anterior bajo un acercamiento a las familias de origen de los padres investigados. Tal proceso debe entenderse, en esta investigación, como un ejercicio que pasó necesariamente a través del yo interpretado de los personajes, el cual despliegan en sus narraciones. Desde esta perspectiva, el estudio de las familias de origen es reconstruido a través de

los ojos de los padres que fueron hijos en los años 60, quienes interpretan las vivencias pasadas a la luz de nuevas experiencias, nuevas representaciones y los discursos del contexto actual que han incorporado para sí mismos. De tal manera que en esta segunda parte se pretende caracterizar los *escenarios, relaciones y contextos desde los cuales se construyen identidades masculinas*. En el cuerpo de esta parte, se introdujo una subdivisión titulada “Los años 60 en Cartagena: recuerdos de la infancia”, en el cual no solo se hace referencia a contrastes y relaciones, sino que se estudia la tensión entre la dimensión individual y la dimensión social de la masculinidad y la paternidad.

En la tercera parte del documento, *Las paternidades se transforman en una relación dinámica entre el contexto y la intimidad*, rescato –de las narraciones que los padres innovadores ofrecieron sobre su propio ejercicio como padres–, los elementos contextuales desde lo que ellos mismos presentan, para analizar los elementos de este contexto que permean sus prácticas como padres en la actualidad. En esta parte se expone, por un lado, cómo las condiciones del contexto cartagenero no han tardado en reorganizar dinámicas cotidianas, usos y costumbres relacionadas con la paternidad, y, por otro, de qué manera las experiencias biográficas de estos hombres han enfrentado esas condiciones en tanto se ha transformado el mercado laboral, las relaciones de producción, los medios masivos de comunicación, las demandas de mujeres e hijos frente a la autonomía y la reafirmación personal, y las relaciones de género. Así mismo, se intenta mostrar cuáles son las experiencias personales que han marcado la vida de los padres innovadores contribuyendo a desnaturalizar, re-significar y proyectar un ejercicio paterno diferente y su identidad como hombres.

Esta última parte del documento está subdividida en dos capítulos: “Cartagena un contexto lleno de desafíos para una paternidad que quiere dejar de ser”, y “Cuando las experiencias marcan ya no vuelves a ser igual: hitos en la vida de los padres innovadores”. Ambos apartes le permitirán al lector o la lectora

conocer más a fondo a cada personaje y comprender qué motiva los cambios de estos hombres en el contexto actual.

En este orden de ideas, las conclusiones son, definitivamente, unas reflexiones basadas en un ejercicio en el que los protagonistas principales fueron los padres, los cuales fueron asumidos en el presente estudio como padres innovadores y que podrían ser considerados como *hombres alternativos*. Estas reflexiones tienen la intención de generar para las y los lectores nuevas preguntas de investigación que permitan seguir profundizando en las nuevas realidades sociales, cómo se viven, cómo se construyen y, sobre todo, cómo se reconstruyen las paternidades y las “identidades” masculinas.

## **Primera Parte**

**Fundamentos epistemológicos,  
metodológicos y teóricos que respaldan la  
investigación**



# CAPÍTULO I

## **Exigencias metodológicas del abordaje de la realidad social desde un enfoque cualitativo con perspectiva de género: Cuando el objeto se vuelve sujeto.**

### **Acerca del papel de la investigadora y los personajes narradores: breve discusión sobre el sujeto y el objeto-sujeto de investigación**

El presente estudio se inscribe en el enfoque cualitativo; este tipo de abordaje puede ser despreciado por posturas generalizadoras de la realidad que no tienen en cuenta una perspectiva humanista e incluyente, la cual se presenta aquí ya que la considero como la más cercana a las circunstancias que rodean al ser humano y a lo social. Desde esta perspectiva el/la que indaga requiere entenderse a sí mismo/a para entender lo que investiga: *ambas cosas suceden simultáneamente*. Se trata de una postura esencialmente humana en la cual cobran sentido y toman un lugar importante en el conocimiento de los aspectos emocionales, internos, particulares, íntimos e individuales en una comunicación con la estructura.

El conocimiento desde las ciencias sociales debe ser una vía de acceso a la comprensión de la realidad y no un mecanismo que carezca de valores humanos –como puede ser el caso de las reglas de la aritmética–. Si se tiene en cuenta que la ciencia es

un constructo humano y que, además, se transforma constantemente, puede entenderse también que sus productos dependen en gran medida de quién es responsable de producirla, tal como lo contempla Keller Evelyn Fox (1991: 19). Entonces, surge la siguiente pregunta: ¿qué tipo de investigadoras e investigadores deberían asumir la responsabilidad de la práctica de hacer ciencia en lo social? Este interrogante resulta pertinente en vista que las predilecciones basadas en compromisos emocionales, sociales y políticos se merman frente al dominio de aquellas prácticas que rinden culto a la ideología objetivista, a la ciencia que excluye radicalmente al sujeto en favor de la imparcialidad.

Una pregunta como la anterior tiene vigencia porque se sigue legitimando este carácter de la ciencia con expresiones diarias en el lenguaje y en las metáforas empleadas para describirla. Algunos ejemplos de lo anterior –siguiendo a Fox– ocurren cuando nos referimos a las ciencias objetivas como duras y opuestas a las ramas del conocimiento “más blandas” –las humanas y las sociales, por ejemplo–, o cuando se cree que si una mujer piensa “científica” u “objetivamente” lo hace como hombre, o, a la inversa, si es el hombre el que sigue un razonamiento “no racional” o “no científico”, entonces se cree que está argumentando como “una mujer”.

Cuestionar las situaciones anteriores es posible cuando nuestros acercamientos a la realidad social son atravesados por una postura cualitativa desde la perspectiva de género, porque solo desde allí podremos socavar tales pareceres. La ciencia es excluyente en las formas como se produce y en los procesos investigativos, ya que en ellos también se presentan dichas separaciones y distancias. Como dirían algunas feministas y estudiosas/os del género: el lenguaje masculino se disfraza con pretensiones de validez y fiabilidad estableciendo desde las posturas positivistas infranqueables relaciones entre investigador y objeto investigado debido a que rendirle culto a la objetividad, o *a la eliminación de la individualidad como signo y garantía de la obra* –como diría Francisco Bacon- (Citado por Bolívar 2002), ha pesado y sigue pesando en la ciencia.

El afán es evidente: se busca con preocupación qué verificar, qué medir, qué comprobar, como si las realidades sociales y humanas fuesen asuntos que se pudieran capturar a través de meros instrumentos mecánicos, como si la trama de la vida misma fuese un asunto que se pudiera comprender a través de la anhelada verificación empírica, como si lo que observa, escucha e interpreta el/la investigador/a no fuesen emociones, motivos, razones, interpretaciones, que pasan por sus propias emociones, es decir, por su propia subjetividad. La investigación parece olvidarse que las y los investigadores también son sujetos-as sociales y que, además, las formas de intercambio, mediación y relación de conocimiento entre sujeto y objeto no siempre permanecen fijas y definidas lo suficiente, de tal modo que la inviolabilidad emocional y física no queda nunca asegurada por completo. Para medir, en términos de conocer a otra persona, habrá que liberar la mente, mirar y escuchar muy atentamente, dejarse absorber y sumergirse en la vida de esa persona; esto, difícilmente, puede lograrse con esquemas de un paradigma científico determinista, mecánico y matemático.

Desde mi perspectiva, considero que hablar del enfoque cualitativo es inscribir el acto de conocer en una dimensión que permite construir y reconstruir la vida vivida, legitimándola como fuente y camino para la construcción de conocimientos. Parto, además, de un rescate de la intersubjetividad en donde las interpretaciones del investigador y los sujetos de estudio se encuentran comprometidas. Desde aquí se deduce que la investigadora y el investigador también participan en la construcción de sentido situando, como lo plantea Bolívar,(2002:09) “las relaciones personales vividas por cada individuo como clave de la interpretación hermenéutica”.

Reemplazar con estas posturas la objetividad por la intersubjetividad acarrea serias –aunque necesarias– implicaciones *conscientes* de orden epistemológico y metodológico. Lo anterior, ya que implica plantear nuevamente el conflicto del objeto transicional de Winnicott (Citado por Fox: 91), como un objeto intermedio entre el *yo* –investigadora/or– y el *otro* –sujeto estudiado–. Es preciso recordar en este punto que la definición más cruda de objetividad surge con la necesidad de distinguir exactamente el *yo* del *no yo*. Pero, ¿cómo hacerlo si mi *no yo* es

mi otredad, es decir, si es mi propio reconocimiento? Sin la existencia del otro u otra mi propio reconocimiento no es posible.

Es cierto que el reconocimiento de la realidad independiente tanto del yo como del otro o la otra ha sido una precondition clásica, tanto para la ciencia como para asuntos tan humanos como la autonomía personal, pero, sin adentrarse en esta profunda discusión psicológica no contemplada en los límites del presente estudio, es necesario considerar que la capacidad de autonomía requiere de algo más que la simple dicotomía entre sujeto y objeto. Esta autonomía definida de forma extrema –y la realidad definida con demasiada rigidez– no puede abarcar las experiencias emocionales y creativas que confieren a la vida su sentido más rico y profundo. Así, la autonomía debe concebirse desde una perspectiva más dinámica y la realidad como mucho más flexible.

El punto de la discusión aquí es la definición de objetividad heredada de la ciencia clásica, la que nos ha hecho creer que la madurez cognitiva de la investigadora y del investigador se logra cuando ella o él perciben la realidad como algo radicalmente separado de su subjetividad. Urge, entonces, una concepción más dinámica de la realidad y una epistemología más sofisticada que le sirva de base. La tarea decidida –insisto, consciente– debería plantearse en términos de una madurez emocional, lo cual implica un sentido de la realidad que no esté totalmente apartado de la fantasía ni que tampoco esté a su merced. En este sentido, “se requiere un sentido de la autonomía lo suficientemente seguro como para permitir que se produzca ese elemento vital de la ambigüedad que se halla en el interfaz entre sujeto y objeto” (92).

Es necesario proponer otro espacio, uno que no sea el espacio de dentro ni radicalmente el espacio de fuera. Tal nuevo espacio para la construcción de conocimiento surge en otro escenario, en *el escenario de los encuentros*. Acceder a este nuevo escenario implica dejar de estar en orillas distintas del río, un río caudaloso, cambiante y en muchas ocasiones caótico, un río llamado “realidad”. Lo anterior requiere poner en diálogo los saberes: tanto los de los personajes narradores

–sujetos investigados–, como los del investigador/a. Un diálogo semejante contempla el establecimiento de una relación donde los sujetos investigados expresan la vida o, mejor, lo que interpretan de ella –lo cual constituye, para el presente estudio, “el yo interpretado”–, reconstruyéndose a sí mismos en sus narraciones, mientras la o el investigador busca interpretar lo expresado por estos.

En esta medida, y según los planteamientos de Bolívar, “se alteran algunos supuestos de los modos acentuados de investigar, haciendo de ésta práctica algo más accesible, natural y democrática”. Esto implica leer, en términos de interpretar, la vida contada. Siguiendo los planteamientos de Schuzt, aquí es necesario precisar que los discursos por sí solos, tal como lo expresan los sujetos, son construcciones de primer nivel: son “elaboraciones propias de sentido común, plagadas de elementos subjetivos que reflejan el punto de vista del actor” (Citado por Piña 1988: 154). Así, los esfuerzos metodológicos nos deben llevar a construcciones de conocimiento de segundo nivel, es decir, construcciones de las construcciones elaboradas en el pensamiento de sentido común por lo actores de la escena social; siguiendo de nuevo a Schuzt, se trata de atribuciones de sentido históricas y en permanente autodestrucción cuya validez se sustenta en el método. No es solo información, sino que también un caudal interpretativo construido por el mismo personaje: lo que este recapitula sobre lo narrado y las opiniones agregadas en torno a ello, revela lo más íntimo de su visión del mundo.

La dinámica planteada arriba es el complejo ejercicio de las inclusiones. Lo que se plantea aquí es un juego, “el juego de las intersubjetividades”, donde se prioriza el yo dialógico, su naturaleza relacional y comunitaria, donde la subjetividad es una construcción social, es un modo privilegiado de construir conocimiento a través de “textos”. Lo anterior quiere decir, que los fenómenos sociales, bajo esta mirada, cobran sentido desde el significado que le aportan los mismos sujetos que relatan en primera persona su vida, ya que las dimensiones temporal y biográfica ocupan una posición central. Todo esto en una relación, que en palabras de Bolívar, “es ante todo no mecánica, afloran los conflictos personales de la investigadora o los del investigador,

quienes previamente reconocen los mismos para no ser reducidos por ellos”. De manera que asumo a la investigadora y al investigador como parte del proceso: ella y él, compartiendo lo planteado por el autor antes mencionado, se convierten en aquellos que “reconstruyen y cuentan la historia, por medio de un relato donde a menudo dejan oír su voz” (169).

### **La elección del método: una respuesta a la pregunta por el cambio y el tiempo**

Debido a que uno de los asuntos medulares del estudio es el cambio en el tiempo, el abordaje metodológico se sustentó en una perspectiva biográfica. Frente a esta temática, es necesario referirse a los planteamientos de Gordad y Cabanes, quienes aseguran que este es “un proceso continuo de investigación, cuyo eje central es el cambio de las personas a través de los distintos tiempos, que nos reta hacia la construcción de temporalidades sociales” (Citados por Puyana 1999: 127). Optar por este método resulta de la identificación con mi propia postura frente al conocimiento y de sumarme a la creciente lista de las y los que vienen trabajando en esta misma tendencia: la de alejarse de la pretensión de considerar al conocimiento como fiel reflejo de la realidad, pues lo que el sujeto presenta como real pasa por su subjetividad, *es real para y desde él*.

Con esta investigación no pretendí acceder a la realidad-real, ni intenté explicar la vida de esos personajes; más bien, mi interés se concentró en comprender las interpretaciones que ellos daban a sus vidas a través del lenguaje. Asumir a estos hombres como seres construidos a través del lenguaje, como lo plantea Maturana, implica considerar que las palabras que usamos no solo revelan nuestro pensar sino que proyectan el curso de nuestro hacer (Citado por Puyana 2006: 11). Debo precisar por qué insisto en que lo presentado por los hombres estudiados como real no es tal sino una interpretación. Para ello, es preciso retomar la metáfora planteada por Gregory Batesón, quien, al referirse al conocimiento, distingue entre territorio y mapa: el primero significa lo real, pero, en la vida cotidiana y en la investigación, solo es posible moverse a partir de los mapas, a partir de las interpretaciones

realizadas acerca de los territorios. Batesón es enfático en considerar la imposibilidad de tener acceso al territorio como base primaria, ya que desde la misma percepción nos movemos a partir de las síntesis derivadas de la interpretación elaborada por los mismos órganos de los sentidos acerca de la llamada realidad (Citado por Puyana: 10).

Plantear lo anterior presupone comprender el objeto de la investigación identidad-masculinidad-paternidad como un constructo humano, una invención, un objeto susceptible de cambio y reconstrucción permanente, lo cual acarrea apostarle al paradigma del construccionismo social. Lo que estoy afirmando, en principio, no es otra cosa que la necesidad de definir la realidad como un evento construido a través del intercambio entre las personas por medio del lenguaje. De esta manera, el método en cuestión se inscribe dentro del paradigma de la exégesis cuyos objetivos son la captación de significados.

En la exégesis el modo de captar la información no es estructurado sino flexible y desestructurado, el procedimiento es más inductivo que deductivo y la orientación no es particularista, sino holística y concretizadora (Puyana: 23). Pero más que esto, el método se constituyó en un mediador para escuchar voces alternativas y reivindicar prácticas distintas, porque, de hecho, estos hombres/padres, en su proceso de innovación, han incorporado discursos y experiencias disímiles a la masculinidad y paternidad hegemónica.

Por ende, en el presente estudio, planteo una postura militante de darle voz a aquellos que no la tienen, y desde allí aportar conocimiento para la comprensión de los fenómenos sociales. Esta postura es propia de aquellas y aquellos que comprendemos que la investigación es una actividad humana, realizada por un ser humano que siente y ama, que es razón y emoción al mismo tiempo. Este discurso se distingue bastante bien de las pretensiones racionalistas, neutras, y como lo diría Bolívar, propias de seres extraterrestres asexuados, es decir, angélicos (5).

## **¿Desde cuál tiempo...? Un recorrido por los recuerdos y el tiempo vivido: El antes desde el hoy**

*La memoria o mejor la experiencia que es la memoria, más la herida que te ha dejado, más el cambio que ha operado en ti y te ha hecho diferente.*

(Italo Calvino citado por Santamaría y Marina 1997: 279)

Relatar sus vidas les planteó a los hombres reunidos en esta investigación, a los protagonistas de esas vidas, hacer un recorrido por el pasado y el presente, recordarse como hijos –con las ambigüedades que ello supuso– y relatarse como padres. Ese ejercicio de reflexionar y contar ese pasado atraviesa las vivencias y experiencias que marcaron sus vidas y, de manera constante, les ofrece nuevas interpretaciones; con ello se pudo establecer *un ayer que se reflexionó desde el hoy*. Dado lo anterior, es necesario precisar las nociones mismas de “tiempo”.

El tiempo es uno de los ejes principales de la reconstrucción del pasado, “es el bastidor sobre el cual se fue enhebrando y tejiendo la vida, es la dimensión primera e irrenunciable para organizar el relato” (Santamaría y Marina: 283). Aquí se plantea la necesidad de ver el tiempo como un “tiempo interpretado”, un tiempo que organizó el relato de cada narrador desde su subjetividad, con el orden que cada uno quiso atribuirle desde sus recuerdos y, también, desde sus olvidos –intencionales o no–.

Los recuerdos aparecen tras un ejercicio de la memoria, lo que supone, a su vez, reconocer que:

La memoria no es un reservorio de recuerdos que se suman en el transcurso de un tiempo lineal y que permanecen intactos y asilados en la ‘mente’ hasta que son vehiculizados y reflejados idénticamente en el habla de quien los evoca. Más que un reflejo de la realidad pasada, la memoria es una reconstrucción de la misma en el presente a través el empleo significativo del lenguaje, teniendo en cuenta todas las implicaciones históricas y culturales (Muñoz 2003: 97)

Por su parte, Massolo anota que:

La memoria es el dispositivo esencial generador del relato de vida, y es la actividad de la mente humana que labora reconstruyendo el pasado y lo vivido. Produce los recuerdos y también los olvidos, ambos resultados posibles de toda operación de la memoria. Como fuerza subjetiva que penetra y circula a través del pasado personal y colectivo, la memoria reconstruye, reinterpreta y preserva –con ideas, aprendizajes, afectos e identidades del presente– los sucesos, experiencias y relaciones con las individualidades y colectividades del pasado. Pero no toda la cadena de ese pasado, sino fragmentos de un tejido que entrelaza rostros, palabras, gestos, acciones, espacios, objetos, eventos, según el transcurrir de los distintos tiempos y contingencias de la vida social. (1998: 15)

Las vidas de los hombres participantes en el estudio están atravesadas por hitos, cambios, contradicciones y conflictos entre el ser y el no ser. Las narraciones del pasado, en un proceso autoreflexivo y de autointerpretación, están marcadas por todo el proceso de transformación de su historia vital. Entonces, tenemos que la narración ofrecida por los hombres contactados para el estudio tiene como contexto el *presente*, desde el cual organizan las posibilidades de recuperar lo vivido.

Ahora bien, la recuperación de ese pasado lleva consigo algo de imaginación e invención ante la fuerte necesidad de permanecer coherentes con unas representaciones, actitudes y prácticas actuales: aparece la necesidad de mantener el propio yo. Aún así, entiendo que las historias son “reales” y “verdaderas”, aunque en sus relatos no se presente únicamente reconstrucción sino también construcción de los hechos.

Este proceso de investigación, supuso una *dialéctica relacional* (Santamaría y Marina: 280), en la que estos hombres buscaron e inventaron su pasado y se escucharon mientras lo hacían. Lo cierto es que los hombres que escuché no son los hijos y los hombres del pasado, sino quienes lo reconstruyeron: estos hombres contaron lo que ya dejó

de ser y, en medio de sus conflictos, buscaron quiénes *ser*. En este orden de ideas, se reafirma que en todo este caudal de recuerdos y construcciones estará siempre el presente, ya que desde este tiempo aparecen los recuerdos y los olvidos “se le otorga importancia o no a lo acontecido, lo que surge como experiencia de cambio y lo que se diluye en el inconsciente que trabaja por debajo de la narración” (283). Desde el tiempo presente se narra un tiempo ya vivido y se intenta organizar las experiencias vitales. Por lo anterior, el tiempo narrado por los personajes se ubica desde lo subjetivo: no se trata de unas secuencias evolutivas, como las unidades cronológicas que no admiten desorden, y no podría ser de otra manera pues, ¿qué es la vida sino la “sucesión discontinua de acontecimientos, hechos, actividades y sentimientos referidos a una individualidad delimitada bajo un nombre propio, desde el momento de su nacimiento hasta su muerte”? (Piña: 138).

Debo resaltar –en mayúsculas, de ser posible– que esta sucesión no es necesariamente coherente. Comparto, además, con Santamaría y Marina que el tiempo no es una linealidad sino una dimensión en la que transcurren muchas cosas, en la que la gente cambia, cree que ha mejorado o no, que las cosas han sido más fáciles o difíciles que antes, que ha ganado o ha perdido, que valió la pena que ocurriese o que mejor no hubiese ocurrido (283).

De tal manera que no solo me enfrenté a un tiempo, sino que a los tres tiempos propuestos por Puyana:

- El tiempo del relato del entrevistado, quien reconstruye sus experiencias pasadas con una interpretación propia de las experiencias actuales.
- El tiempo del investigador, quien re-elabora y sistematiza la información a partir de las hipótesis e interpretaciones del proceso de conocimiento.
- El de la historia, es decir, el contexto donde se desenvuelven los acontecimientos, cuyo reconocimiento permite contextualizar a sus protagonistas y sus vivencias (1999:133).

## **Sobre las técnicas**

*No ha sido fácil que me decida a hablar a pesar de que mi fuerte ha sido la palabra pero esta vez se trata de hablar no de mis ideas solamente, sino de mis vivencias y de mis sentimientos. Y como si la tarea fuera fácil se trata de vivencias y sentimientos en el camino de hacerme hombre.*

(Tomado de Palacio y Valencia 2001: 11)

El relato de vida –para empezar a evidenciar un poco la técnica utilizada– me permitió acceder a los postulados del método en mención; dicha técnica se constituyó en el puente que possibilitó un acercamiento a la vida de estos hombres, conocer su antes y su ahora, qué acontecimientos claves marcaron sus vida y su ser innovador, sus características familiares, y la forma como el contexto social y cultural que les rodea ha impactado en sus historias vitales. Por relatos de vida se entiende la manifestación del yo a través del tiempo, la forma como cada uno de estos padres se presenta, en medio de una profunda interacción; lo anterior quiere decir que he utilizado el relato en su función “expresiva”, tal y como lo afirma Bertaux (Citado por Puyana 1999: 126).

El relato de vida es el discurso a partir del cual los sujetos investigados intentan construir y reconstruir su propia historia. Por mi parte, realicé una elaboración, edición y análisis en el proceso investigativo. Porque, de hecho, se entiende este proceso metodológico fundamentalmente como la reconstrucción de la biografía de los padres innovadores cartageneros. Los relatos me permitieron acceder de manera directa a la vida de los hombres estudiados, pero estos relatos han tenido que pasar necesariamente por un proceso de investigación. Así pues, construir y reconstruir historias de vida implica, necesariamente, la participación del investigador/a. Ruiz plantea que uno de los objetivos de trabajar sobre historias de vida o con relatos de vida es la captación de la ambigüedad y el cambio, aprehendiendo la visión subjetiva con la que cada uno se ve a sí mismo y a los otros (Citado por Puyana: 125).

Para el caso de la investigación que nos ocupa –y para cualquier otra con fines y metodologías similares– es necesario precisar que no es posible capturar todos esos cambios por el simple hecho de que estos estén marcados por los recuerdos –asunto que se debatirá más adelante cuando se plantee de manera profunda el tema del tiempo–. De esta manera, comprendí que lo narrado por los padres convocados por el estudio, es lo que resulta importante *para ellos y solo para ellos*, en el proceso de volver su vida historia y esto, definitivamente, más que una pista es caudal para el análisis.

Para establecer los cambios que tuvieron lugar en la vida de estos hombres/padres fue rastreado por los hitos, motivos y momentos vitales –conceptos sobre los cuales se volverá al cierre de este capítulo–, categorías incluidas para comprender lo acontecido en la vida de esos hombres, la razón por la cual viven, sienten y practican una paternidad distinta o, por lo menos, conflictuada.

Así mismo, es preciso no perder de vista que la vida de una persona es amplia y difusa para intentar recuperarla o reproducirla en un relato de vida. Lo relevante, se insiste, será aquello que el mismo sujeto destaque en su relato; para que esto no termine siendo una conversación desinteresada que una persona hace de sí misma, necesita de la motivación externa del investigador/a. Toda narración cuya motivación inicial es una supuesta reconstrucción de la propia vida, es en realidad una construcción discursiva de tipo interpretativo. No obstante, como el objeto de estudio en rigor son las identidades de la paternidad innovadora, es necesario tomar el discurso específico *otorgador de sentido*, y no por aquello a lo cual inmediata y presuntamente tal discurso se refiere: la vida de ese hablante. *El hablante es un objeto para sí mismo de tal manera que el sujeto al construir su “sí mismo” representa su propia identidad como persona.* Acceder a los relatos vitales les supuso a estos hombres tomar cierta distancia de sus vivencias, experiencias, prácticas, de aquello que se vive sin pensar. Tuvieron entonces que convertir su vida en un *objeto de reflexión*.

Por otra parte, en estos relatos las personas se expusieron a sí mismas en su subjetividad y particularidad, a la vez que se mostraban

como sujetos dentro de una estructura sociocultural más amplia y de la cual se apropiaban. En tales relatos, se reflejan –retomando algunos planteamientos de Puyana– los elementos comunes de una estructura social expresados, parte de la historia de una sociedad, en una época dada y, al mismo tiempo, la forma como una subjetividad vive esa misma historia. Estas subjetividades manifiestan tanto la particularidad de lo que cada persona tiene, como la colectividad y algunas características del contexto social (Puyana: 126).

Lo anterior permite afirmar que las formas como estos padres conciben la paternidad, el ser hombres y la propia innovación, están mediadas por las construcciones culturales que el contexto donde se desenvuelven les han ofrecido y que ellos han retomado en su proceso de apropiación cultural. Aunque, al mismo tiempo, estas representaciones pasan por sus subjetividades, con lo cual se efectúan constantes procesos de interpretación, recreación y reelaboración. Así pues, el ser padre y hombre contiene elementos de la realidad objetiva y subjetiva al mismo tiempo.

El presupuesto es, entonces, que las formas de narrar una vida no son ilimitadas, sino que corresponden a estructuras de relato relativamente compartidas socialmente. Se trata de un proceso en el cual el pasado, o mejor, los recuerdos del pasado, afloran en el presente en una situación específica. Como lo plantea Piña, lo que se narra “indudablemente posee un sello personal de quien narra, pero cada sujeto lo elabora y desarrolla con base en atribuciones de significado preexistentes en un universo culturalmente compartido” (1998: 152).

Lo que comparten los personajes –en este caso, los hombres desde su función de padres– no es la vida misma sino, más bien, las atribuciones de significado que su mismidad y la cultura otorgan a sus vidas desde un hoy interpretado; en otras palabras, se trata de un pasado interpretado con sentimientos, emociones, imágenes y prácticas del presente. Cada relato debe concebirse como un camino, un material, para el conocimiento de las estructuras narrativas con las cuales el hablante construye el “sí mismo” y sus procesos específicos de atribución de sentido.

Con base en lo expuesto, se puede concluir esta reflexión indicando que, tras la pretensión de analizar y comprender la innovación en el ejercicio paterno, el relato de vida, como una de las categorías nucleares de este estudio, es propicio para:

traducir la cotidianidad en palabras, gestos, símbolos, anécdotas y relatos; expresa la interacción entre la historia personal y la historia social. Es una técnica de investigación de primer orden para la comprensión de los procesos de socialización y los cambios valorativos que la acompañan, para el análisis de los procesos de integración cultural y formación de la **IDENTIDAD**. (Barreto y Puyana 1996: 183)

### **De las narrativas...**

Como mencioné en el pasaje anterior, los relatos de vida fueron el caudal interpretativo utilizado para el análisis del presente estudio. Desde esta perspectiva fue posible procurar un análisis de datos narrativos y no un análisis narrativo puro porque hay que mencionar que también se incluyeron categorías preestablecidas. Dicho análisis permitió acceder a la manera como los padres innovadores *representan y contextualizan* sus experiencias vitales, como hijos y como padres.

Se plantea, entonces, una exigencia: *la de asumir una visión binocular*, aquella que las investigadoras o los investigadores deben adquirir cuando deciden asumir lecturas en “doble descripción” (Bruner 1988: 43). Tuve en cuenta el paisaje exterior de la acción y el paisaje interior del pensamiento y las intenciones. Rastree el discurso a lo largo de las narraciones biográficas que daba cuenta de referencias y acontecimientos externos que se inscribían en la vida de los personajes narradores, y, además, con categorías como los hitos y los motivos se buscó desentrañar los elementos internos que indican transformaciones y cambios.

Coffey y Atkinson anotan que las cualidades propias de la narración que poseen los datos textuales cualitativos, tanto si la narración se da “naturalmente” como cuando es guiada, le permiten al investigador/a analizar la manera como ordenan y cuentan sus experiencias los actores

sociales y por qué recuerdan y vuelven a contarla como lo hacen (2003: 67). El uso de las narrativas para fines investigativos ha cobrado fuerza en los últimos tiempos:

Quizá porque está focalizada en la experiencia humana, quizá porque es una estructura fundamental de la experiencia humana vivida, quizá porque tiene una cualidad holística, ha venido a ocupar un lugar importante en diversas disciplinas. La narrativa es una forma de caracterizar los fenómenos de la experiencia humana y por tanto su estudio es apropiado en muchos campos de las ciencias sociales. (Connelly y Clandinin 1995: 12)

Ahora bien, si se plantea que los relatos presentan cualidades narrativas, resulta conveniente explicitar que se entiende por narrativa. A este respecto me apoyé en la definición ofrecida por Ricoeur, quien concibe la narrativa como la cualidad estructurada de la experiencia que nos introduce en unas formas de construir sentido a partir de acciones temporales personales por medio de la descripción y el análisis de los datos biográficos. Trama argumental, secuencia temporal, personajes, situación, son, al decir de Clandinin y Connelly, constitutivos de la configuración narrativa. Narrativizar la vida en un relato es, como afirman Bruner o Ricoeur, una forma de inventar el propio yo, de darle identidad (Clandinin y Connelly; Bruner; Ricoeur, citados por Bolívar).

El análisis de datos narrativos –tal como lo planteé al inicio de este documento– me llevó igualmente a considerar una serie de acontecimientos, sucesos, influencias y decisiones que se mostraron como claves y desencadenantes de nuevas situaciones. Dichos momentos o acontecimientos claves se entendieron como *hitos*, los cuales, según Piña corresponden a aquellos sucesos externos o internos narrados por el personaje y que se presentan como cruciales en el curso de su vida (1988: 164). Tuve en cuenta igualmente, desde este tipo de análisis, los *escenarios* o *espacios* recreados en el relato, lo cual posibilitó considerar “el lugar donde ocurre la acción, donde los personajes se forman, donde viven sus historias y donde el contexto social y cultural

juega un papel de construir o permitir” (Clandinin y Connelly 1995: 36).

Con relación a este último aspecto, y al decir de algunos autores, las narrativas no pueden estar divorciadas de su localidad como construcciones sociales dentro de estructuras de poder y de un medio ambiente social. O sea, las narrativas no ocurren “naturalmente”, pues están moduladas, formadas y contadas de acuerdo con conexiones y comprensiones culturales (Eminovih; Goodson, citados por Coffey y Atkinson: 95). Bien anota Muñoz que:

[Las] personas apropian subjetivamente los significados disponibles en su cultura y, en dicha apropiación, ellas mismas lo recrean de modo narrativo y contribuyen a la pervivencia y transformación cultural; de manera simultánea las personas se desarrollan y cambian en el proceso histórico de apropiación cultural, de apropiación narrativa de significados. Lo que la persona cuenta al narrar una historia está mediado por los significados disponibles en los ámbitos culturales en los que se ha desenvuelto, no sólo por que los hereda de la tradición, sino, fundamentalmente, por que participa cotidianamente, junto con sus semejantes, en su recreación. (96)

Considerar el espacio –entendido como escenario–, me llevó a estudiar el contexto cartagenero con las implicaciones culturales que ello supone en la construcción de individualidades, y a identificar las familias de origen rural y aquéllas de origen urbano –teniendo en cuenta que desde uno y otro espacio se construyen y ofrecen unas representaciones del ser hombre y mujer, de la paternidad y la maternidad, del trabajo, la infancia, y otros tantos aspectos importantes para comprender la innovación en el ejercicio paterno–. Así mismo, tuve presente la manera como los procesos migratorios –que suponen el cambio de espacios y el acercamiento con otras construcciones culturales– han permitido la incorporación de nuevas representaciones y prácticas en la función paterna.

Para finalizar esta reflexión es preciso anotar que el empleo del análisis narrativo parte del supuesto, ya planteado por Clandinin y

Connelly, de que los seres humanos somos personas narradoras, las cuales, individual y colectivamente, vivimos vidas narradas (Citados en Muñoz: 64). Además, dicho tipo de análisis permite “comunicar quiénes somos, cómo nos sentimos, y por qué debemos seguir cierto curso de acción y no otro” (Mcewan y Egan 1998: 10). Por último, comparto con Jakson la visión de lo narrativo como “un valioso instrumento transformador que permite entender el mundo de nuevas maneras y nos ayuda a comunicar nuevas ideas a los demás, podemos construirnos en diversas formas”, puesto que “las narrativas nos acercan a nuevos sentidos” (Citado por Gudmundsdottir 1998:65).

### **Los padres como personajes narradores**

Desde el momento mismo en que los padres sujetos del estudio deciden contar su vida y volverla historia, distanciándose un poco de ella para volverla objeto de reflexión, se plantean dos cuestiones: la primera, la necesidad de que cuanto se va a construir y reconstruir sea su propia vida, y no otra, los convierte en *protagonistas*; la segunda, que sean ellos quienes cuenten sus biografías los convierte en *narradores*. Desde esta perspectiva, se entendió a cada hombre/padre como *personaje narrador*, término que, siguiendo a Piña, se define como “un personaje, que además de protagonizar muy centralmente el relato, lo narra, imponiendo con ello su punto de vista”, de manera que “cualquier lector conoce el universo desplegado en el texto a través de los ojos (palabras) del narrador; asume queriéndolo o no, de un modo inmediato su perspectiva particular” (1988: 160).

El personaje narrador es construido por unidades de sentido, palabras y frases dichas por él o por otros personajes a través de él, no existe más que en el texto, es “puro ser de lenguaje”, en palabras de Córdoba (Citado por Maturana 1995:86). De este modo, se ve que la categoría narrativa será el vehículo para desentrañar el punto de vista de cada personaje sobre su propia identidad. Sin embargo, este personaje recrea en su relato otros personajes, unos más incidentes que otros, los cuales han contribuido en la innovación y en la construcción de identidades masculinas. Por ello, resulta necesario identificar las características del personaje narrador y de los personajes narrados por este.



## Capítulo II

### Entre autoras, autores, teorías y posturas:

#### Apuestas por contextualizar el objeto-sujeto de estudio:

Configurar teóricamente un objeto de estudio implica, entre otros aspectos, elaborar una revisión crítica a la luz de las perspectivas teóricas puestas al servicio del análisis de una realidad concreta. Este ejercicio brinda elementos para adoptar posturas frente a lo que se está investigando, que, por lo general, corresponden a la línea teórica en la que se está formando el investigador. Esto permite, a mi modo de ver, encontrar caminos recorridos por otras y otros, en los que se intenta dejar las propias huellas. El recorrido al cual me refiero, me llevó a encontrarme con abordajes teóricos –sobre todo aquellos que le apuestan a la postura constructivista para comprender las diferentes realidades sociales– que, en la mayoría de los casos, ampliaron –en términos de profundidad– las coordenadas en las que debía situar mi objeto de estudio.

Lo anterior fue realizado para superar dialécticamente mis decisiones iniciales, tal y como lo sugiere Rojas Soriano cuando propone esta actividad como un continuo recorrido dentro de las líneas generales trazadas previamente para el análisis del problema, y la tensión que producen nuevos encuentros (2006: 94); considero que dicha tensión se resuelve, según mi experiencia, cuando se comprende el proceso como susceptible de ser cuestionado permanentemente bajo una lectura crítica de la teoría general y por la revisión de los elementos teóricos

particulares existentes sobre el problema, sin olvidar la revisión de la información secundaria o indirecta proveniente de las investigaciones, artículos y demás fuentes que tengan que ver con el tema.

Este momento de la investigación debe plantearse como una actividad flexible que permanece en todo el proceso y que brinda unos derroteros por los cuales es posible deambular al ritmo del jazz, tal como lo plantea Carlos Iván García con una analogía para calificar esta acción como creativa, recursiva y de continuos ires y venires (2003: 11). El ejercicio me permitió contextualizar teóricamente cuatro referentes que, a continuación, son presentados: identidad e identidad de género, masculinidad, paternidad y paternidad innovadora. Se trata de unos referentes al servicio del análisis de la base de información y que procuran aportar a lo teórico, en una relación dinámica y reflexiva.

### **La identidad: un asunto en plural**

Mi interés inicial se encontraba en la necesidad de comprender –desde una discusión con diferentes postulados teóricos– la definición de la identidad de género; sin embargo, no se puede pretender dicha definición sin la revisión previa del concepto de identidad. Así, resulta necesario aproximarse a este concepto haciendo énfasis en las razones por las cuales hoy, más que nunca, este aspecto de la vida humana cobra acelerada importancia.

En la actualidad se asiste a una dinámica cotidiana con la cual se redefine la lógica de los encuentros intersubjetivos; tal y como lo plantean Michelle Foucault y Helena Bejar, “se instala la duda y la incertidumbre por la permanencia en el tiempo y el espacio, produciéndose una especie de desenclave que libera las relaciones sociales de la demarcación de un nicho territorial, espacial o emocional” (Citados por Palacio y Valencia). En este tiempo, en palabras de Palacio y Valencia, “surge el cuestionamiento por las identidades sociales, colectivas e individuales como el vértice de la vida y del tejido social” (25).

Hoy en día se definen mecanismos, discursos y, en algunos casos, prácticas orientadas a lograr o a soñar con la emancipación del sujeto.

Según lo planteado entonces, se hace evidente la pregunta sobre el “yo”, cuya respuesta tiene que ponernos *de frente a los otros*. Vale la pena resaltar también que la identidad que me interesa resaltar aquí es aquella que se traduce en la capacidad de una persona para llevar adelante una crónica particular, “la cual se define en la interacción regular con los demás en el mundo cotidiano y le permite incorporar constantemente sucesos que ocurren en su mundo exterior y distribuirlos en la historia continua del yo” (27).

La identidad hace alusión al sujeto: es la materialización de su experiencia en torno al ser y al existir; implica un entrelazamiento social. Se trata de un proceso por el cual se articulan tres aspectos esenciales: la mismidad, la comunidad y la alteridad, como lo plantea Marcela Lagarde (1993). De esta manera, la identidad puede ser planteada como una construcción social que contiene una esencia histórica cuyo sentido surge en el cruce del mundo del yo con los otros (Fuller 2001: 269). Lo anterior ocurre en un escenario que, según Canclini, instala al sujeto, o mejor a la pregunta por él, como *producto* y no como una condición heredada, *apuesta central del estudio* (1989: 25).

Además, como lo afirman Berger y Luckman, la identidad es un fenómeno que surge de la dialéctica entre el individuo y la sociedad: “si bien las sociedades tienen historias en cuyo curso emergen identidades específicas, éstas son historias hechas por hombres y mujeres que pertenecen a una cultura y a una sociedad” (2001: 216). Lo anterior quiere decir que el organismo afecta permanentemente cada base de la actividad constructora de la realidad del hombre y de la mujer, y él mismo resulta a su vez afectado por esta actividad.

Dicho rudimentariamente, como lo plantean los autores arriba referenciados, en la socialización la “animalidad” del hombre –y, por supuesto, la de la mujer– se transforma sin quedar completamente abolida. Existe una dialéctica continua que empieza a existir con las primeras fases de la socialización y siguen desarrollándose a través de la existencia del individuo en sociedad, entre cada animal individual y el mundo social.<sup>4</sup> Internamente, se desarrolla una dialéctica entre

---

<sup>4</sup> Me refero al aspecto biológico del ser humano, a lo natural.

el “sustrato biológico del individuo y su identidad producida socialmente”.(217)

Los planteamientos expuestos reafirman la necesidad de estudiar la identidad de los sujetos en relación con sus contextos. De esta manera, comprendo el asunto de la identidad como una construcción: es un constructo en el cual se conjuga una diversidad de tiempos, espacios, ritmos y relaciones que atraviesan la experiencia de vida del sujeto, incluyendo la pertenencia a una determinada sociedad, cultura, región, clase social, género, generación, etnia y parentesco, entre otros elementos, en los cuales los procesos de socialización primaria y secundaria son definitivos. Tal perspectiva implicó, para el estudio y siguiendo a Montecino, la imposibilidad de reducir la identidad a una sola imagen, pues, plantear qué es ser hombre o mujer, implica entender el entorno donde mujeres y hombres habitan, entendido éste como un espacio de “múltiples significaciones, símbolos, relaciones, interacciones, teñido por una historia y por su transmisión generacional”, de las cuales los sujetos se nutren constantemente a lo largo de sus vidas (1995).

En este sentido, la reflexión sobre la identidad me acercó a la pregunta por la construcción de sujetos. Burin y Meler aseguran que este concepto es fundamental para comprender tal construcción (2000: 36). No obstante, hablar de identidad propiciaría en algunos el desarrollo de procesos reflexivos de carácter crítico, en tanto que este concepto podría tener pretensiones nuclearizantes y unificantes; al plantear el problema de la identidad se podría estar definiendo una única identidad, por ejemplo: *la* identidad femenina, *la* identidad negra o, para el caso de este estudio, *la* identidad masculina.

De manera que, como lo consideran Burin y Meler, he adoptado por suponer que los sujetos varones han incorporado a su subjetividad diversos modos de ser, de pensarse y sentirse; lo anterior quiere decir que reconozco la pluralidad actual de las distintas formas de posicionamiento en su género y las consecuencias que esto produce sobre sus subjetividades. La experiencia social de hombres y mujeres, en palabras de Hall, “varía constantemente, es muy posible que las

identidades estén compuestas de un número de discursos diferentes y posiblemente contradictorios” (1994: 3).

Así, resulta necesario plantear, en palabras de Fuller, la identidad como *desarticulada*, como una zona de conflictos, no como un lugar unificado de reconciliación (271). En este sentido, y retomando a Eric Ericson, “se puede decir que la adquisición de una identidad (social y psicológica), es un proceso extremadamente complejo que implica una relación positiva de inclusión y una negativa de exclusión” (Citado por Badinter 1994: 60). La identidad subjetiva se define con base en semejanzas y diferencias. En el caso de la identidad de género, su constitución comienza con la percepción de pertenencia a uno u otro sexo. El núcleo de identidad de género es la convicción de que el sexo asignado es el correcto: “soy un macho” que se impone antes de los dos años y se mantiene, por lo general, a lo largo de toda la vida, en palabras de Robert Stoller (Citado por Badinter).

Habría que comprender, entonces, que en una y en cada una de las identidades de los sujetos sociales ocurren diferentes mezclas, factores y variables. Esto significa, y nos lleva a entender, que la identidad de género es una de esas mezclas-mezcladas que puede vivirse de diferentes formas, de modo que la identidad de un individuo es un prisma “cruzado por diferentes aspectos, o por aquellos que son relevantes en su vida social” (Badinter: 181) Cada individuo y colectivo representa un cruce de caminos donde –para este estudio– *el género, el estrato socioeconómico, la relación con su progenie y el contexto, producen unas mezclas específicas de identidad*. Hablar del hombre y de la mujer, de lo masculino y lo femenino, de ambos o de uno de ellos en la discusión planteada hasta aquí, es indagar por el hilo que indica el camino de la configuración de tales identidades. Por ende, es necesario descifrar la conexión entre el *orden social y el imaginario cultural* que el contexto del patriarcado presenta y no de ningún otro, pues allí se ha construido la identidad de género de los hombres/padres que participaron del estudio.

En este orden de ideas, y siguiendo de nuevo a Montecino: El tema de la identidad de género restituye un doble movimiento: lo particular

y lo universal, por eso la constitución del sí mismo está atravesada por la *unicidad y la multiplicidad*. Así, el sujeto tomará los materiales de su identidad desde la cultura a la que pertenece; pero también de su clase, de su familia, de los modelos femeninos y masculinos en que ha sido socializado; por tanto, su conformación como sujeto será una experiencia que conjuntará elementos singulares, interceptados por variables plurales. (226)

Por ello, comprender los hombres como padres implica analizar las múltiples relaciones entre los sistemas de género, lo personal y lo cultural para la construcción de identidades; esto permite incluir la categoría género para ubicar a hombres y mujeres como categorías de análisis socialmente construidas. Entonces, la sociedad se privilegia como generadora de la ubicación social de los géneros, *lo cual quiere decir que la construcción de cualidades distintas del hombre y la mujer, o sea, la construcción de la masculinidad y la feminidad, son productos históricos*. El género, a su vez y en palabras de Barbieri, se constituye como un sistema, “como un conjunto de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores sociales que la sociedad elabora a partir de la diferencia sexual anatómica y fisiológica y que dan sentido a la satisfacción de los impulsos sexuales, a la reproducción de la especie humana y en general al relacionamiento entre las personas” (1992:17).

### **La identidad masculina: una categoría relacional...**

*Lo que sí sé es lo que es ser un hombre, sin embargo mientras reflexiono como aprendí acerca de la masculinidad y la hombría, me doy cuenta de que casi toda la enseñanza estaba implícita y que todo el aprendizaje se produjo como por una especie de proceso osmótico.*

(Anthony Clare 2002: 9)

A pesar de iniciar en esta ocasión con una cita planteada desde la experiencia de un hombre, esto no quiere decir que siendo yo mujer esté ajena a su comprensión; entiendo que, para el caso de la masculinidad y la feminidad, cobran fuerza aspectos culturales,

históricos y personales, pero tampoco olvido que “estos dos ámbitos de la vida humana tienen sentido con referencia al otro” (Michael Kimmel citado por Badinter: 18). En este sentido, comprendo la masculinidad como una categoría relacional e intento plantear la masculinidad en términos de construcción social en la medida en que los hombres no nacen como tales sino que se hacen. Para llegar a ser un hombre, en palabras de Gil Calvo –en el sentido masculino del término, no en el genital que es cuestión genética y hormonal–, “hay que aprender a serlo, tras un incierto proceso de desarrollo de las propias capacidades, potencialmente masculinizantes” (2006:27). Semejante construcción está regulada por códigos culturales impuestos por la interacción con los demás, ya sean éstos los progenitores, las parejas, los amigos o los rivales.

Hoy las y los estudiosos del tema con una formación humanista –entre los cuales me incluyo– coinciden en rechazar la idea de una masculinidad única, niegan el papel fundamental de la biología y se inclinan por la idea de la plasticidad humana, como lo plantea Badinter. Esta autora se basa en los diversos trabajos de antropología social y cultural, así como en las últimas investigaciones históricas y sociológicas sobre la masculinidad y feminidad, para concluir que no existe un modelo masculino universal válido para todo tiempo y todas las latitudes, puesto que “la masculinidad, más que una esencia *es una ideología que tiende a justificar la dominación masculina*, pero también debe ser entendida como una categoría que se transforma” (Badinter: 51).

Así mismo, en muchos otros estudios, como lo afirma Mara Viveros Vigoya (2001), se señala que la adquisición de la identidad masculina en las ciencias sociales modernas atraviesa por una serie de dificultades a las que ella denomina “crisis de la identidad”, aunque debería plantearse como crisis del sistema de relaciones de género, tal como lo plantea Connel (Citado por Viveros Vigoya: 39). Él afirma que dicha crisis debería asumirse en estos momentos como una *crisis de un orden de género como un todo*, ya que la feminidad y/o la masculinidad no son sino configuraciones de prácticas dentro de un sistema de *relaciones de género*.

La crisis planteada puede evidenciarse en América Latina y, más específicamente, en Colombia, sobre todo en el siglo XX. Durante esta época se produjeron profundos cambios demográficos relacionados con la mortalidad, la fecundidad, la nupcialidad y la constitución de los diversos tipos de familias. Para Puyana Villamizar (Et.al), “es evidente que el uso de métodos anticonceptivos, la planificación familiar, el aumento en las uniones de hecho en las parejas, y la vinculación de las mujeres al mercado laboral generan cambios en los procesos de crianza”, que han transformado las formas de ser hombre o mujer (2003: 17).

Entendido el contexto anterior y asumiendo la masculinidad como una manifestación histórica, social y cultural, esta se plantea como un concepto susceptible a ser influenciado por las transformaciones sociales, culturales, económicas, políticas, ideológicas y familiares de un grupo humano específico. De igual manera, y como lo plantea Kimmel, la masculinidad no es un atributo innato –como para seguir insistiendo en la cuestión–, ni esencial ni responde a un significado único (1992:129); es decir que se trata de una categoría relacional que describe, citando de nuevo a Viveros, un proceso histórico tanto colectivo como individual y cuenta con un significado maleable y cambiante (2001: 53).

Recientes estudios sobre masculinidad incorporan los elementos que aportan las teorías post-estructuralistas y post-modernistas a los estudios sobre identidad, con lo cual proponen una descentración del sujeto: se trata de una crítica de las nociones esencialistas de identidad personal o colectiva. Tal y como lo plantea Wade, “las imágenes y comportamientos implícitos en la idea de masculinidad no siempre son compatibles, las distintas masculinidades se producen y negocian en distintos ámbitos, con distintos actores y también que en cada contexto cultural los atributos y comportamientos asociados al poder” (Citado por Viveros: 54).

En cada contexto cultural, sin duda, existe una variada gama de modelos disponibles de masculinidad y feminidad. De modo que resulta necesario plantear que la identidad de los hombres con su género no solo varía según la época sino también según la clase social,

la raza y la edad, tal como lo sostienen Anthony Astrachan y Robert Staples (Citados por Badinter 1993: 54). Entonces, se podría aplicar para el caso de los hombres la famosa frase de Simone de Beauvoir: “*No se nace mujer, se llega a serlo*”. De tal suerte que si la masculinidad es algo que se aprende y se construye, *también se puede deconstruir*.

Existe un amplio acuerdo en torno a la idea que la masculinidad no se puede definir fuera del contexto socioeconómico, cultural e histórico en el cual se encuentran insertos los varones; esta es una construcción cultural que se produce socialmente tal y como lo plantean Kaufman (1987) y Gilmore (1994) (Citados por Badinter: 158). Así, en la última década se ha afirmado una línea de estudios sobre masculinidad tal y como es vivida por los varones; como lo afirma Norma Fuller (2001), esta perspectiva innovadora es propiciada por una perspectiva de género. Para comprender el tema de la identidad de los sujetos instalados desde un estudio de género, en palabras de Irrigaría, hay que reconocer que la línea de estos estudios ha desmantelado los presupuestos en que se fundaban los discursos sobre feminidad y masculinidad. Esta tarea se centró especialmente en la denuncia del falocentrismo implícito en las teorías occidentales sobre el ser humano que identifican lo masculino con lo universal (citada por Fuller 2001). De manera que, el modelo de la humanidad ha descansado, como lo afirma Fuller:

En la oposición binaria, lo masculino emerge en tanto no es femenino. Sin embargo lo femenino excluido es parte constitutiva de lo masculino porque ocupa la porción del “otro” que permite que lo masculino emerja como la instancia que condensa las calidades asociadas a lo universal. (268).

A tal extremo, también es imposible negar la necesidad del otro o de la otra para reconocerse así mismo. Entonces, *¿qué pasará cuando ese reconocimiento necesite más afirmaciones y menos negaciones?*

### **Los hombres/padres: la paternidad, ¿una función?**

Hasta aquí he abordado algunos aspectos que me llevaron a reflexionar sobre la identidad de género como marco general para comprender la identidad masculina y esta, a su vez, me abre paso

a la discusión sobre uno de los eventos de la vida del hombre que históricamente lo reafirman en el poder: la paternidad. Esta, según Silvia Tubert, no es un hecho de la naturaleza, sino una invención humana. Mientras que la maternidad es siempre evidente en razón del embarazo y el parto, la paternidad no lo es. A pesar de esto, este rol lo ha posicionado social y culturalmente (Tubert 1997: 9).

Comprendo tal posicionamiento como uno en permanente transformación, ya que asumo la paternidad como una institución socio-cultural que, en palabras de Tubert, “se transforma incesantemente bajo la presión de múltiples factores”, y que tomar conciencia de estos cambios puede ayudarnos a comprender mejor y a aceptar las transformaciones que nosotros mismos sufrimos, “en la medida que somos seres de memoria y de historia” (9). La trayectoria de cada individuo prolonga y modifica la de las generaciones que le han precedido, por tal motivo instalo a los padres de este estudio en dos contextos: el del ayer, cuando eran hijos, y el del hoy, cuando son padres.

El feminismo, y con razón –en palabras de Clare–, ha desacreditado el ingenuo funcionalismo masculino, pues si omiten sus reducidas tareas seminales, no existe ninguna presunta función viril que no pueda ser igualmente ejercida por las mujeres con idéntica propiedad; pese a esto, “lo cierto es que los varones se especializan en la prestación de algunas funciones sociales que reivindicán como inherentes a su condición o definitorias de su identidad” (Clare: 56). De tal manera que, en adelante, me referiré al término “función” para aludir a los aspectos heredados social y culturalmente, y no a las relaciones internas de la masculinidad establecidas entre los propios hombres.

Tradicionalmente se ha considerado que los hombres son el “sostén”, la “cabeza”, “el responsable”, en términos económicos, de la familia. La tendencia de los investigadores ha sido concentrarse en la paga de los padres y no en su corazón. La madre dedicada y el padre deficiente son supuestos que podrían redefinirse sobre la paternidad, sobre todo si se recuerda que el “siglo XVIII un hombre digno de ese nombre podía llorar en público y ruborizarse; a finales del siglo XIX eso mismo podría llevarlo a perder su dignidad masculina”. (58).

Hasta muy recientemente, ejercer la paternidad, en la literatura de ciencias sociales y en psicología, quería decir ejercer la maternidad. La falta de atención hacia la función paterna ha provocado la creciente suposición que los padres no tienen importancia y el hecho que se les haya pasado por alto refleja simplemente el supuesto de que, en buena parte, son ajenos a la crianza y el desarrollo del niño (255). Pero, ¿qué pasa hoy con ellos? La pregunta anterior tiene sentido si tenemos en cuenta que el conector entre identidad y paternidad hoy más que nunca se transforma –no al ritmo que se desearía–, y esto desencadena y desconecta al hombre de su sistema simbólico. Si este sistema simbólico tambalea, igualmente lo hace su identidad; esto quiere decir que entra en tensión su relación con el orden social, con lo cual demarca un orden simbólico distinto.

Lo anterior tiene una contraparte: los profundos cambios en las prácticas sociales de las mujeres. El empoderamiento de ellas, más allá de la polis, y, sobre todo, la circulación de mujeres y hombres por ámbitos y actuaciones antes vedadas para ambos, impacta las lógicas del ordenamiento del tejido social moderno; sin embargo, debe tenerse en cuenta que el imaginario cultural que asistimos presenta una hibridación, confusa por demás, de los sentidos y significados que se le otorgan a toda producción social y cultural, porque se transita por caminos de cambio y al mismo tiempo de resistencias. Esta realidad que presenciamos se aborda desde diferentes posturas que, para el caso del contexto cartagenero, podrían hallar explicación en una modernidad inconclusa, tal como la planteada por Habermas (1989: 24), o en una definitiva hibridación entre lo tradicional y lo moderno, como lo afirma Canclini (25). Enfatizo en lo anterior porque las concepciones tradicionales y sacralizadas, que sustentaban la premisa de un masculino y un femenino inherente a la naturaleza y definido genéticamente, comienzan a fracturarse para dar paso a nuevos interrogantes.

Los cambios producidos en la vida doméstica, las relaciones personales, la estructura familiar, las exigencias del trabajo, el concepto de sostén de la familia y el papel de las mujeres, revelan que la función de padre también tiene que redefinirse. En este escenario ¿qué es lo que hace “padre” a un hombre? ¿Es lo que dice? ¿Es el dinero que lleva a

casa? ¿Es, simplemente, su presencia? O, en definitiva, ¿este concepto es definido por sus nuevas prácticas, su reencuentro con lo privado, con lo doméstico? ¿Es el descubrirse como un ser reconciliado con las emociones? Cualquiera que sea el papel que deban asumir los padres, lo tendrán que asumir en un mundo que ha cambiado en lo fundamental. En todo caso, y a pesar que estoy reflexionando sobre unos padres situados en una sociedad capitalista –en la que un hombre no se define por lo que es, sino por lo que hace–, he insistido en preguntarme por sus emociones.

Siguiendo a Connell (1995), es importante tener en cuenta, en primer lugar, que aunque existen distintas vías para llegar a ser un hombre algunas son más valoradas que otras y, en segundo lugar, que las experiencias sociales de los hombres constituyen una fuente de presión para obligarlos a conformarse a las ideas dominantes sobre lo que es ser un varón. Esto es lo que Robert Connell llama la “masculinidad hegemónica”. Uno de los elementos más valiosos de este concepto es su capacidad heurística para señalar que no se es masculino per se, sino porque se adoptan ciertos modos de ser y comportarse asociados al dominio y al poder:

Igualmente es importante considerar que no todos los hombres se benefician y adhieren a los valores dominantes y que la masculinidad hegemónica puede ser muy opresiva para los hombres que rehúsan o no logran conformarse a sus mandatos. (Connell citado por Clare:89).

Lo anterior se indica para plantear que lo *hegemónico*, en términos de supremacía o modelo “referente” –como lo llama Olavarria (Citado por Clare: 159)–, tiene un contexto más o menos compartido, que para el caso de este estudio se plantea en el contexto cartagenero de los años 60. Así, los hombres participantes de la investigación, constituyen y desarrollan su masculinidad en contextos cuyos elementos constitutivos son el origen, el estrato socioeconómico, la pertenencia étnica, la experiencia generacional; lo anterior me autoriza a plantear que pueden

ajustarse a unas características similares<sup>5</sup>, en tanto que la paternidad fue una práctica compartida, reafirmada e incorporada en las subjetividades de los hombres de su generación, lo cual permite reflexionar si dicho concepto se ha transformando y cómo lo ha hecho.

Retomando a Mara Viveros, la masculinidad podría entenderse también como un lugar de resistencias, de ahí que sea común que los grupos o categorías subordinadas usen el cuestionamiento de los valores masculinos como puntos de resistencia. Así, por ejemplo, en su estudio sobre construcción de la masculinidad entre poblaciones negras en Colombia –publicados en 1997 y 1998– Viveros señala que, aún cuando los varones asumen los rasgos de la masculinidad hegemónica en su alta valoración del rol de proveedores, ellos asignan un lugar preponderante a la performance corporal en los ámbitos del sexo, la danza y los deportes, en los que, según opinan, ellos destacan un lugar predominante en la definición de las cualidades masculinas (citada por Fuller: 51). Esta inversión permite cuestionar el equilibrio de su posición subjetiva frente a los valores de otras regiones y me permite evidenciar, como investigadora, la necesidad de revisar otros aspectos alternativos que permitirían asumir la masculinidad desde distintas perspectivas. Esta última idea, en tanto que los hombres del presente estudio brindan evidencias de voluntad personal en su necesidad de examinar zonas inexploradas en sus identidades.

### **La paternidad innovadora: identidades y funciones en tensión**

Muchas cosas han cambiado respecto a las mujeres a lo largo de la historia, pero, ¿qué les ha ocurrido a los hombres? Dado el alcance del análisis feminista y la revolución sexual de la segunda mitad del siglo XX, hoy día, tal y como lo plantea Clare desde su experiencia personal, “todo el problema de los hombres hoy día, sus rasgos más importantes,

<sup>5</sup> Palacio y Valencia afirman lo siguiente: “El patriarcado designa una organización social en el parentesco masculino y el poder paterno; define una lógica de relación entre los sujetos, en la cual se asume el sentido de la diferencia como desigualdad y justificación de la dominación, y la complementariedad como la comprensión de la incompletud, además establece unos dispositivos de control y regulación en la construcción de las identidades que se proponen garantizar la reproducción del orden sociocultural” (42).

su finalidad, su valor, su justificación, es materia de debate público” (165). A comienzos del siglo XXI, es difícil evitar la conclusión de que los hombres se hallan en un grave apuro. La discusión que se plantea aquí y el sustrato del estudio, tal como lo afirma Guilles Lipovetsky (1990), es la fractura del orden tradicional, evidenciada en los quiebres de los soportes ideológicos que sustentan la legitimidad cultural de las identidades inmutables y heredadas.

A pesar que la masculinidad todavía hoy se identifica con el poder, debe empezar a entenderse también un lugar desde donde se articula la resistencia. En la actualidad se presenta una explosión de prácticas nuevas y distintas en los sujetos: diferentes configuraciones en los dispositivos de poder que atraviesan la circulación de los hombres y las mujeres en los espacios públicos y privados. Se inicia, en palabras de María Cristina Palacio y Ana Judith Valencia, una especie de mudanza, de cambio en la lógica de las cotidianidades, y los diferentes escenarios sociales, tanto públicos como privados –en especial el de las familias–, enfrentan una transformación sustancial no sólo en su organización sino también en las valoraciones, representaciones y significados del mundo social (29). Uno de los indicadores de esta revolución sociocultural es la pregunta “por el papel que juega los padres en la familia, no sólo a través de su rol instrumental, emocional y afectivo, sino en la presencia que tiene en la crianza y socialización de los hijos/as y, también, por el lugar que la ternura, el amor y los sueños ocupan en su vida diaria” (35).

Existen concepciones que se transforman de tal manera que con el resquebrajamiento del patriarcado se marca de alguna manera un nuevo inicio; en palabras de Elizabeth Badinter, de una nueva forma de paternidad (275). El hombre reconciliado se diferencia del padre de otros tiempos, *o por lo menos empieza a criticarlo*. Diane Ehrensaft y Arlie Hochschild, han investigado a fondo el caso de las familias igualitarias. Ambas describen en forma similar al nuevo padre: es un hombre con sentimientos de rechazo por la cultura masculina tradicional. Dicen haber roto con el modelo de la infancia y por ningún motivo quieren reproducir el comportamiento de su propio padre, al que consideran

“frío y distante”, quieren “reparar” su propia infancia (citadas por Badinter: 277).

Estudios recientes demuestran que el proceso de crianza se aprende sobre la marcha: tanto el hombre como la mujer aprenden de igual manera. La forma de criar de un hombre o de una mujer, más que del género, depende de la infancia o de las circunstancias exteriores que nada tienen que ver con la fisiología, afirma Bárbara Risman (citada por Badinter: 289). Virginia Gutiérrez planteaba algo semejante para Colombia al asegurar que se estaban gestando hogares a los que llamó de “semejantes o pares”, en el sentido que allí primaba una relación horizontal entre sus miembros (1983: 241). Ceboratev también lo plantea al caracterizar estas familias como de responsabilidad compartida, pues se destacan rasgos democráticos en la distribución de las tareas hogareñas (Citado por Puyana 2003: 65).

En una investigación reciente<sup>6</sup> también se destaca el fenómeno de la paternidad y la maternidad en ruptura, con el cual se hace referencia al caso de los padres y madres que se sitúan en “oposición frente a sus progenitores, procurando un cambio con respecto a la forma de ser y se replantean al construir relaciones innovadoras en sus hogares” (65). En este sentido, tal como lo muestra Yolanda Puyana, citando a Anthony Giddens, esta postura innovadora frente a la paternidad, la maternidad y las relaciones familiares, es autorreflexiva del yo ante las circunstancias complejas que la vida les demanda. Los hombres están saliendo, para utilizar una frase de Clare, del armario emocional: los hombres que han ridiculizado, degradado y desdeñado la supuesta emotividad de las mujeres, aceptan ahora, con madurez, la importancia de no solo reconocer los sentimientos sino que también expresarlos franca y civilizadamente.

---

<sup>6</sup> Se trata de *cambios en las representaciones sociales de la maternidad y la paternidad en cinco ciudades colombianas*, en la que participaron cinco universidades del país (Nacional de Colombia, Antioquia, Valle, Autónoma de Bucaramanga y Cartagena) e investigadoras como Yolanda Puyana Villamizar, entre otras. Se desarrolló entre los años 1999 y 2001, y permitió la publicación del libro *Padres y madres en cinco ciudades colombianas. Cambios y permanencias*. Editorial Alamedas: 2003.

Podría pensarse que lo planteado arriba sucede en otros países, en otros grupos humanos, en otros escenarios más “avanzados”, pero no es una fantasía que, en todo el globo, el número de hombres en puestos de poder todavía excede al de las mujeres. En países en vías de desarrollo, como el nuestro, la situación es aún más desigual: la disparidad de género en lo que se refiere a compartir el trabajo no remunerado es completa y pese a todo lo que se discute en torno a la igualdad, las mujeres de todo el mundo continúan trabajando más horas que los hombres y reciben menos remuneración por su trabajo. Esto pone de presente que los colonizadores todavía tienen el mando, sin que esto implique una terrible situación de pesimismo: es cierto que el patriarcado no ha sido derrocado, pero su justificación es cada vez más confusa, los colonizadores no han sido desplazados, pero los colonizados y las colonizadas, están planificando, discutiendo y se están organizando. No solo existe la sensación sino que también existe la evidencia que, sin duda, en las zonas más remotas del imperio patriarcal, el tiempo de la autoridad, la dominación y el control masculino han empezado a llegar a su fin.

## **SEGUNDA PARTE**

**Escenarios, relaciones y contextos desde  
los cuales se construyen identidades  
masculinas**



## Capítulo III

### Escenarios y relaciones familiares en la Cartagena de los años 60

#### Los años 60 en Cartagena: recuerdos de la Infancia

##### I. ¿Desde dónde se realiza esta lectura?

La mirada a la generación anterior –familias de origen de los seis padres participantes de la investigación–, propuesta como primer elemento de análisis, pasa necesariamente por el *yo* interpretado que los personajes despliegan en sus narraciones. Desde esta perspectiva el estudio de las familias de origen es recreado a través de los ojos de los padres que fueron hijos en los años 60, quienes interpretan las vivencias pasadas a la luz de nuevas experiencias, nuevas representaciones y los discursos del contexto actual que han incorporado para sus *sí mismos*. Esas familias se reconstruyen desde la memoria, es decir, desde los recuerdos y olvidos, conscientes o inconscientes.

Hablar del *yo interpretado y la generación anterior* –para este caso en particular– no solo hace referencia a los contrastes y relaciones entre pasado y presente, sino que, también, las narraciones son sometidas a la tensión entre la dimensión individual y social de la masculinidad y la paternidad. En tanto que lo social aparece como un elemento configurador del pensamiento, de las prácticas y de las relaciones de

los individuos, no es posible creer que los padres innovadores sean el producto de rupturas totales y de voluntades totalmente individuales que solo pueden ser estudiadas desde y en el momento presente. La forma como estos hombres se interpretan a sí mismos en su función paterna y en su género debe entenderse como compleja, ya que la construcción de la conciencia individual tiene lugar con la integración entre lo subjetivo y lo objetivo, y se encuentra mediada por procesos históricos-sociales y culturales.

Ya que la construcción de la conciencia de estos hombres/padres estuvo relacionada con sus familias, es preciso entenderlas como instituciones históricas producto de unas condiciones económicas, culturales, educativas, políticas y de unos discursos sobre el deber ser de hombres y mujeres. Con base en aquellas características las personas son formadas, y esto se traduce en el hecho que los conceptos y valores en torno a la paternidad o la maternidad presentes en una determinada época son interiorizados a partir de procesos de apropiación cultural.

Por lo anterior, las formas históricas de la familia solo pueden entenderse como una construcción de la cultura, como una institución socio-cultural o como un entorno de constitución de la subjetividad de hombres y mujeres. De manera que la familia puede ser vista como un espacio de significados, de sentidos, que, como producto del lenguaje, escriben e inscriben la historia social e individual de quienes la constituyen como seres comunicantes. Este último hecho supone situarse en las coordenadas de un discurso, acceder a un determinado saber de la realidad material –de los seres y las cosas–, y someterse como hombres y mujeres a la lógica de unos arreglos convenidos como condición de la vida grupal, de la vida social.

Siguiendo a López, se puede ver que “la familia desde su origen, se inscribe en una socio temporalidad, esto imprime en ella un modo de ser histórico” (1999: 109). Esto, en relación con el estudio adelantado, supone que las formas de ser de la “socio temporalidad” se inscriben en la familia y, por medio de esta, en hombres y mujeres. Por ello, no resulta posible acceder a las narraciones de los hombres/padres que participaron de la investigación mientras se omiten estas relaciones, las

cuales son capaces de intervenir en la forma como ellos se narran a sí mismos, a sus familias y a sus sociedades, tanto en el pasado como en el presente.

Atendiendo a lo anterior, la razón por la cual se realiza esta mirada hecha a las familias de origen merece ser contextualizada. Es preciso instalarse en “el tiempo de la historia”, como lo llamaría Yolanda Puyana,<sup>7</sup> de modo que sea posible contextualizar a los protagonistas y sus vivencias –desde lo que ellos mismos recuerdan–. Desde esta perspectiva, intenté recuperar la Cartagena de los años sesenta, dejando ver algunos aspectos económicos, sociales, culturales y educativos propios de aquella época. Así mismo, contextualicé algunas formas de vida y representaciones de los escenarios rurales y urbanos, siendo la distinción rural-urbana un elemento que aparece con fuerza en la reconstrucción de las familias de origen y en la comprensión de los modelos de hombre/padre y mujer/madre ofrecidos en uno y otro escenario.

Igualmente, indagué los elementos que podrían dar cuenta de algunos discursos sobre el deber ser de lo femenino y lo masculino, la maternidad y la paternidad de la década de los cincuenta que pudieron incidir en los modelos proyectados en la ciudad de Cartagena y en los demás lugares de donde provenían los narradores/personajes. Lo anterior para poder obtener un panorama específico de la forma como se constituyeron las familias de origen en relación con la sociedad y los procesos históricos de los cuales eran resultado. Así pues, las familias de origen se convierten en escenarios perfectos para empezar a entender la construcción de las identidades en los padres participantes del estudio.

Lo anterior fue evidenciado en las narraciones de los hombres/padres que participaron de la investigación. La mejor manera de otorgarles el merecido protagonismo a aquellos que hicieron posible una investigación como esta, es darles paso a los personajes. Escuchar las narraciones de estos permite, tal como fue estipulado desde el

---

<sup>7</sup> En el capítulo anterior se hizo referencia a los tres tiempos propuestos por Puyana.

comienzo y en las intenciones del estudio, permitir que los sujetos sociales puedan reivindicarse por medio de sí mismos.

## **II. Voces y recuerdos para recuperar las voces de los hombres participantes en la investigación: los hijos de ese entonces cuentan...**

*...Las familias costeñas se pueden caracterizar con relaciones afectivas muy cercanas, muy afectivas, pero con límites bien precisos, aunque invisibles (...) Con reglas muy estrictas, tremendamente estrictas...*

(Javier, hombre del grupo A)

Javier, Eduardo, Fidel, Jorge, Sadid y Lascario son padres de hoy, hijos de los años 60. Todos provienen de ambientes rurales, campesinos; los hombres recuerdan el monte<sup>8</sup>, la finca o sencillamente “pueblitos bonitos” como Villanueva, lugares cercanos a Cartagena. Solo Eduardo trae recuerdos al presente de una infancia vivida en la ciudad: una infancia que para él transitó entre los innumerables compromisos sociales de sus padres y los escasos pero bien vividos momentos cerca de ellos, momentos que hoy describe como “pocos”, ya que por los afanes de su padre y de su madre por sobresalir, de hacer dinero y de cumplir compromisos sociales, en ocasiones él se sentía desplazado.

A los recuerdos de Eduardo se suman los de Javier, quien evoca perfectamente la finca de Turbana en la que vivía con su mamá por razones económicas: “porque vivir en la ciudad era muy costoso”. Recuerda también el centro de Cartagena, sus casas grandes y la infaltable abuela de las familias costeñas, en torno a la cual se reunían los tíos y las tías, los primos y las primas, la familia entera. Él también recuerda los vínculos que se construían por medio de las reuniones familiares en las cuales se generaba la sensación que la familia estaba “completa”. Se trata de recuerdos particulares que se repiten de manera similar en los demás hombres del estudio.

---

<sup>8</sup> Expresión costeña para indicar el campo, lo rural.

Tampoco faltaron en estas historias el olor a verde, a queso y a la leche preparada por una madre campesina y trabajadora. Los hombres/padres compartían recuerdos de calles pequeñas donde todo el mudo era “familia”, evocaciones de las peleas con los hermanos y las “travesuras” de la infancia, las idas a misa los domingos, entre otras escenas de la cotidianidad. También surgieron recuerdos de necesidades económicas, de precariedad –por lo menos para cinco de ellos–, lo cual implicó la separación con sus familias o simplemente tener que responder económicamente desde edades muy tempranas.

En la memoria de estos niños de hace más de cuarenta años se presentan con mucha fuerza sus padres: se trata de personajes ausentes, trabajadores, rudos, estrictos, bondadosos –pero estrictos–, padres de a ratos; hombres que se levantaban muy temprano a las tres de la madrugada para cumplir con sus labores en el campo y que regresaban muy tarde en la noche; campesinos rudos que les enseñaron a trabajar y a criar animales; padres que daban órdenes, que castigaban; padres que enseñaban a no perder el tiempo en las calles y a trabajar duro. Muchos de estos padres, sin tener un ápice de conocimiento sobre educación de niños o de adultos, guiaron a sus hijos a través de un patrón de educación rígido; un padre médico que trabajaba mucho, al cual no se le veía durante el día y llegaba a las siete de la noche por un rato, antes de salir a cumplir compromisos sociales.

A pesar de la dureza, la educación es agradecida, como en el caso de Sadid, quien manifiesta que de no haber sido por esta él habría perdido el norte. Lo anterior permite identificar que, en general, se encuentra una percepción positiva de estos padres. Así, Eduardo ve a su padre como un hombre que le enseñó a “ser responsable”.

No puede dejar de considerarse que se trata de padres que, a pesar de sus “*grandes sensibilidades*“, no tuvieron tiempo suficiente para consentir porque había otros con la “boca abierta” esperando demostraciones de afecto y que marcaron la vida de estos hombres. Los padres de hoy no dejan de expresar la añoranza de la cercanía y la falta de expresiones afectivas de sus propios padres. Por ejemplo, Javier señala con nostalgia que “*de pronto, si hubiese sido el segundo, o hubiese*

*tenido dos o tres hermanos, de pronto nos hubiesen acaparado más”<sup>9</sup>”. Pero lo padres de entonces tenían hasta trece hijos. Eran familias numerosas. Eduardo, por su parte, evoca a un padre que le enseñaba a “*respetar a las niñas, a no abusar de ellas*”. Su padre era explícito en la necesidad de fijarse bien con quién se iba a tener relaciones sexuales: debía pensar que perteneciera a una “buena” familia, socialmente aceptada y con quien pudiera casarse en caso que la niña “*saliera embarazada*”.*

Al indagar en las narraciones de estos hombres se encontraron infancias totalmente rígidas, en las que todo el mundo se sometía a las tareas escolares y a las taras del hogar. Se vivían jornadas escolares de todo el día y los sábados eran destinados para ir al campo a ayudar al papá en el trabajo y así evitar la “*vagancia en la calle*”. Escenas como las anteriores permiten caracterizar la existencia de unos padres educadores por excelencia; son recordados por sus hijos, los padres de hoy, como aquellos “*que no entregaban el pescado sino que enseñaban a pescar*”.

De otra parte, las madres de estas historias no aparecen con la misma fuerza que las imágenes del padre. En la memoria de tres de los hombres/padres participantes, la madre es presentada como un personaje con el cual se permanecía mucho tiempo, que no solo se ocupaba de las labores domésticas sino que también apoyaba las actividades académicas de los hijos e hijas, participaba en la economía familiar haciendo queso o repartiendo lo que el esposo o sus hijos producían. Se trata de mujeres que, tal como lo recuerda Jorge, aparecen como personajes pasivos en la vida familiar. Para Eduardo se trataba de mujeres dominantes, “*de esas que les gusta meterse en la vida de todo el mudo*”. Son madres “*mojigatas*” en el tema de la sexualidad, por lo cual el abuelo –que sí “*daba la talla*”– tenía que asumir esta labor a pesar que era mayor, tal y como afirma Eduardo. Los padres, las madres y las relaciones creadas con estos y estas, o reguladas por ellos y ellas, presentan los *recuerdos de una educación rígida, muy arcaica, una educación dada como una cosa impositiva*.

<sup>9</sup> Todo lo que aparece en cursiva y entre comillas corresponde a las frases textuales de las narraciones provistas por personajes participantes del estudio.

De otra parte, surgen los recuerdos de abuelos “alcahuetas”, abuelas que “*tapaban maldades*” o salidas en la noche a escondidas. Eduardo recuerda a uno de sus abuelos como un personaje con muchas habilidades manuales que le construía juegos “*rarisimos*” de su época y que se convirtió en su consejero sobre la sexualidad cuando fue un poco más grande. En general, puede hacerse eco de la visión de Sadid, un hombre del grupo A:

La infancia de ataño redundaba de autoridad y flaqueaba en libertad... Una educación que hacía que los hijos se tornaran dependientes de las decisiones que los padres formulaban, incluso cuando se inmiscuían en asuntos como escoger la novia o futura esposa. Todo con excesiva autoridad y poca libertad.

## **Esfuerzos por unir las voces: Las familias de los años sesenta desde los recuerdos de los hijos que hoy son padres**

### **I. Las familias de aquel tiempo, el tiempo de los opuestos complementarios**

En el tiempo de los opuestos complementarios –en palabras de Virginia Gutiérrez de Pineda (1999)–, inician su experiencia biográfica ocho hombres que cuarenta años más tarde ya serían padres, unos padres distintos o por lo menos en conflicto. En los años sesenta –período en el cual se gestó un proceso de migración del campo a la ciudad–, Cartagena empieza a urbanizarse. Sin embargo, solo a cinco de los hombres participantes de la investigación la infancia, o parte de ella, los encuentra aún en el campo<sup>10</sup>. No obstante, más adelante, avanzada esta etapa de sus ciclos vitales y la adolescencia, algunos se enfrentarían a la “necesaria” migración. De esos cinco niños nacidos en el campo solo dos de ellos permanecieron hasta la adolescencia en este espacio; para los otros tres, por iniciativa masculina y por motivos económico-laborales, las familias avanzaron hacia la ciudad, ya que el espacio urbano resultaba más prometedor.

---

<sup>10</sup> Los otros tres desarrollarían su experiencia vital en el espacio urbano, en la ciudad de Cartagena.

Hacia los años cincuenta y sesenta las ciudades se habían convertido en polos de atracción poblacional, como consecuencia de la crisis del sector agrario y las tímidas políticas públicas, como bien lo anotan Morad y Bonilla (2000: 83). Cartagena, desde los años cincuenta, se empieza a percibir como mercado potencial de trabajo, gracias a la atracción producida por su creciente movimiento industrial y comercial. A esta ciudad llegaban a diarios campesinos, jornaleros y trabajadores semi-calificados de los departamentos de Bolívar, Sucre, Córdoba y Magdalena, empujados por la evidente crisis social y productiva de la tradicional hacienda costeña (Corpes citado por Morad y Bonilla: 83).

Algunas de las familias de estos personajes eran migrantes, en general numerosas –la mayoría de ellos fueron criados con seis, siete y hasta trece hermanos/as–. El contexto cultural en el cual nacen, contaba con pocos controles a la reproducción; el deseo de unirse a una pareja iba acompañado del deseo de ser madre o padre, de manera que la maternidad y la paternidad eran proyectos que se emprendían sin mucha reflexión, ya que respondían a un propósito prefijado e inculcado.

Ciertamente, si la familia en Cartagena continúa siendo un ideario, lo era más aún en los años sesenta, cuando conformar una familia era un estado al cual, necesariamente, debía llegarse. Cabrales y Jaramillo anotan que la familia no existe aislada para esta cultura; en ella, la familia recoge todo y lo ubica en su seno, se impone como la gestora de la cultura y a la vez como su limitante. La sexualidad, la afectividad, la economía, la procreación, la relación y pertinencia social, todo es regulado por este componente de la sociedad. Para los autores en cuestión, a través de la familia se puede llegar a comprender la cultura cartagenera (Cabrales y Jaramillo 1983: 215).

Si bien estos hombres fueron parte de familias numerosas, estas no eran necesariamente extensas –solo dos de ellas lo eran–. Lo extenso y colectivo ha predominado en las definiciones sobre lo cartagenero y más aún en sus dinámicas familiares. Varios son los/as autores/as que se han dedicado a los estudios de familias y feminidades en la ciudad

de Cartagena –Puyana, Mosquera, Gutiérrez de Pineda–, resaltan el carácter colectivo de la socialización en esta ciudad. No obstante, en los recuerdos de seis de los personajes no es general la presencia de familias extensas y, de igual forma, el sentimiento de red familiar es ausente.

La red familiar, entendida por Claudia Mosquera como el “conjunto de relaciones de apoyo afectivo o material en los momentos de consolidación o crisis del ciclo familiar” (92), no parece marcar la experiencia vital al momento de volverla relato, al momento de contarla y compartirla. Las infancias y adolescencias parecen no haber estado marcados por otros parientes, por lo menos para cuatro de los personajes. Mosquera, tras hacer referencia a las redes familiares en los sectores populares de Cartagena, anota que estas redes no deben ser vistas como algo ideal que funciona sin dificultades. Al interior de estas se presentan continuos roces y peleas entre los miembros que las debilitan, aunque no consiguen no las neutralizan –algo que dista de los casos estudiados de estos padres–. Esta misma autora se encarga de hacer notar que el discurso de la individualidad se instala poco a poco en la familia y que gran parte las instituciones empiezan a ser vistas como suplentes de las labores familiares. De modo que se ve cómo las redes institucionales han ganado mucho terreno en estos barrios, en detrimento de la solidaridad tradicional (92).

Los mismos procesos de migración del campo a la ciudad han tenido impactos en la relaciones de parentesco: se presentan debilidades y en algunos casos las redes se rompen. Desde esta perspectiva el carácter colectivo de la socialización se ve favorecido por las cercanías geográficas y, una vez se producen los distanciamientos, el sentido y la fuerza de la red familiar entra en el terreno de las incertidumbres y pasa a ser cuestionada. Con respecto a esta circunstancia, es importante recordar a Mosquera cuando afirma que esta red “no desaparece totalmente ella responderá ante la llegada de un hijo, muerte, enfermedad o velorio” (92). Además, en las últimas décadas las “familias rurales en Latinoamérica y el Caribe han asistido a cambios, estos cambios han implicado la modificación de estereotipos centrados en las familias extensas”, y más aún cuando se ha empezado a difundir el modelo nuclear (FAO 1995).

De igual forma, desde lo identificado en los recuerdos de los personajes participantes del estudio, se encuentra que hacer parte de familias numerosas no garantiza la pertenencia a una familia de tipo extendida, o bien, que exista un apoyo en redes familiares para el mantenimiento del hogar. Sin embargo no puede desconocerse que –posiblemente en esta cultura más que en ninguna otra–, se exalta lo público y colectivo, mientras que, a un mismo tiempo, se ve cómo las relaciones empiezan a someterse a principios de privatización. Aún estando presentes otros parientes en la vida familiar no siempre se les brinda licencia para participar en todos los procesos de dicha vida, procesos que poco a poco pasan a ser competencia de padre, madre e hijos.

Resulta pertinente preguntarse: ¿hasta qué punto esa red y ese colectivo en las relaciones familiares cartageneras impacta en la memoria de la experiencia vital? ¿Por qué en los hombres de este estudio el sentido de la red es escaso? Cuatro de los personajes, cuatro experiencias biográficas, situadas en la ciudad de Cartagena y en contextos rurales del Caribe colombiano, permiten crear interrogantes sobre las redes familiares en esta zona del país, sobre las marcas que dejan al rememorar la experiencia vital. Estos interrogantes, sin duda, deben seguir estudiándose de manera posterior, ya que se desvían un poco de las preocupaciones atendidas por esta investigación.

En medio del contexto anteriormente expuesto, aparecen Eduardo y Javier, ambos del grupo A. Sólo ellos dejan entrever en sus relatos al abuelo, la abuela, algunos tíos/as, primos/as y vecinos. En el caso de Eduardo, se trata de una familia extensa en la cual se evidencia la presencia del abuelo y de la abuela materna: precisamente con el abuelo Eduardo se permite hablar de sexualidad y explorar sus cambios corporales, temas vedados que no podían ser abordados con el padre o la madre. La abuela era quien ocultaba las salidas prohibidas, la violación de las normas establecidas por los progenitores. El abuelo y la abuela no aparecen como figuras de autoridad, no restan y/o comparten la capacidad de decisión con el padre y la madre: su papel en la crianza es más de *alcabuetería* que un rol legítimo cedido por padre/madre en la

formación de hijos/as. El padre y la madre fueron quienes establecieron los lineamientos y sanciones.

En la familia extensa a la que pertenecía Eduardo, el ejercicio de la autoridad legítima mantuvo la nuclearidad. Los abuelos aparecen por fuera de la norma o solo tienen acceso a ella por delegación, cuando se les otorga el papel de cuidadores ante la ausencia de alguno de los progenitores. Este abuelo y esta abuela de Eduardo –o por lo menos el abuelo– representaron la autoridad en su momento, cuando fueron padres en los albores de los años 30. Una vez que comienzan a ser abuelos, este papel cesa dando paso a otros sentimientos de más acercamiento. Cabe la pregunta: ¿este cambio se presenta porque la presión social ejercida sobre él disminuye?

El segundo padre, Javier, es hijo de una familia nuclear que encontró apoyo afectivo y material en una red patrilínea<sup>11</sup>. Durante su infancia, Javier vivió con su familia de origen en la zona rural, pero su padre y sus hermanos debían trasladarse diariamente a Cartagena: el padre a trabajar y los hijos a estudiar. Esta situación impulsó el establecimiento de unas redes de apoyo con esos/as otros/as parientes paternos, quienes apoyaban el cuidado y educación del hijo y sus hermanos/as mientras el padre se ocupaba en la generación de ingresos hasta cuando regresaba nuevamente a la zona rural, ya agotado del día de trabajo. Cuando finalmente la familia logra establecerse en la ciudad, se produce el paso a la familia nuclear, en la cual solo la madre se ocupaba de la crianza y cuidado de los hijos, sin acudir redundantemente a la red. El mismo Javier narra que en este momento su familia entra en un período de “normalidad”, atribuyendo aquí al modelo nuclear el deber ser de las familias.

Otro hecho que resalta de los relatos está relacionado con la ausencia de rupturas en la unión de la pareja –entre el padre y la madre de los sujetos investigados–, la cual no necesariamente estaba legitimada por el vínculo religioso y/o jurídico, pero sí por el compromiso de “vivir

---

<sup>11</sup> Claudia Mosquera la define como la familia del hombre casado o en unión por filiación materna: madre, abuela, padre, hermanos mayores, hermanos de crianza (93).

hasta que la muerte los separara”, sin importar que esta bendición no hubiese sido ofrecida por una figura sacralizada.

Lo anterior conduce a pensar que la permanencia de la unión familiar bajo cualquier circunstancia era parte del deber ser de las familias, sin importar que la figura del esposo y/o compañero fuera en ocasiones un espejismo y no asumiera las funciones que tradicionalmente les había sido asignadas. Lo cierto es que el divorcio y las separaciones de hecho no gozaban de una fuerte base de legitimación cultural, siendo la mujer la encargada de velar por esta “unión”. Mientras que el divorcio en la relación de pareja no gozaba de una fuerte base de legitimación cultural, la separación en los roles y espacios que debía asumir el hombre/padre y la mujer/madre eran bien definidos y defendidos por aquella legitimación.

Si bien el divorcio de la pareja parece ser un tema poco atractivo para los personajes estudiados, sí aparecen con fuerza otros tipos de divorcios. El padre y la madre de sus recuerdos son dignos representantes de la complementariedad. Cuando a través de los relatos se consigue imaginar y reconstruir cómo eran las familias de origen de los padres de este estudio, se presenta una diferenciación que irrumpe con fuerza y que marca las imágenes frente a las figuras paternas y maternas: se trata de la dicotomía entre lo público y lo privado, entre el hogar y el trabajo<sup>12</sup>, estando las madres ancladas a lo primero (privado/hogar) y los hombres a lo segundo (público/trabajo). Este divorcio parece ser el primer referente que ofrecen las familias de origen para la construcción de identidades masculinas y las representaciones sobre el deber ser de la paternidad.

En los relatos, y desde los recuerdos que evocan dinámicas familiares en el contexto de los años sesenta, aparece algo común: *padre y madre son distintos y no cumplen las mismas funciones, no ocupan los mismos espacios*. Así, junto a la madre paciente que ayuda en las tareas<sup>13</sup> aparece

---

<sup>12</sup> Siendo el trabajo concebido como trabajo fuera de la casa y remunerado; si bien no es la definición con la que me identifico, es la que se ha tomado para efectuar el análisis.

<sup>13</sup> Es preciso señalar que no todas las madres participaban en ellas.

el padre proveedor económico, trabajador incansable, ese padre que no permanecía en la casa porque su lugar se encontraba fuera de ella, pues solo desde fuera parecía ser útil a la familia y cumplir la función asignada desde el momento en que decidió “hacer familia”.

Surgen recuerdos sobre lo que hacía el padre, lo que hacía la madre, las actividades que compartían con una y con otro, el tiempo que le dedicaba ella y el tiempo que le dedicaba él, las formas de afecto y acercamiento ofrecidas por una y otro. Todas las narraciones ofrecidas al respecto están signadas por unas claras diferenciaciones en función del género. Las familias de los hombres estudiados construyeron –o bien reprodujeron modelos ofrecidos en su contexto sociocultural– sobre la división y la asimetría las formas que creyeron las adecuadas de comportarse según las exigencias del contexto. Estas divisiones, aunque presentes en las familias rurales y urbanas, no se experimentan en ellas de la misma forma, adquieren matices distintos.

En las familias de origen urbano se encuentra que el lugar de residencia y el lugar del trabajo remunerado no son coincidentes; en medio de esta división se encuentra una mujer/madre en la casa y un hombre/padre en el trabajo, siendo este último el proveedor económico principal y único. En las familias de origen urbano la esencia productora radica en el padre y la reproductora en la madre, sin que ocurra lo mismo en las familias rurales. Si bien en las familias rurales los padres también relatan una división de actividades según el sexo, en estos hogares converge la unidad de consumo y la unidad de producción; lo anterior hace que la mujer asuma, además de labores reproductivas, labores productivas. La diferencia radica en que ella realiza sus actividades en un sitio diferente y en que es menor el reconocimiento que se les otorga: la mujer trabaja desde lo privado y dicho trabajo resulta tener poco reconocimiento social.

Una vez establecidas estas características generales, resulta pertinente establecer una reconstrucción de las figuras paternas y maternas ubicadas en el contexto de los años sesenta, con todos los elementos culturales que ello implica. De manera que es momento de dejar que

los seis personajes realicen esta caracterización ahora que son padres diferentes a sus progenitores.

### III. Así eran sus padres, aún los recuerdan...

*Pequeño poema a mi padre en espera  
de una larga conversación  
que jamás tendrá lugar.  
Con usted no puedo hablar de nada  
a pesar de que mis ojos y mi nariz sean suyos  
(Me lo han dicho)  
o de que yo haya sido su mayor imprudencia  
(Me lo han dado a entender)  
y de que en cierto modo  
sea usted quien camina  
(Soy yo quien lo sospecha)  
cuando voy por la calle.*

(Nicolás Suescún citado por Wilches 1998: 40)

En los relatos se ve configurado un padre a quien solo se le ve en las noches –si la madre no ha dado “la orden” de ir a la cama–, un padre que casi nunca está en casa y que, a pesar de estas condiciones, logra que al interior de ella su palabra imponga la “ley”. Se trata de una figura cuya lejanía proyecta un modelo de masculinidad, un modelo que desea ver incorporado en sus hijos. Algunos lograban verlos más tiempo, al encontrarse juntos en aquello que “deben hacer los hombres”, actividades a las cuales debían acudir los hijos para convertirse en hombres; debían ir con sus padres a cumplir con la función asignada a su sexo: *trabajar*. Pero estos espacios de encuentro no lograban cambiar las cosas, los padres aún mantenían una relación de mando-obediencia, de hablar-silencio, en la cual los padres se ubicaban en los primeros términos de los binomios y los hijos en los segundos.

Retomando las palabras de Seidler, “estos hijos aprendían a escuchar las órdenes de sus padres para obedecer, no les escuchaban para preguntar, porque sabían que preguntar equivalía a desafiar la autoridad del padre

y con ello demostraban ser merecedores de castigo” (2006: 60). Y es que sus padres eran las cabezas de familia, y eso les daba “derecho a esperar que su palabra sea obedecida ‘sin rechistar’“(89).

Así eran los padres de Lascario, Jorge, Fidel, Javier y Sadid. Solo Eduardo logró establecer con su padre relaciones de escucha, pero no más cercanas que el resto. En él también se mantuvieron las distancias que imponían los compromisos laborales y sociales, distancias y compromisos que las subjetividades masculinas asumían como el deber ser del hombre y, más aún, el de ser padre.

En general, se trata de figuras paternas que representaban en las prácticas cotidianas y en lo simbólico *lo público* y *el poder*. Los padres eran hombres “cabeza y sostén” de la familia que encarnaban la norma, la autoridad, no siempre con presencia física pero sí decisiva, cercana a la de un juez. Estas parecen ser las características más apremiantes de la paternidad de los años sesenta desde los relatos de los hombres estudiados. Es preciso aclarar que lo público es entendido como la actividad desarrollada fuera del hogar: en este ámbito se involucran la proveeduría y los compromisos sociales. Precisamente, esto demarca el poder: la encarnación de la norma, la capacidad de lograr que los miembros de la familia acaten la voluntad del padre.

Desde esta perspectiva, todos los hombres coinciden frente a la figura de un hombre/padre que es, en ocasiones y más que en lo físico, ausente en lo afectivo. La causa principal de esta situación es el trabajo. En estas familias se mostró que la función principal de un padre era la de ser el proveedor económico, la de mantener económicamente a la familia. Aparece el trabajo como separado del hogar y como separador de la familia, ya que “trabajar es uno de los mandatos que distingue al varón en la masculinidad hegemónica, junto a la heterosexualidad y la paternidad” (Olavarría 2001: 197).

Sin embargo, entre trabajo y autoridad existe una relación que no puede desatenderse. Los padres tenían la autoridad en tanto que eran los proveedores, mantenían a los miembros de la familia y aseguraban su supervivencia. Así visto, la función de proveeduría le da al padre don de mando. En palabras de Olavarría:

El trabajo es uno de los pilares sobre los que se sostiene el lugar del hombre en su núcleo familiar, especialmente a través de la paternidad que consagra la relación del varón con su mujer e hijo/as como jefe del hogar, establece la subordinación de los otros miembros de su familia y permite un orden familiar que cuenta con respaldo legal. (197)

Estas representaciones sobre la masculinidad y la paternidad estaban sustentadas en un orden sociocultural, y toda práctica de crianza estaba signada por lo que se creía era el deber del hombre, del padre, de la mujer, de la madre y las relaciones paterno filiales. Las vivencias con los padres terminan ofreciendo unos modelos de masculinidad y paternidad desde las relaciones dadas, las no dadas, lo que se comparte, lo que se restringe, lo que se libera y lo que se veda. Muchos de esos modelos ofrecidos en las familias de origen deben precisamente proponerse como antimodelos para llegar a ser innovador. Muchas de las prácticas desarrolladas por los padres, mucho de lo que se intentó formar en el pasado es rechazado en el presente por los padres innovadores que se estudian en este caso.

Un famoso caso de lo anterior le ocurrió al escritor checo Franz Kafka; su padre, queriendo hacer de él un empresario, formó a un artista, queriendo hacer de él un joven vigoroso y valiente, formó a un hombre callado, temeroso, quien expresó a través del arte sus resistencias frente a una figura paterna que se mostraba fuerte y avasalladora (Puyana 2000:13). Así, lo obtenido en este proceso podría, precisamente, constituir las “cartas” a seis padres<sup>14</sup>. Dado que estas “cartas” son vistas por una investigadora, resulta necesario entender qué tipo de hombres intentaron formar los padres de estos seis personajes.

#### **IV. Los modelos de hombre/padre ofrecidos por los progenitores**

Gracias a lo indagado en los relatos de los seis hombres/padres participantes del estudio, fue posible identificar los modelos de masculinidad y paternidad ofrecidos por las figuras paternas en las

<sup>14</sup> Esto, en relación con las cartas escritas por Kafka a su padre, las cuales fueron publicadas luego de su muerte con el título de *Carta al padre*.

familias de origen. He encontrado una distinción importante entre lo rural y lo urbano: cada espacio ofrece unos modelos de ser hombre y padre, entre las cuales se presentan tendencias diferenciales. En un primer momento, me referiré a las figuras paternas de origen rural: se trata de los modelos de Jorge y Fidel, quienes tuvieron padres campesinos. Estos dos personajes permanecieron hasta la adolescencia en el contexto rural y pertenecen al grupo B. En un segundo momento me dedicaré a presentar los modelos ofrecidos por los progenitores de Eduardo, Lascario, Javier y Sadid, personajes que actualmente se ubican en estratos socio-económicos altos (4, 5, y 6), por lo cual conforman el grupo A. Si bien los dos últimos nacieron y vivieron parte de la infancia en el espacio rural, la mayor parte de la vida como hijos la desarrollaron en el contexto urbano, tal como lo mencioné al inicio de este capítulo.

a. *“Y nos íbamos al monte”*

Durante su infancia, Fidel tenía planeadas sus actividades para los fines de semana y las temporadas de vacaciones: ir al campo a ayudar a su padre con los cultivos y la cría de animales. Jorge lo hacía durante más tiempo: iba al “monte” casi todos los días, pues era parte de su cotidianidad. Para los padres de estos dos personajes las legislaciones sobre el salario nominal, los porcentajes de tiempo o en dinero por descansos, cesantías, y todas las legislaciones establecidas en Colombia a mediados del siglo XX, no tenían aplicabilidad alguna. Esta legislación no llegó al campo, a los agricultores, a los campesinos padres de los personajes estudiados, quienes además de no entrar en esa franja de trabajadores asalariados, veían ante sus ojos la desproporción existente entre las muchas horas dedicadas al trabajo y la poca retribución económica.

Desde las tres de la madrugada hasta las diez de la noche trabajaba el padre de Jorge y, quizá, también el de Fidel. Con ellos las definiciones del costeño como “flojo” y “alejado del trabajo” evidencian ser meros prejuicios. Varias de estas horas de trabajo eran compartidas con sus hijos (hombres), a quienes llevaban al “monte”, fuera de la casa. Una infancia y adolescencia rural, marcada por la participación en el

trabajo, es dibujada en los relatos de Fidel y Jorge. La pobreza presente en la vida rural, en su niñez y adolescencia, no les otorgó licencia a su temprana edad para aislarse de la lucha por la sobrevivencia. En palabras de Puyana, la participación de estos niños y adolescentes en este tipo de actividades es producto de las exigencias de la fuerza de trabajo que impone la pobreza. En sus palabras:

El modo de vida campesino supone una educación centrada en el trabajo, en razón de la exigente lucha contra la naturaleza, los padres deben formar una fuerza de trabajo servil, capaz de sufrir las condiciones de explotación y el intenso trabajo que exige la pobreza. (Puyana 1998: 32)

La educación centrada en el trabajo también acogió a las hermanos y hermanas de estos personajes, quienes aprendieron a trabajar a temprana edad. Entre los aprendizajes incluidos en este proceso se encuentra la distinción entre los espacios productivos. Padres e hijos se situaban entonces en el trabajo del monte, de la tierra, del cultivo, ubicado fuera de la casa, mientras que ellas hacían el queso, despachaban la carne y atendían otras tareas que implicaban menos movilidad del espacio hogareño. Esta situación es descrita por Jorge al señalar que había unos roles separados: *“hombres en la producción, mujeres en la distribución”*.

Entonces, el padre llevaba a su hijo al trabajo con la tierra; al hacerlo, lo separaba de la casa y de la madre, le enseñaba a ser “productivo” y a diferenciar su espacio. El interés de los padres en la participación de sus hijos en las actividades del campo estaba también mediado por el deber de hacer de ellos “verdaderos” hombres: esto, en el campo, equivalía a ser trabajador, estar dispuesto a realizar cualquier trabajo, asumiendo así también cualquier esfuerzo físico. Para los padres de Fidel y Jorge, ser trabajadores no era algo que sus hijos llegarían a ser: no se trataba de una práctica de la adultez, era algo que debían ser desde niños. El hecho de trabajar no era asumido como un discurso de algo que sería en el futuro, sino que era la práctica de algo del presente.

Fidel y Jorge compartieron con sus padres espacios de encuentro homosociales que ofrecían imágenes para construir identidades masculinas, en las cuales estaba siempre en tensión la situación

de tener a sus padres cerca y lejos a la vez. Al padre del campo los hijos/hombres lo veían con mayor frecuencia, pero las relaciones se tornaban contradictorias: con ese padre compañero de trabajo no se mantenían relaciones amistosas, sino que permanecía el autoritarismo y la imposición de la norma.

Es preciso considerar que en estas relaciones se establecía una constante tensión de la cercanía y la distancia. La condición de género hacía cercanos a los hijos con sus padres: el padre lleva a su hijo a trabajar la tierra porque es hombre, es igual a él y para ellos está diseñado este trabajo. La tierra entonces parece reafirmar una relación heterosexual: siendo la tierra femenina, la madre<sup>15</sup>, se deja labrar por el hombre, por el padre. Se establece una relación primordial en la cual el campesino es a la tierra y la tierra es al campesino. Los padres creen –su contexto sociocultural lo cree– que el hombre, el hijo, tiene la capacidad de enfrentar la rudeza de la tierra, que la tierra solo puede ser adiestrada y producir con las manos del hombre; las exigencias de esfuerzo físico que ella impone solo las pueden asumir las “*hormonas masculinas*”.

No obstante, si el género los acerca, la generación, los roles y la posición ocupada por cada uno al interior de la familia, los aleja. No son dos trabajadores: son padre e hijo, cada uno con un estatus y un rol que deben mantener. El campo y la tierra establecen frente a ellos unas relaciones de poder que se ordenan, no desde relaciones laborales, sino desde las familiares. Se *suponía* que los padres eran los encargados de imponer disciplina a los hijos, pero, “para mantener su autoridad, los padres tenían que mantener las distancias con respecto a sus hijos, ya que se suponía que la cercanía amenazaba su estatus” (Seidler 2006:15).

Así pues, los padres de Jorge y Fidel aparecen como hombres que intentaron formar a sus hijos con disposición para el trabajo, un trabajo con el padre. En el marco de esta formación aparecieron unas prácticas que daban libertades y restricciones a un mismo tiempo. Ver al padre más tiempo y tenerlo cerca no facilitó las expresiones afectivas, según lo expresan de manera explícita los padres de hoy. Ellos insisten en

---

<sup>15</sup> Recuérdense la expresión madre tierra, madre-femenina.

que el lugar del hombre se encontraba fuera del hogar; así lo cuentan Jorge y Fidel, quienes hoy se desempeñan como carpintero y taxista respectivamente.

b. “*Y me tocó desde muy temprano empezar a defenderme*”<sup>16</sup>

Parece ser que la consigna de los padres de los narradores personajes convocados para esta investigación era la de formar a sus hijos con disposición para el trabajo, educarlos para que fuesen “autónomos y responsables”. Este interés, sin duda, se encontraba marcado en la necesidad de que estas características no desaparecieran cuando ellos no estuviesen, es decir, para cuando sus hijos fuesen *padres*.

No deja de ser un discurso contradictorio, puesto que, mientras proyectaban unas prácticas de crianza que *redundaban en autoridad y flaqueaban la libertad* –como lo expresa Sadid–, en otros aspectos se insistía en ese “*deberás defenderte por tí solo*”; se trataba de la visión del hombre como independiente, aunque independiente a futuro o cuando las mismas condiciones del contexto permitieran o exigieran exteriorizar esas cualidades, puesto que en la infancia debían someterse a controles estrictos por sus padres.

En este orden de ideas, resalta el caso de Fidel, quien, desde temprana edad, se defendió por sí solo, luego de emprender la ruta de migración del campo a la ciudad; dicha ruta implicó el paso por el ejército, luego por Montería y finalmente por Cartagena en busca del “progreso”. Para Fidel las condiciones del contexto económico le determinaron –como él mismo lo afirma– los caminos por seguir, caminos que, si bien lo alejaron de las voluntades individuales y lo obligaron migrar en busca de nuevos horizontes alejados de su familia de origen, él recorrió porque ya era “un hombre preparado para hacerlo”, preparado para “defenderse por sí solo”. De esta manera, este personaje se enfrentó a la urbe cartagenera que en ese momento enfrentaba “el clímax de crecimiento desigual y contradictorio de manera diferenciada cuantitativa y cualitativamente, dando anuncios de una Cartagena caótica y marginal” (Morad y Bonilla: 83). Jorge lo

---

<sup>16</sup> Esta parte se refiere tanto a padres urbanos como rurales, cada uno con matices distintos.

narra de la misma manera: viniendo de una socialización en el trabajo, debía estar preparado para enfrentar cualquier situación.

Esta presentación de autonomía y capacidad de valía masculina de estos dos personajes está sujeta a las representaciones del deber ser del hombre en el contexto delimitado con anterioridad: uno en el cual parte de la responsabilidad del hombre para con su familia se ve reforzada por la convicción de formar hijos autónomos y responsables que supieran desempeñarse por sí mismos por encima del dolor, el miedo y la incertidumbre, sin importar que, en realidad, la familia siempre podría estar cerca para ayudar.

c. “*Tienes que estudiar más*”<sup>17</sup>

Mientras los padres de Fidel y Jorge los llevaban al campo, formándolos para el trabajo, el padre de Eduardo insistía en que su único trabajo era estudiar: “*tienes que estudiar, ponerle más responsabilidad a todo*”, le decía. Esta era una insistencia también de los padres de Javier, Sadid e, incluso, de Lascario. Si bien a este último su padre lo llevaba consigo al trabajo, él mismo se encargaba de advertirle que el fin no era que él aprendiese su oficio —que era la albañilería— sino proporcionarle un espacio de aprovechamiento del tiempo libre, distinto a la calle, entendido el tránsito en esta como la pérdida de tiempo o como un espacio de vagancia.

Las vidas de Javier, Sadid, Eduardo y Lascario presentan elementos comunes. Estos cuatro personajes pasaron parte de su infancia en el campo trasladándose luego a la ciudad. Vivieron la mayor parte de su niñez y adolescencia en lo urbano, a excepción de Eduardo, quien vivió toda su infancia en el ámbito citadino. Los cuatro, ubicados en el grupo A, cuentan con unas condiciones socioeconómicas favorables.

En el caso de estos personajes, el modelo de hombre rudo, cuyo trabajo implicaba un gran esfuerzo físico, se cambiaba por el del hombre profesional exitoso, que trabajaba en la oficina y asumía compromisos sociales. En este modelo caben todos sus padres, quizá

---

<sup>17</sup> Aquí me estaré refiriendo a los padres de las familias de origen que se radicaron en territorios urbanos.

con excepción del padre de Lascario. Las imágenes encontradas fueron las de un médico, un odontólogo y un albañil, las cuales dieron como producto a un médico, un odontólogo y dos profesores.

Este contexto remite a Elshenboruch, quien establece la relación entre la historia del juguete en Alemania con la clase social del niño o la niña. Para este autor, el juego y la educación, para los hijos de los burgueses, enfatizaba la creatividad, la capacidad de mando y la iniciativa, mientras que en los hijos de los trabajadores se manifestaba la tendencia a crear una disposición para vender su fuerza de trabajo y fomentar el hábito del trabajo parcelado, uniforme y físicamente destructor. Esta última educación era transmitida mediante el vehículo del propio trabajo, entendido como impedimento sistemático del juego (Elshenboruch citado por Puyana 1988: 33). Los padres de los personajes participantes del estudio, sin duda, no ofrecen el mismo modelo de masculinidad. Al respecto, Connell y Bourdieu mencionan que:

La masculinidad no es una suerte de bien de consumo, que cada quien escoge el que mejor le sienta, sino que es heterogénea en virtud de las relaciones que existen entre los individuos y las instituciones de la sociedad. Así, las instituciones particularmente jerarquizadas como los deportes, el mercado de trabajo, las organizaciones de seguridad y el Estado, privilegian la construcción social de cierto tipo de masculinidades dominantes y orientadas a la competencia cuando les permite el acceso a unos y se los restringe a otros. (Citados por Faur 2004: 57)

A este modelo de masculinidad, Faur opone:

La masculinidad que se desarrolla en el frente de guerra que la del pediatra neonatólogo. Los primeros requerirán reforzar sus zonas de valentía y de poder sobre otros. Los últimos profundizarán su racionalidad pero también tendrán mayores licencias para conectar sus zonas de ternura, por ejemplo: no será la misma masculinidad del obrero de fábrica que vive entre máquinas, ruidos y requerimientos de fuerza física a la del gerente que en otro piso de la misma fábrica

pasa sus días en confortables despachos, con otros requerimientos de compostura corporal e intelectual y con otra ambición en términos de acumulación de capital. (Faur: 57)

El modelo de hombre/padre ofrecido a Javier, Sadid, Eduardo y Lascario –el de proveedor y público– tenía como fundamento la educación formal, y desde esta perspectiva, para mantener una familia, se debía tener una preparación profesional que garantizara un buen trabajo, el éxito y la movilidad social. Luego, parte de ser un verdadero hombre consistía en ser exitoso y no fracasar en la vida económica y social. El éxito era considerado como cercano al desarrollo de habilidades cognitivas en medio de un contexto social que le había restado valor al esfuerzo físico y agotador, mientras destacaba otro tipo de actividades laborales, más relacionadas con el ambiente de la oficina y la dirección, y no el de la subordinación.

Mientras en lo rural se hace presente una preocupación por satisfacer necesidades básicas –principalmente de alimentación–, los padres en lo urbano<sup>18</sup> ponían énfasis en la educación, pues en la ciudad la clase y la movilidad social ascendente contaban de manera trascendental; precisamente, a ello apostaban con la educación de sus hijos: mantener una posición en los estratos socioeconómicos altos, como en el caso de Eduardo. La intención de los padres era clara: formar proveedores económicos en potencia, trabajadores a futuro. Sin embargo, para llegar a ese modelo de proveeduría ejemplificado por los padres –o que pretendían para sus hijos, sin que ellos, propiamente, lo fueran, como el caso del padre albañil de Lascario–, era necesario profesionalizarse. Por ende, como niños y luego como adolescentes debían cumplir con unos compromisos académicos.

La educación llega a convertirse en una de las principales preocupaciones de los padres, y aquí adquiere sentido su esfuerzo laboral. Paradójicamente, para llegar a ese modelo, parece ser que el padre solo ofrece su ejemplo de vida, su imagen y, por supuesto, los ingresos económicos que posibilitaban el estudio; todo esto en un nivel

---

<sup>18</sup> Recuérdese que hago referencia a los padres urbanos de los personajes narradores, sin que exista una pretensión generalizadora.

de ausencia, puesto que se garantizaba mientras trabajaban. Con el trabajo realizado por el padre se garantiza la supervivencia de los hijos; a estos últimos solo les correspondía estudiar. En los recuerdos de Javier, Lascario, Sadid, y Eduardo, la madre aparece como acompañante de la formación educativa: según la división sexual de roles, esta era parte de sus funciones en el cuidado y crianza de los hijos. Es preciso señalar que, a diferencia de los niños del campo, estos personajes y sus padres pasaban menos tiempo juntos, mientras que, al mismo tiempo, tenían acceso a otro escenario público: la escuela.

## V. Ahora, los comprenden...

*Es un buen tipo mi viejo  
que anda solo y esperando,  
tiene la tristeza larga  
de tanto venir andando.  
Yo lo miro desde lejos  
pero somos tan distintos:  
es que creció con el siglo  
con tranvía y vino tinto...  
Viejo mi querido viejo...  
(Mi viejo, Piero)*

No sé si el padre de Piero fue autoritario o democrático, amoroso o distante, pero, ciertamente este intérprete ha logrado entender algo a través de la canción citada: él y su padre son distintos. Y lo son porque han recibido el impacto de contextos diferentes: su padre es el del tiempo “del tranvía y vino tinto”, y él viene de un tiempo marcado por la lucha en busca de la libertad<sup>19</sup>. Cada uno se forjó en un tiempo particular, con unos discursos determinados y, consecuentemente, con unas prácticas provocadas por todo un contexto sociocultural, económico y político. Quizá, sólo al comprender esto, este cantante logra decir que “*es un buen tipo mi viejo*”. Quizá cuando era niño no lo veía de esta forma y fue preciso que creciese para comprenderlo.

---

<sup>19</sup> Sobre este aspecto, es importante recordar que esta canción se empezó a escuchar en la década de los 60, época de la consigna “hagamos el amor y no la guerra”.

Sin duda, la expresión “*yo lo miro desde lejos*” marca un acto de reflexión, de toma de distancia; precisamente, esto parece reflejar el caso de los personajes contemplados en esta investigación. El acto de reflexionar sobre la vida propia les permite ver a sus padres de lejos; al hacerlo, se presentan situaciones de perdón, no de olvido, pero sí de comprensión del contexto y de las condiciones del ejercicio de la paternidad de sus padres.

La mirada hacia el pasado efectuada en el presente, cuarenta años después, permite expresiones de reconciliación y comprensión en aquellos hijos de los años sesenta, insatisfechos con los silencios impuestos, con la aceptación de acuerdos no establecidos entre ellos. Estos padres de hoy afirman que el trabajo del campo, el horario extenuante, la necesidad de responder social y culturalmente hizo que sus padres fueran lo que fueron. Así, Jorge afirma que debió presenciar muchas circunstancias como cómplice, ya que él también acompañó las angustias económicas de su padre, a través de una carga de largas y extenuantes jornadas laborales. Esto ocurrió igual que el padre de Javier, cuyas presiones económicas y exigencias laborales por atender lograron que, con una “gran sensibilidad artística” –como lo menciona su hijo–, se tornase rígido y autoritario, fijando su esfuerzo en la norma y en el control de los miembros de su familia, fuera y dentro del hogar.

Lo anterior muestra cómo los padres estudiados buscan explicaciones a las formas de asumir la masculinidad por parte de sus progenitores; ellos encuentran que, quizá, “frente a una virilidad que se identificó con el éxito simbolizado en el dinero traído a casa” (Badinter: 40), las distancias de los hijos se veían justificadas. Probablemente sus padres creían que de esa forma podían ofrecerles a sus familias un buen nivel de vida. Javier explica los modelos de masculinidad de su padre desde la cultura; así, entiende que los distanciamientos afectivos con su padre estaban determinados por la cultura misma de la Costa, una cultura que se debate entre la libertad y la coacción, que permite a la vez que reprime, que propicia y frena al mismo tiempo. Los personajes involucrados en el estudio también encuentran explicaciones en el número elevado de miembros en el hogar: entienden que en las familias numerosas no todos los hijos tienen acceso a las expresiones afectivas,

puesto que, mientras se abraza a uno, hay otros tantos esperando también ser queridos. Por ello, hoy creen que entre menor es el número de hijos mayor es la fluidez y cercanía en las relaciones. Lo interesante de las narraciones referidas por los padres es que sus padres o, mejor, los recuerdos sobre ellos, aparecen con mucha fuerza; esto, a pesar que presentan crudamente las insatisfacciones en las relaciones planteadas entre ellos y sus progenitores en cuanto a las expresiones afectivas, a la libertad, el respeto por los derechos, a recrearse. Puede verse, entonces, que el padre está siempre presente como referente de masculinidad.

Aquél hombre que no dejó hablar, que moldeaba comportamientos con solo una mirada, ese hombre impositivo, en el presente es justificado; y esto ocurre cuando se logra entender que las paternidades puestas en reflexión, los modelos de masculinidad, han recibido el impacto de contextos socioculturales, económicos y políticos distintos. A ese padre que aparece en muchos rasgos de la paternidad como un antimodelo, se le encuentra explicación en una mirada desde la contemporaneidad, desde los discursos que esta ha traído consigo y las prácticas que ha renovado. No obstante, precisamente desde el hoy, convertidos en antimodelos para muchos aspectos de la paternidad, son recordados como referentes para el *no ser*. Se trató de padres presentes desde la proveeduría aunque no lo fueran desde la afectividad; esa presencia aún, con el carácter que revestía, los mantiene presente en sus recuerdos, los mantiene como padres que no abandonaron el hogar.

Esto último es de resaltar en vista que se trató de circunstancias que tuvieron lugar en medio de una cultura en la que, como lo afirma Virginia Gutiérrez de Pineda, “el comportamiento varonil se asienta en la poliginia, la unión libre inestable, la relación esporádica, alternativas al servicio de una descendencia numerosa, y ante todo se afianza la paternidad biológica escueta que excluye la cultural” (2000: 299). Los hombres cartageneros aparecen como autoritarios, imponentes, públicos y afectivamente ausentes, pero algo distantes de la figura del macho. Son quienes dan muestras de su virilidad procreando una descendencia sin límite, rica en varones capaces de multiplicar su sangre y su apellido, pero cuyas funciones prácticamente culminan con su tarea pro-creativa (2000: 295). A diferencia de este

modelo, los padres de los hombres estudiados no diluyeron con su descendencia sus compromisos económicos. Con esto puede afirmarse que, definitivamente, son múltiples las formas de concebir y vivir la paternidad en el contexto analizado.

Sin duda, la relación paterno-filial marcó la identidad de género en estos hombres. Se ve, entonces, cómo Javier descubre que la relación con su padre fue significativa en su vida, lo cual solo consigue identificarlo en el presente. Eduardo, por su parte, llegó a estudiar lo mismo que su padre, a quien califica como su profesor y compañero de trabajo. En el caso de Fidel y Jorge la relación en el trabajo con sus respectivos padres les ayuda a recordarlo.

## **VI. Figuras maternas: entre recuerdos y olvidos**

El tiempo del recuerdo, para los padres estudiados, es el tiempo de la lejanía de la madre y la cercanía sociocultural con el padre –sin importar que, en muy pocos momentos, esta haya cercanía sido real, que haya actuado desde las prácticas hasta lo simbólico–. Los seis personajes recuerdan su infancia a partir de los siete u ocho años, también su adolescencia; se trata de períodos vitales en los cuales comienzan a familiarizarse con la construcción de una masculinidad definida por oposición a lo femenino, que exalta lo público. Así, mientras las madres estaban en la casa, ellos, como hijos, intentaban hacerse, o mejor eran impulsados a ser, hombres fuera de ella, esto, en compañía del padre o del grupo de pares.

Cuando los hombres entrevistados se refieren a sus madres, aparecen los espacios de la casa y de lo privado. Sin embargo, cabe preguntarse, ¿qué es la casa y lo privado en los recuerdos de estos hijos sino olvido? El olvido de lo privado y de lo íntimo hace ocultar también a la madre: desde sus recuerdos no aparece la mítica madre dispensadora de afecto. Es al padre a quien más recuerdan: se trata de la figura que logró marcar su presencia con fuerza, ya que se le vio en el trabajo –los que trabajaron con ellos–, se les tenía como modelos a seguir. De manera que los hombres estudiados recuerdan los elementos de identificación paterna, su ausencia afectiva, la forma como el padre, en el marco del

contexto sociocultural, era ofrecido como el modelo inmediato de masculinidad, a quien se debía seguir.

Es preciso no olvidar que quienes hablan son hombres, y la mirada a la figura del padre se realiza desde la visión de este como un par desde el género y las funciones sociales asociadas –como su condición de *padre*–. Desde esta posición, los hombres tienen más elementos para evaluar, criticar, juzgar y comprender la forma como sus padres ejercieron su función. Intentarán acercarse a ellos desde el relato –¿o el recuerdo?– para entenderse a sí mismos, para comprender qué ha permanecido y qué ha cambiado.

entonces, el padre, y no la madre, es el referente que, en la mayoría de los casos, sirve como modelo del *no ser*; en su deseo de ser distintos emerge el padre como contraste y sus insatisfacciones son el motivo principal del cambio: es a él a quien debe superarse. El relato les permite mirarse como hijos y como padres. Quizá las mujeres hablarán con mayor facilidad de la madre, en su condición de género. No obstante, puede pensarse que, hablar de ellas, les supondrá muy seguramente hablar del padre: a él le adjudicarán la responsabilidad por la pasividad y sumisión; verán a la madre como dominada y se verán obligadas a hablar del dominador. Por su parte los hijos hablan del que domina, y la madre parece no tener más incidencia que la de ceder. Así pues, en su posición de niños, adolescentes y jóvenes –hombres– los recuerdos de su crianza están marcados por los modelos masculinos, unos modelos que insistían en el *no ser mujer*, en la negación de lo femenino, en construir hombres desde la diferenciación y la oposición. Badinter afirma que:

Nacida de mujer, acunada en un vientre femenino, la criatura masculina está condenada a dedicar gran parte de su vida a diferenciarse, cosa que no sucede con la criatura femenina. Para existir necesita oponerse a su madre, a su feminidad, a su condición de bebé pasivo. (62)

Ciertamente, la definición de la masculinidad, en este período cultural, es una *definición en negativo*, tal como lo afirman Segarra y Carabí (2000: 19) “La masculinidad aparece como aquello que no se

es; la masculinidad no es femenina, no es étnica, no es homosexual, puesto que, de tener estos atributos, estaría asociada a categorías –según la ética patriarcal– de inferioridad” (19).

Los hombres estudiados recuerdan su infancia y adolescencia desde los espacios “no femeninos”: los encuentros en el trabajo con el padre; los encuentros con el grupo de pares jugando en la calle. Esta última, junto con el barrio, la esquina, la cancha, los juegos en el caño e incluso la escuela son vistos como escenarios privilegiados para la construcción de masculinidad en la ciudad de Cartagena; se trata de escenarios de encuentro homosocial con el grupo de pares en donde “la semejanza y solidaridad se construyen sobre la base de un distanciamiento con las mujeres, empezando por la principal de ellas, la madre” (19).

En este sentido es importante hacer eco de lo dicho por Palacio y Valencia, quienes afirman que uno de los aspectos centrales de la socialización de los géneros, para la construcción de las identidades, se relaciona con la asignación y pertenencia de los lugares sociales que se identifican como propios. “Desde este punto de vista, se inserta en el imaginario cultural el sentido y significado del espacio público, la calle, como un ámbito de circulación masculina y el espacio privado, el hogar, como el de las mujeres” (Palacio y Valencia: 78).

La infancia y adolescencia de estos hombres constituyen el tiempo de la experiencia de la vida familiar; esta marcó unos dominios en los territorios, siendo lo doméstico de privilegio femenino y el espacio social de dominio masculino, exigiéndoles, como afirman los autores antes mencionados:

Tempranamente una forma de ser y actuar, que les otorgaba la importancia y a la vez el costo de pertenecer al grupo social que identificaban a través del padre... el padre representó el nexo y eslabón que los hizo partícipes de un mundo y un poder patriarcal que entrega la dicotomía masculina femenina y exclusión de las prácticas que identifican a la mujer (76).

Entonces aparece con fuerza la figura del padre, la identificación y apropiación de esta figura sería el camino –en estos períodos vitales–

para alcanzar y reafirmar la masculinidad. En los pocos momentos de las narraciones en las que aparece la madre se recuerdan los momentos cuando ayudaban en la formación académica, cuando debían dedicarse a las labores del campo y, a la vez, atender lo doméstico y la familia; la madre es recordada cuando debe convertirse en la figura de autoridad ante un padre fallecido, o aquella que logra trascender las fronteras del hogar entre los encuentros con las pares genéricas y los compromisos sociales facilitados por el estrato socioeconómico<sup>20</sup>.

Estas son las madres que aparecen en los relatos. Aunque se asoman en pocas líneas, logran evidenciar una representación sociocultural de la mujer, la feminidad y la maternidad, en el contexto de las décadas de los 60's y 70's en la ciudad de Cartagena. En esas pocas líneas fueron narradas las figuras maternas, a sabiendas que, si bien estuvieron presentes en hogar, no lo estuvieron tanto en los recuerdos.

## **VII. Así eran sus madres, lo que de ellas recuerdan**

En la realización de las tareas escolares se encuentran madre e hijo; por lo menos, así lo recuerdan Eduardo y Lascario. Sus padres habían abandonado la formación académica de sus hijos en manos de la madre; operando como una familia que funciona bajo el modelo de los opuestos complementarios, se convencían que, cumpliendo ellos con la responsabilidad económica de provisión para que esta formación fuera posible, a ellas les correspondía asumir el proceso académico durante la infancia, como parte de su función en el cuidado y atención de los hijos.

La ayuda en las tareas había sido considerada como una labor femenina y, en estos casos, femenino-materna, ya que –sumado a la permanencia en el hogar de la madre– esta ayuda se encontraba asociada a virtudes como la paciencia, la entrega y disposición. El hecho que a la mujer le correspondiese esta labor, facilitaba el acercamiento con los hijos. Paciencia y entrega eran cualidades ausentes en estos padres absorbidos por el trabajo, rígidos y autoritarios; tanto las cualidades

---

<sup>20</sup> Estos recuerdos no son exclusivos de uno u otro personaje, pueden aparecer en ellos varios de los recuerdos antes mencionados.

femeninas mencionadas como la función de ayudar en las labores académicas, se encontraban por fuera de las asignaciones hechas al hombre/padre.

De esta forma, el reparto de las tareas confió plenamente en esas cualidades y roles que actúan por adscripción, por un hecho natural y hasta misterioso; según esto, al tener las madres una disposición para la paciencia y la ayuda, por naturaleza les correspondería involucrarse en las tareas escolares de los hijos y asumir las angustias y tensiones que ello supone. Lo anterior, mientras el padre asumía las angustias y tensiones del trabajo productivo, con lo cual garantizaba el costo económico de esa formación.

El padre albañil de Lascario siempre le insistió a su hijo en que toda persona debía aprender a escribir claro; tal era la incidencia que tenía sobre su hijo que este tuvo todo el tiempo el propósito de mejorar su caligrafía. Sin embargo, para cumplir con el consejo de su padre, siempre recurrió a su madre: ella tenía la disposición para ayudarlo y, a los ojos del padre, esta era su función. Con respecto a lo señalado, Gloria Arenas anota que:

La escuela misma se encarga de ensalzar una labor legítimamente invisible, utilizando el genérico padre para involucrar a padre y madre, siendo solo esta última quien está presente en la labor. Se suponía que las mujeres no tenían más función en sus vidas que la familia y el cuidado de los hombres y de los hijos, y que como permanecían en el hogar estas se encargarían de la instrucción de los pequeños aunque los responsables cara a la escuela y a la sociedad fueran los “padres”. (Arenas 2000: 30).

La realización de las actividades académicas suponía, además, una serie de compromisos que muy seguramente los padres no estarían dispuestos a asumir: en todo ello se presentan el trabajo y lo público como sus espacios privilegiados “necesarios” para el “bienestar”, tanto de la madre como de los hijos. En las siguientes líneas presento los recuerdos de los narradores/personajes sobre sus madres. En primer lugar se presentarán los recuerdos de los hijos ubicados en los estratos 1, 2 y 3. En segundo y tercer lugar se concentran los recuerdos de

quienes se ubican en los estratos 4, 5 y 6. Es preciso recordar que se presentará lo que los participantes del estudio recuerdan de ellas.

**a. Hijo de José Manuel Palacios, campesino, y Clara Orozco,**  
*“que también se desempeñaba en las labores de campo y a la vez en lo doméstico”.*

Mientras algunas de las madres tuvieron que asumir las labores académicas de sus hijos e hijas como parte de su compromiso en la atención y cuidado de los hijos y el hogar, otras debieron atender no sólo lo doméstico y la familia, sino que también asumieron una participación en la economía del hogar. Tal fue el caso de las madres de Jorge y Fidel, quienes, provenientes de ambientes rurales, tuvieron una condición de mujeres-madres-campesinas que les supuso un doble confinamiento, dos trabajos invisibles.

Ellas debieron asumir una doble jornada en los años sesenta: la pobreza rural no les otorgó licencia para aislarse de las labores del campo, ni se vieron excluidas de las actividades productivas. No obstante, estas actividades no eran públicas, fuera del hogar, sino privadas para que así pudiesen responder con otra parte de su “función de mujer/madre”: la función de lo privado, de la casa, de la “naturaleza femenina”, con lo cual se reafirmaban las exclusiones a las cuales eran sometidas. Según Arriagada y Noordam:

En el caso de los pequeños y medianos productores agropecuarios independientes, en la medida que aumenta la tecnología y el tamaño del predio, la mujer se ve marginada de las tareas agrícolas, las que quedan a cargo del hombre. Probablemente esta constelación se genera a raíz del aumento del trabajo reproductivo realizado en el hogar, como la preparación de las comidas para los trabajadores, el cuidado de animales y de un huerto. Además el trabajo de reproducción generacional y cotidiana puede interferir cada vez más con la racionalidad del trabajo agrícola, por lo que llega a ser poco provechoso que la mujer del productor trabaje directamente en el predio. A lo que se agrega un fuerte componente ideológico que sostiene que el rol femenino es el de permanecer en la casa

a cargo de las actividades domésticas. En los niveles más bajos de subsistencia, las condiciones son tan precarias que obligan a la mujer a trabajar en los campos pero pasado cierto umbral de satisfacción de las necesidades básicas, este aspecto ideológico cobra mayor importancia. (1982: 42)

Entonces, a las madres de Jorge y Fidel les correspondió hacer el queso, la leche, despachar la carne y encargarse de la cría de los animales. Estas labores no las eximió de lavar la ropa, atender a los niños y hacer la comida. No pudieron deshacerse de la escoba, debiendo doblar la fuerza de trabajo de sus esposos, sus hijos y la propia, todo en un mismo tiempo; no contaban con tiempo libre, ya que pesaba sobre ellas una doble jornada de trabajo. Si el horario de las actividades de los padres iba desde las tres de la mañana hasta las diez de la noche, el de las madres lo superaba: la intensidad del trabajo no era la misma debían atender múltiples actividades.

En estas familias rurales la unidad de consumo y la unidad de producción convergían<sup>21</sup>, y esto supuso un costo para las mujeres:

Pese a los elementos de diferenciación, un aspecto constante y común en la vida de las mujeres campesinas de diversos lugares y períodos ha sido y es la combinación de actividades productivas y reproductivas en el espacio hogareño, lo que marca diferencias importantes con la mayoría de las mujeres que habitan en zonas urbanas, aunque en ambos casos se comparte la responsabilidad de la realización de las labores domésticas y el cuidado de los hijos, debido a la socialización de género. (Anales de la Universidad de Chile 1997:)

Al estar en la unida familiar produciendo y reproduciendo, conforme a las representaciones sociales de la época, hizo invisible el trabajo de estas mujeres. Al respecto, Luís Alfonso Caramero anota que la “invisibilización del trabajo femenino, de su aporte a la vida cotidiana, a la reproducción material de la vida, es uno de los aspectos

---

<sup>21</sup> Si bien se encuentra el trabajo del predio, hay labores productivas que se realizan desde el hogar y que hacen converger en el espacio familiar consumo y producción.

principales de la violencia simbólica del patriarcado, especialmente en sociedades como la nuestra en las que el trabajo condiciona de forma radical la identidad y el estatus social de los individuos” (2006). Este autor también plantea que:

La distinta posición que hombres y mujeres ocupan respecto al empleo no se remonta al principio de los tiempos, sino al «contrato» social que sancionó en el siglo XIX la separación entre las esferas productiva-pública y reproductiva-doméstica, destinando a los varones a la primera, y a las mujeres a la segunda. En ese proceso, el género convierte el trabajo femenino doméstico en no-trabajo (en la medida en que es inmensurable, al no estar sometido a intercambio mercantil) y su trabajo remunerado en algo excepcional —y por tanto menos visible.

Dos jornadas debían cumplir y esto no se retribuyó en autonomía y afirmación personal. Hoy, a la vez que se presentan como hijos de trabajadoras del campo y también de lo doméstico, se reconocen a sí mismos como hijos de mujeres pasivas. Así lo señala Jorge, pues ese apoyo activo en la economía familiar no le fue suficiente a su madre para adquirir su afirmación personal y su autonomía. De manera que se ve a un grupo de mujeres productivas, pero invisibilizadas.

b. *“Ella no trabajaba pero salía mucho”*

La madre de Eduardo evidencia que la categoría “mujer” es heterogénea y que, sin duda, está atravesada por múltiples factores; entre estos, el estrato socioeconómico al que pertenecen. Con base en lo anterior, se puede llegar a comprender cómo una mujer/madre de los años sesenta, que no se logró vincular al mercado del trabajo remunerado, no se replegó a lo doméstico. De las seis madres de los hombres estudiados solo la de este personaje logra aparecer en los recuerdos trascendiendo el espacio del hogar. La madre de Eduardo tuvo tiempo para jugar cartas y salir con sus amigas al club, o de compras, para asistir a cumpleaños y otros tantos compromisos sociales que le ofrecía su posición social. En estos espacios la madre de Eduardo pudo tener una vida pública: en ellos dejaba de ser solo madre para ser

también mujer con sus pares genéricas. Bien anota Fiske, siguiendo a Bowlby (1987), en los centros comerciales –para citar un ejemplo del tipo de espacio públicos distintos al trabajo remunerado– las mujeres son públicas, poderosas, libres, y ocupan roles distintos a los de la familia nuclear; entonces, comprar es visto como una práctica de oposición, fuente de autoestima y empoderamiento: el lugar de la mujer ya no es *la cocina sino el centro comercial* (Citados por Inés Cornejo 2006: 4).

Según Cornejo y su estudio sobre los centros comerciales –comprar o jugar cartas, ir a un compromiso de cumpleaños con las pares genéricas–, les permite a las mujeres:

cruzar esta ambigua frontera entre lo público y lo privado. Las mujeres pueden encontrar fuentes de *empoderamiento* en su lado de la estructura de valores impuesta por el patriarcado, aunada a su habilidad de escapar de la misma. Ir de compras, si bien aparentemente fija a las mujeres como consumidoras domésticas sin poder, también les ofrece la oportunidad de liberarse no solo de esos significados, sino de la estructura de oposiciones binarias que los produce. (5)

Sin embargo, algunas veces estos espacios de encuentro social no eran con las amigas, sino con el esposo y solo por él se tenía acceso a los mismos. Ocupar cargos directivos en la ciudad le supuso al padre de Eduardo diversos compromisos sociales, espacios a los cuales debía asistir con la esposa, sin que dejase de ser él quien representaba a la familia ante el mundo social. En estos compromisos y espacios sociales se demostraba la monogamia y la estabilidad conyugal, indicios de una buena familia. Iban juntos al “Club de Leones”. En esa Cartagena que se quiere modernizar y que intenta ofrecer espacios de diversión y esparcimiento que distinguen entre “alta cultura y cultura popular”, para emplear las palabras de Oscar Iván Salazar (2007: 29), la familia de Eduardo hizo parte de dichos espacios, propios de las personas que pertenecen a estratos socioeconómicos altos y en los cuales el tiempo libre adquiere sentido como categoría cultural. Estos otros espacios le fueron también posibles por la capacidad adquisitiva que ofrecía a la familia la actividad laboral del esposo, pues bien es cierto que la madre

de Eduardo no tenía que preocuparse por las actividades domésticas, ya que su esposo se habría encargado de resolver esta preocupación con su actividad laboral. Siguiendo a Arriaga y Noordam, se encuentra que:

Las mujeres de estratos de ingresos más altos, compran más servicios y bienes en el mercado y reducen considerablemente su trabajo. El trabajo remunerado, en este caso no femenino sino masculino, puede sustituir total o parcialmente las tareas de transformación (hacer la comida) en el hogar y el trabajo doméstico. (39)

La familia de Eduardo, que contaba con la solvencia económica suficiente como para pagar un servicio doméstico y no dejarlo a cargo de la madre, también era una familia extensa: los abuelos estaban presentes y podían hacer las veces de cuidadores cuando la madre, con sus amigas o con el esposo, decidiera disfrutar de esos espacios “culturales y sociales”. Ella podía dedicarse a esto sin demasiadas preocupaciones, pues la responsabilidad estaba dada y los niños tendrían una figura adulta responsable, sin que los roles del padre o de la madre fuesen desnaturalizados. Esto no ocurría con el resto de las familias de los personajes estudiados. Así se ve que el abuelo le ofrecía a Eduardo una forma de identificación con lo masculino en la ausencia del padre y en los temas vedados de la familia.

c. *“Entonces le quedó la autoridad a mi mamá”*

¿Cómo logra un hijo ver en su madre viuda una figura de autoridad cuando ha aprendido que el padre es “quien manda, protege exige, ordena y castiga; a quien había que respetar y obedecer por ser la cabeza visible de la familia”, mientras ha identificado a la madre como “la cuidadora del espacio doméstico y de los hijos, a quien no le otorgaban el mismo reconocimiento normativo, sino que este estaba mediatizado por la orden y la amenaza del padre” (Palacio y Valencia: 7)? Precisamente, este fue el conflicto que Javier tuvo que asumir a la edad de 18 años, momento en el cual su padre –hombre rígido y autoritario– muere. Tras este evento, él se enfrentó a la decisión de seguir

o no acatando una autoridad, a partir de ese momento, encarnada en una figura femenina.

Javier, habiendo pasado por las vivencias de unas redes familiares que apoyaron el cuidado de los/as hijos/as durante su infancia, pasando luego por una familia nuclear, termina en su juventud con una familia monoparental que lo cuestionaba frente a la figura de autoridad. Esto es expresado en los conflictos vividos tras las transformaciones en las dinámicas familiares con el fallecimiento del padre, más aún cuando este se había constituido en jefe y figura de autoridad; su ausencia parece poner a tambalear la vida familiar en tanto que se ha perdido la columna vertebral.

Para una mujer que venía con un modelo de familia de orden patriarcal y de opuestos complementarios, resultaba difícil posicionarse ante sus hijos como figura de autoridad, viéndose forzada a satisfacer una función que culturalmente no le había sido asignada, tal como lo ve Javier. Este modelo de roles hace que, tras la muerte de una fuerte figura de autoridad masculina, el “orden familiar” entre en conflicto y que la preocupación de Javier se sitúe no en el sistema de provisión u otro elemento de la dinámica familiar, sino en tener que ceder frente a un poder en manos femeninas; lo anterior se torna difícil en un contexto en el cual lo femenino es lo débil, lo carente de poder.

Este debate y preocupación en torno a la autoridad, se pone de frente también a la familia como un escenario de control de comportamientos y, desde esta perspectiva, deben el padre –privilegiadamente– y la madre –en ausencia de este– mantener el control y la “disciplina” de los miembros de la familia, más exactamente de los hijos. En este caso, la madre fue vista, precisamente, como el reemplazo del padre; culturalmente había sido él quien ordenaba, mandaba, castigaba, pero, desde ese momento, desde sus 18 años, Javier ya no encontraría más un padre, sino una madre. La figura paterna-masculina venía siendo la representante de la familia ante el mundo social: el padre de Javier se había convertido, retomando lo expuesto por Palacio y Valencia, “en el referente real y simbólico que ordenaba la vida de los integrantes de la familia, actuando como dispositivo de regulación de

los comportamientos familiares cotidianos”, en una regulación que intentó operar dentro y fuera del hogar (77).

Este evento, tal vez, hace que Javier, a diferencia de los otros personajes, recuerde más a su madre. Este hecho puede explicarse en tanto que ella debió convertirse en la figura de autoridad, la cual, conforme al contexto sociocultural y a las mismas dinámicas familiares, aparece como una práctica de oposición, distinta o no correspondiente a su inscripción de género y al rol de la mujer/madre. La autoridad femenina aquí es forzada por las condiciones; es posible que, si el padre hubiese seguido viviendo, el mismo orden se hubiese mantenido y que los roles no hubiesen sido alterados.

Javier reconoce en la madre a una persona con quien mantuvo una fuerte dependencia afectiva, dependencia que solo hasta ahora logra identificar; tal identificación se dificultó ya que este hombre pertenece a un contexto cultural en el cual el hombre está limitado en la exteriorización de sus afectos. Javier nunca se permitió demostrarle su sentir, mostrarse dependiente de ella y, más aún, ante la fuerte insistencia en no ser y desprenderse de lo femenino. Esta ligazón emocional guardada lo acompaña hasta la configuración de su nueva unión familiar. Hoy, al hablar de su madre, este personaje puede reconocer de una forma más emancipada su afecto hacia ella, sin sentirse por ello débil, dependiente, menos hombre. Posiblemente la afectividad que se negó a exteriorizar hacia su madre, hacia esa figura femenina, la ha liberado con su hija: la relación que logra mantener con ella adquiere sentido en esos amores negados con su madre, punto que será tratado más adelante en este estudio.

Así fueron las figuras maternas y paternas de los personajes estudiados: se trata de personalidades inmersas en dinámicas familiares ancladas en la tajante división de roles, con prevalencia de una fuerte dicotomía entre lo femenino y lo masculino, la maternidad y la paternidad, asimetrías que contaban con una fuerte base de legitimación cultural. En medio de este contexto, cobra fuerza la pregunta por la forma como los hijos de estas familias lograron proyectar una paternidad distinta a la de sus padres.

## **Tercera parte**

**Las paternidades se transforman en una  
relación dinámica entre el contexto y la  
intimidad**



## CAPÍTULO IV

### **Cartagena: un contexto lleno de desafíos para una paternidad que quiere dejar de ser**

En el capítulo anterior se estableció la forma como los hombres participantes del estudio ubican a sus progenitores en un contexto histórico pasado; esto fue realizado para establecer la reflexión sobre los elementos legitimados en las prácticas de la paternidad y la maternidad, a fin de comprender la forma como, en esa socialización primaria de la familia, se constituyó la identidad, aquella que se intentaba moldear. En este capítulo se resaltarán las narraciones que los hombres de la investigación ofrecen sobre su propio ejercicio como padres. Esto implica establecer los elementos contextuales –desde lo que ellos mismos presentan– para analizar qué de dicho contexto permea sus prácticas como padres hoy.

Así, se presenta, por una parte, el modo como las condiciones del contexto cartagenero reorganizaron dinámicas cotidianas, usos y costumbres relacionadas con la paternidad, y, por otra, de qué manera las experiencias biográficas de estos hombres han enfrentado tales condiciones. El segundo elemento resulta interesante de analizar en tanto que el mercado laboral, las relaciones de producción, los medios masivos de comunicación, las demandas de mujeres e hijos frente a la autonomía y la reafirmación personal, así como las relaciones de género se han transformado con el paso del tiempo. En este sentido,

es posible asegurar que estos hombres relatan un contexto marcado por los cambios: éstos son, a un mismo tiempo, ofrecidos por el contexto y demandados al hombre/padre. Se trata de elementos que, irremediablemente, impactan las relaciones, las prácticas y los discursos desde los cuales se asumen y se viven la paternidad y la hombría, la maternidad y la feminidad, y, en general, las relaciones familiares.

Los cambios evidenciados en los narradores/personajes trascienden las voluntades individuales y familiares –aunque se nutren de ellas–, lo cual permite desestimar lo que, hasta hace poco, era ser hombre para ellos. El estudio permitió identificar que las innovaciones que surgen en las identidades y roles asumidos por estos hombres/padres se dan en el marco de un proceso: ellos no nacieron con una disposición natural al cambio, ni esta se aprende de un tajo, ni sucede a espaldas del contexto.

El concepto de cambio abordado para la investigación es retomado del desarrollo de la sociología a lo largo del siglo XX. Siguiendo lo planteado por Puyana, el cambio se refiere a un estado que se produce por las profundas transformaciones en las estructuras económicas, sociales y culturales que trajeron consigo la instauración del capitalismo y el desarrollo de la industria; “las nuevas relaciones de producción derivadas de estas se constituyen en el conjunto de concepciones y prácticas sociales construidas a partir de este nuevo orden social” (2003: 24). Los cambios contextuales a los cuales asisten estos hombres, quienes parecen insertarse en unas condiciones objetivas que suceden por fuera de sí mismos, logran afectar sus subjetividades. Al respecto, Gysling y Benavente afirman que los cambios:

Van transformando la intimidad de las personas, cuyas repercusiones afectan de modo significativo las relaciones entre los géneros, la vida de pareja y de familia y los lazos afectivos de todo tipo. El patrón de transformación implica un paso desde la estructura jerárquica y autoritaria en las relaciones más inmediatas e importantes de los individuos, a otra igualitaria y democrática, que enfatiza el compromiso, la intensidad emocional y la autonomía de los sujetos. (Citados por Guzmán 1994:47)

Ciertamente –y como se observará más adelante–, las innovaciones de estos padres se hace evidente en la necesidad de autonomía, en el desarrollo de relaciones más equitativas entre los géneros, en el cierre de las brechas que marcaban relaciones distantes según la generación, el surgimiento de relaciones más afectivas, la liberación de temas anteriormente vedados y, sobre estos ejes, la construcción de dinámicas familiares más democráticas y relaciones paterno-materno y filiales más horizontales.

Conforme a lo anteriormente expuesto, surge un interrogante: ¿no son estos (autonomía, relaciones equitativas, cierre de las brechas generacionales) principios de las dinámicas familiares de sociedades modernas? Y si las dinámicas familiares y personales de estos hombres y sus familias se desarrollan en el escenario cartagenero, ¿es acaso Cartagena una ciudad moderna? Sobre este aspecto muchos son los debates sobre la modernidad latinoamericana, algunos se referirán a ella como la modernidad tardía (Giddens 1997: 238), otros, como Néstor García Canclini, plantean una simbiosis entre lo tradicional y lo moderno que parece coexistir en estas sociedades. Esta es quizá la definición más cercana a las realidades cartageneras.

### **La tensión entre lo nuevo y lo viejo**

Javier, Eduardo, Sadid, Lascario, Fidel y Jorge pueden ser considerados, a partir de los resultados de la investigación, como padres con pensamiento innovador. Según las diversas concepciones de lo moderno, podrían ser llamados padres *modernos*, *postmodernos* y hasta *ultramodernos* (Flaquer 1999:17); se trata de un debate que, sin pretender profundizarlo en este estudio, no puede quedar desatendido. Hablar de modernidad, según Virginia Guzmán, significa un cambio radical en los discursos sobre los individuos y las sociedades: ello implica afirmar la autonomía de los seres humanos y su capacidad –y obligación– de darse a sí mismos las reglas que reorganizan su vida (13). Así, se introduce un paradigma histórico basado en la organización racional y articulada a múltiples aspectos de la vida social.

No obstante, Guzmán hace una salvedad al afirmar que la realización de estos ideales y su cristalización en nuevas prácticas sociales han sido complejas y contradictorias. Hasta el presente, agrega, “las sociedades modernas están cruzadas de ambigüedades y tensiones entre un polo de liberación y otro de sometimiento” (13). Con base en lo anterior, Cartagena aparece como un contexto en el cual se agudizan estas tensiones y las ambigüedades para incorporar a las prácticas cotidianas los principios<sup>22</sup> de las llamadas sociedades modernas. A mi juicio, esta tensión se sustenta en la necesidad de mantener el orden o los referentes de ese orden que legitiman al patriarca, así como el temor de enfrentarse a la incertidumbre.

Frente a lo anterior, Anthony Giddens plantea que “en la modernidad el individuo se siente despojado y solo, en un mundo donde carece de los apoyos psicológicos y del sentimiento de seguridad que le procuraban otros ambientes más tradicionales” (Giddens: 50). Plantear que una sociedad es moderna, en palabras de Connel, implica aceptar que la dominación patriarcal ha perdido parte de su influjo en la vida privada, mientras que, al mismo tiempo, su acción se expresa a través de los órganos y potestades del Estado, donde se ha hecho fuerte y permanece enquistada (Citado por Flaquer: 19). Evidentemente, en Cartagena sólo hasta ahora empiezan a darse los primeros pasos.

La innovación y los discursos con los que ella se alimenta encuentran en la ciudad amplios sectores de oposición; esto ocurre al sentirse que este estilo de vida –que intenta ser más equitativo y autónomo– desestabiliza las dinámicas familiares. La innovación en la práctica paterna es vista, incluso, como un modelo de vida extrapolado de otras sociedades con pretensiones libertarias, pero que, a juicio de muchos/as cartageneros/as, se trata de sociedades “sin control”. Las familias en Cartagena pueden estar “solas” en la superación privada de algunas crisis, aunque no lo están en la tarea de moldear comportamientos. Padres, madres y vecinos vigilan

---

<sup>22</sup> Hago referencia a los principios expuestos por Virginia Guzmán; es decir: autonomía, organización racional y capacidad de organizar la propia vida.

que el niño se comporte como “hombre”, de modo que cualquier comportamiento contrario a su inscripción sexual será motivo de comentarios, burlas o quejas que actúan como mecanismos de sanción para reprimir o abandonar actitudes y sentires opuestos a las construcciones sociales de los cuerpos.

Lo anterior se ilustra con una noticia publicada en primera plana por un diario de la ciudad el día 15 de febrero de 2008; la noticia fue titulada: “Quemó a su hijo de 7 años por un rumor”<sup>23</sup>. La nota relataba cómo un padre de 37 años de edad, había quemado a su hijo con un “tizón porque el día anterior a la noticia, una niña le comentó que había visto a su hijo besándose con otro niño en el campo. La noticia relata cómo “Álvaro se fue rápidamente a su casa y sin comprobar si era cierto lo que le habían dicho, agarró el tizón del fogón donde había una olla con agua hirviendo y salió en busca del niño”; al encontrar al pequeño, y “en plena calle, le pegó varias veces”. Lo más dicente de la noticia es que este padre “quemó a su hijo en los glúteos”. La homofobia, el temor de los padres a que los hijos asuman identidades sexuales no normativas, ha estado presente históricamente en esta ciudad, forzado un poco por la exigencia a los hombres a que demuestren socialmente su hombría. Aún en la ciudad gran parte de las subjetividades creará en los roles y posiciones adscritas según el género, la clase y la raza, a pesar de las luchas reivindicatorias que vienen adelantando grupos históricamente excluidos: mujeres, afrodescendientes, entre otros.

Para Cartagena, y el resto de las sociedades en desarrollo, mantener este orden hoy día se está volviendo cada vez más conflictivo; la pobreza y las expectativas de consumo que enfrentan sus habitantes hacen necesario el advenimiento de diversos cambios. Las precariedades económicas que enfrentan un gran número de familias en la ciudad impulsan a la mujer a ingresar al mercado de trabajo, queriendo equiparar las cargas, aunque el cambio se hace más evidente en las

---

<sup>23</sup> *El Universal* de Cartagena. Viernes 15 de Febrero de 2008. Edwin Torres Padron.

prácticas<sup>24</sup>. Los hombres aceptan este ingreso pero intentan replegarlas desde distintos discursos, como parte de las tensiones que ellos mismos empiezan a experimentar.

Ocurre así que el ingreso de las mujeres al mercado de trabajo es conflictivo: a su regreso a casa deben asumir tareas domésticas, deben soportar acusaciones de infidelidad por sus horarios de llegada o su estado de cansancio para asumir sus “deberes de esposa”, son acusadas del bajo rendimiento académico de sus hijos/as, o de la permanencia de estos/as en lugares distintos a la casa. Este tipo de circunstancias se presentan principalmente en los estratos bajos –mujeres del grupo B<sup>25</sup>–, en los cuales, a pesar que los ingresos económicos se dan entre hombres y mujeres, no se cuenta con la suficiente capacidad adquisitiva para acceder al mercado de los servicios de las funciones reproductivas en el hogar.

Sobre lo anterior, Hortensia Rodríguez plantea el hecho que, a pesar que las mujeres ganen dinero en lo público, esto no les garantiza que lo hagan también en lo privado. Esta autora afirma que las familias cartageneras enfrentan un desafío frente a la hegemonía masculina; cuando revisa las denuncias hechas por mujeres que son violentadas por hombres, encuentra que la denuncia ya es una ganancia, aunque las cifras siguen siendo preocupantes ya que van en ascenso: de 3.000 realizadas en 1999 a 5.600 en el 2005<sup>26</sup> (Rodríguez 2005: 73).

---

<sup>24</sup> Lo expuesto tiene como sustento empírico las historias de vida realizadas para la investigación *Cambios en las representaciones sociales de la paternidad y la maternidad*; los relatos de vida de hombres y mujeres dan cuenta de estas situaciones. La presente investigación también tomó como base empírica este pasado estudio, pero solo se tomaron los relatos de los hombres identificados en la tendencia de innovación. Las características expuestas corresponden a mujeres y hombres que se ubican en la tendencia de tradición, tendencia en la que se encuentran un gran número de hombres y mujeres de la ciudad.

<sup>25</sup> Son estas mujeres de estratos 1, 2, y 3, definido así según el criterio de la investigación anterior, y que se mantienen para el estudio de la paternidad innovadora.

<sup>26</sup> Cifras tomadas de las estadísticas presentadas por las casas de Justicia en Cartagena en el periodo 1999-2005.

Con lo anterior no se quiere dar por sentado que esto ocurre con todas las mujeres que ingresan al mercado de trabajo remunerado; lo expuesto pretende poner de presente que esta inserción no dejará de ser conflictiva. Los conflictos estarán determinados por la relación que ellas logren sostener con sus parejas y cómo ellos incorporan lo femenino; si los hombres ven esta participación como disminución de su masculinidad, se presentará un panorama más conflictivo, y los temores e inseguridades se proyectarán en la negación del proyecto profesional y/o laboral de estas mujeres.

Así como se intentan mantener las fronteras entre los géneros, se procura conservar los límites generacionales. El número de familias que pretenden que los hijos “honren” a sus padres, guarden respeto a los mayores y conserven su lugar no es reducido en la ciudad. Se intenta establecer entonces unas relaciones jerárquicas donde respeto será igual a escuchar sin “rechistar”, a limitar la voluntad individual según las directrices de los mayores, cuya experiencia les permitirá a las generaciones que le siguen no “incurrir en errores”, bastará con dejarse guiar de los mayores para tener una vida menos dolorosa y más asertiva.

Por lo anterior Alvear y Herazo, plantean que uno de los cuestionamientos centrales de los adolescentes en Cartagena tiene que ver con la relación de dependencia y autoridad frente a las figuras paternas y maternas, aún cuando en la adolescencia la mayoría de los conflictos están asociados con la etapa de cambios y cuestionamientos por los cuales atraviesan los y las jóvenes (2006: 95 ). No deja de ser interesante que estas autoras señalen que la concepción de hijo que predomina en el imaginario de los adolescentes en Cartagena es el de garantía para la vejez de sus padres y madres, pues serán ellas y ellos los que se “encargarán de cuidarlos y apoyarlos”. A pesar de lo anterior estas nuevas generaciones enfrentadas a un contexto oferente de cambios, no tardan en exigir autonomía, su derecho a errar y a sufrir en su proceso de construcción personal, sin que ello signifique fracasar, pues exigen su derecho a vivir y experimentar su propia vida. Pero, aún así, dentro de los valores que se miran con nostalgia, el respeto será

considerado el más importante, pues este sustenta aún las relaciones entre padres e hijos. En palabras de Joel Striecker:

Aquellos que lamentan la pérdida de aquel mundo del ayer, anhelan el sentido de obediencia y la noción de que antes los niños obedecían a sus padres sin rebelarse, en los tiempos de antes los jóvenes no desafiaban las órdenes de los más maduros, y en particular, las hijas no retaban la voluntad de sus padres como lo hacen hoy. (Citado por Morad y Bonilla: 92)

Con los nuevos discursos sobre la infancia y la adolescencia que reivindica a niños, niñas y jóvenes como sujetos de derechos, se intenta potenciarlos/as como interlocutores válidos ante el mundo adulto. Esta reivindicación opera desde los medios masivos de comunicación y los programas a favor de la erradicación del maltrato infantil y juvenil. Lo anterior implica que aún está presente la preocupación por el mantenimiento del control, lo cual hace que algunos vean precisamente en la televisión y en estos programas amenazas para su labor de “corregir” y “moldear”, por lo cual se sienten limitados en el establecimiento de sanciones ante sus propios hijos; estos, a su vez, empiezan a apropiarse para su propia salvaguardia algunos mecanismos para la protección de sus derechos a través de su contacto con programas televisivos o escolares que así lo ilustran.

La situación anterior se da mientras persiste el maltrato infantil: aún hoy, niños, niñas y adolescentes son coartados en su libertad de expresión, con base en alguna legitimación cultural. Es posible encontrar aún hijos que se han vuelto padres, que contaron, en sus familias de origen, con modelos paternos autoritarios e incluso con maltratos crueles, y que, a pesar de reconocer su sufrimiento, darán esa mirada nostálgica al sentir que sus propios hijos “se les salen de las manos”, que “se escapan a su control”. Sin embargo, ellos ya no pueden revivir este orden: sus hijos son distintos aunque ellos no lo sean tanto, pues mientras el hijo de antaño permanecía en silencio, los hijos de hoy están dispuestos a rebelarse, alentados por sus contemporáneos representados en programas de televisión, o por sus pares del barrio, la escuela, el grupo de baile, o de otros muchos espacios y relaciones.

En todo lo que intentan plantear las familias como iniciativas de transformación, saldrán a relucir los “aunque” y los “pero”, porque, de hecho, Cartagena es una ciudad en conflicto: los nuevos discursos entran en tensión con la convivencia social, la libertad individual, las limitaciones estructurales, las normas sociales y la capacidad de acción humana. En medio de este contexto de resistencias enfrentadas al cambio, adquiere sentido el estudio de la innovación de la práctica paterna y la forma como estos padres construyen identidades masculinas distintas en medio del mismo. Tendrá sentido en la medida que se logre mostrar este proceso como de carácter conflictivo, en el cual no consiguen construir solos las transformaciones.

Estos hombres, desde la conformación de su propio grupo familiar, se propusieron plantear unas relacionales filiales distintas a las experimentadas en sus familias de origen: tienen más o menos claro que quieren actuar distinto. Podría decirse que, en principio, empezaron cambiando meras prácticas, pero han terminado “sin que esto suponga que se llegó al fin”, lo cual implicaría también cambiar sus representaciones, sus disposiciones personales, sus propios discursos. No es del interés del presente estudio volver al dilema de “si primero fue el huevo o la gallina”; resulta esencial comprender la dinámica inherente a este proceso.

La pregunta que siempre salta en este tipo de estudios es si realmente estos padres innovan. Es preciso comprender que son padres distintos y que actuar distinto les cuesta, les duele, de manera que algunos aspectos de ese actuar innovador no lo ha sido desde siempre y de toda la vida: son el producto de una construcción y les ha costado. No puede ocultarse que en variados aspectos –para por lo menos tres de los personajes–, el cambio en principio operó desde prácticas, llegando a utilizar los nuevos discursos para no sentir tan “malos” estos cambios y hacer la experiencia menos dolorosa. En principio les dolió, no tanto el ingreso de sus esposas al mercado de trabajo, sino los contrastes: mirar el ingreso de sus parejas al escenario laboral, mientras se miran a sí mismos en una posición de desocupación o de inestabilidad laboral. Esto les impacta de manera profunda debido a que ellos eran los

proveedores porque anteriores condiciones económicas les permitían mantener esta posición culturalmente legitimada.

Entonces, se observó que el permanecer estos hombres más tiempo en la casa les generó angustias, como ellos mismos aseguran, aunque también la oportunidad de estrechar sus relaciones con lo íntimo y sus hijos. Resulta interesante que no se negaron el descubrirse a sí mismos, descubrir sus múltiples identidades. A pesar que muchos lograron volver a acceder al mercado de trabajo remunerado, con horarios tradicionales, su visión frente a lo femenino, lo masculino, la maternidad y la paternidad y sus mismas prácticas, ya no eran iguales: sus vidas habían sido marcadas para no ser “nunca” iguales. La *innovación* avanza. Si se transforma la paternidad, de algún modo se transforma la familia de estos padres, por lo cual podría hablarse de un modelo emergente, tal y como lo señala Luís Flaquer. Se trata de un modelo que se está configurando en los últimos años y que se caracteriza fundamentalmente por el papel menguante que desempeña en este el patriarca, y cuyas potencialidades democráticas todavía están por explorar (Flaquer: 16).

Por otra parte la innovación evidenciada no está sujeta ineludiblemente a posiciones racionales de la realidad; no se puede plantear que se innova en la medida que se es más “razonable”, como sí lo plantea Giddens (1997). La forma como los hombres participantes del estudio viven su paternidad pasa tanto por la reflexión como por la emoción; son afectivos con sus hijos, y no solo porque ven en ello un medio para desarrollarse mejor y ser mejores personas, sino porque también sienten el deseo de besarlos y abrazarlos sin tener en mente una justificación razonable para hacerlo cada vez que lo hacen. Así, se ve que la paternidad y el ser innovador incluyen lo “inexplicable”, lo que se vive sin mucha reflexión; por ello el estudio se realizó con la necesidad de comprenderlos, narrarlos y sentirlos, sin limitarse a encontrar explicaciones de sus realidades, aunque sin desconocer que el análisis sustenta gran parte de la investigación y de sus resultados.

Resulta pertinente observar cómo las condiciones del contexto lograron permear la vida íntima de Javier, Eduardo, Sadid, Lascario,

Fidel y Jorge, lo suficiente para cambiar sus disposiciones personales y contribuir a su innovación. Javier, Sadid, Lascario y Eduardo pertenecen a estratos socio-económicos que se encuentran en los rangos 4 5 y 6, y se ubican en las zonas centro y norte de la ciudad; por su parte, Fidel y Jorge se encuentran social y económicamente estratificados en los rangos 1, 2 y 3, y se ubican geográficamente en las zonas sur-oriental y sur-occidental de Cartagena, conocidas como zonas, pobres y populares.

### **Cambios en la feminidad y maternidad: provocadores de nuevas formas de actuar como hombre y vivir la paternidad**

I. Los años 90<sup>27</sup>: crisis en la economía, en los roles e identidades de género. Breve acercamiento desde lo que los personajes cuentan

Las relaciones capitalistas en Cartagena –en palabras de Streicker y planteadas en el estudio realizado por el autor en la ciudad desde los barrios populares entre el 80 y el 90–, son particularmente rapaces, calculadas para producir máxima ganancia para los dueños y un mínimo de beneficio para los trabajadores. La sobre oferta de obreros con respecto a los trabajadores significa que los “patrones” puedan mantener un salario bajo, especialmente en áreas como la construcción y los empleos no calificados (Streicker 1991). De acuerdo con un estudio realizado por Henao y Parra, en Colombia la tasa de participación global femenina para las siete principales áreas metropolitanas pasó de 19% en 1900 al 37% en 1982 y al 51% en diciembre de 1997 (Citado por Puyana 2003: 37).

Si lo anterior sucedía entre el 70 y el 80, para los 90, “la crisis económica, la agudización del conflicto armado, el desplazamiento de la población; produjo deterioro de los avances que la mujer había logrado en torno al empleo” (Puyana 2003: 38). A pesar que esto sucedía a nivel nacional, en 1997 y en Cartagena, “el porcentaje de personas empleadas en sectores como el de servicios pasaba de un 34%

---

<sup>27</sup> El estudio se centró en estos periodos de tiempo porque son aquellos durante los cuales los personajes hacen sus principales aportes acerca de sus experiencias como trabajadores.

de participación sobre otros sectores, a 45.8%” (Báez y Calvo 1999: 13). Es preciso recordar que, en la ciudad, el sector de servicios recibe la mayor participación de mujeres.

La posición de los hombres como principales proveedores económicos también ha venido cambiando, y se encuentran en un contexto signado por la flexibilidad y poca oferta laboral. De acuerdo con Liubka Buitrago, Erika Murillo y Patricia Jaramillo, en la década de los noventa se sucedieron “cambios profundos en el mercado de trabajo como consecuencia de las políticas de ajuste estructural y de estabilización en la economía” (2003). Estos cambios hicieron que la inserción y, aún más, la permanencia de los hombres en el mercado de laboral se volviese inestable.

El proceso que significó la apertura económica, implementada durante el gobierno de César Gaviria, estuvo caracterizado, según las autoras antes mencionadas, por:

La apertura indiscriminada, que en materia de mercado internacional generó la preponderancia de las importaciones sobre las exportaciones, con una balanza comercial y de pagos deficitaria en casi todo el período, repercutiendo además, de manera importante, en el mercado de trabajo al ser desplazado el sector productivo nacional por la competencia y las mercancías extranjeras, facilitando la preponderancia del sector especulativo a expensas del productivo con consecuencias evidentes en el aumento del desempleo abierto, el crecimiento de la informalidad y el subempleo.

En consecuencia:

Se utilizó como potencialidad comparativa para competir, la baja significativa en los costos de mano de obra. Acorde con ello se generaron una serie de políticas hacia el mercado laboral dirigidas a una mayor flexibilización, con una disminución alarmante de los derechos laborales, deslaborización del trabajo, regulación en las relaciones contractuales: en síntesis, una precarización de las condiciones del mercado laboral.

Conforme a lo anteriormente expuesto, se presenta un desfase entre la demanda y la oferta laboral. Al no darse una expansión productiva en las últimas décadas, no hubo modo de atender la fuerza de trabajo disponible, lo cual trajo como consecuencia el aumento del desempleo, la informalidad y el subempleo. El empleo permanente y de tiempo completo entró en el campo de las incertidumbres y, para muchos, de las imposibilidades. Según el DANE, para el período comprendido entre 1992 y 2004 la tasa de informalidad en la economía pasó de 54% a 58.7%, registrándose la mayor tasa en el 2002 con el 61.3%. Según el estudio del mercado laboral colombiano en los años 90, realizado por las autoras antes mencionadas, durante este período se operó una disminución y disparidad de los ingresos acentuada en la mayoría de la población, llevando a dos terceras partes de esta a una situación de pobreza por ingresos.

Una familia promedio –dos adultos y tres hijos–, para poder tener acceso a los bienes y servicios básicos de la canasta familiar, requería como mínimo un ingreso de dos salarios mínimos legales mensuales. En estas condiciones, es necesario que por lo menos tres de sus miembros trabajen con el fin de completar el ingreso necesario para obtener la canasta familiar (Buitrago; Murillo; Stella Jaramillo 2003:5). Las mujeres/madres no estarían eximidas: las crisis en la economía y en los ingresos familiares las impulsan a insertarse al mercado de trabajo. Esto será relativamente fácil, pues la economía ha venido terciarizándose y, desde esta perspectiva, el proceso viene incorporando principalmente a las mujeres en las actividades ubicadas en el sector servicios, financiero y comercial, mientras su participación suele ser escasa en el sector industrial.

En las últimas décadas se ha dado en Colombia un aumento significativo de la población femenina trabajadora; para el caso de los hogares pobres y según Pineda, la cifra de mujeres que asumen el rol de cabezas de hogar pasan de un 25% a un 35% en 1995 (Pineda 2007: 3). En 1998 la participación de las mujeres alcanza niveles del 52%, lo cual indica que estas se encuentran es cada vez más preparadas y que han producido un incremento en las tasas totales de participación en la economía (Henao y Parra; Farné, et.al; Rébero y García; BID;

Guzmán; FLACSO, citados por García y Urdinola 2000). Lo anterior permite establecer que las mujeres han venido contribuyendo de manera considerable en el aumento de la población con trabajo remunerado, en parte como resultado de la necesidad de “complementar” los insuficientes ingresos en el hogar. El panorama expuesto también ha incidido en la reducción de las tasas de fecundidad y en los avances educativos, así como en el respaldo que encuentran las mujeres en los nuevos discursos a favor de su autonomía y afirmación personal. Su inserción, cada vez más creciente, a escenarios laborales va reduciendo paulatinamente la brecha entre hombres y mujeres, en lo que a vinculación laboral se refiere. Es preciso no idealizar esta vinculación, ya que muchos de estos trabajos suelen ser bajamente remunerados.

La mujer ha venido representado mano de obra barata –lo que también ha favorecido su ingreso a las dinámicas económicas–, encontrándose en muchas ocasiones, en lo que a remuneración refiere, en desventaja con relación a los hombres, aun cuando es igual o similar el esfuerzo desempeñando por ambos. Entonces, se reconoce que las mujeres, bien por fuerza de las circunstancias o bien por sus proyectos de vida, han venido ocupando espacios tradicionalmente ocupados por los hombres. Para el caso del presente estudio, resulta importante hacer referencia a su vinculación al mercado del trabajo remunerado.

Si bien la posición de hombres y mujeres frente al mercado laboral es producto de nuevas dinámicas en la estructura económica, política y educativa, estos cambios en las dinámicas más amplias y complejas tendrán incidencia también en los arreglos y dinámicas familiares, igualmente complejos. De hecho, existe consenso en que “los cambios económicos y sociales más amplios producen un proceso de transformación de las familias y que los procesos de reestructuración económica han acarreado una organización de la vida íntima/privada” (González 1999: 56). Desde esta perspectiva, comparto la postura de aquellos autores que han “aceptado el desafío de entender las transformaciones que la familia ha experimentado en el contexto de cambio social más amplio” (56). Ciertamente, y como lo afirma González:

La familia es una institución que no está al margen de los vaivenes de cambio de la sociedad. Es, al contrario, muy sensible a muchos de ellos. La reestructuración de las relaciones de género, las nuevas formas de división del trabajo en donde sobresa el deterioro de la función de proveedores entre los hombres, y la incipiente erosión de las estructuras de poder en la dimensión familiar, constituyen los principales vehículos de divergencia del modelo tradicional. (55)

La incursión de las mujeres en espacios laborales —que no ha sido azarosa ni cuestión de darles turno—, implica hoy el surgimiento de conflictos, tensiones y reorganizaciones. De modo que:

La irrupción de las mujeres en espacios tradicionalmente ocupados por los hombres, ha traído modificaciones en todas las esferas de la vida pública y privada, implicando a hombres y mujeres por igual, cuestionando las categorías mismas de lo femenino y lo masculino. Surgen nuevas preguntas sobre los ordenamientos sociales basados en las diferencias “naturales” de los sexos y comienzan a resquebrajarse, explícita e implícitamente, los vínculos tradicionales entre hombres y mujeres. (Fernández citada por Viveros 1997: 89)

Si bien la dimensión económica no es la única capaz de reorganizar la cotidianidad y producir transformaciones subjetivas, hoy las historias de estos hombres muestran que los cambios en el sistema de proveeduría acarrear transformaciones en los roles, relaciones de poder y la desestimación de usos y costumbres. Los cambios en la posición de hombres y mujeres frente a la economía familiar, del modo en que se viene dando, abren posibilidades de negociación y de reconstruir dinámicas desde roles adquiridos y no tanto adscritos.

A continuación se presenta, desde las narrativas de los personajes participantes del estudio, cómo estos hombres han enfrentados los cambios del contexto. En primer lugar serán presentados Jorge y Javier, quienes habitan dos espacios económicos y sociales diferentes: el primero pertenece a la población popular de Cartagena y el segundo al sector que tiene mayor poder adquisitivo; no obstante, los une el hecho de que ambos han enfrentado las condiciones del

mercado forzándolos a unir en un mismo escenario lo productivo y lo reproductivo. Luego presentaré a Fidel, Sadid, Lascario y Eduardo desde las características de sus narraciones.

## II. *Los hombres de la casa*: “los MAPI”

Los MAPI<sup>28</sup> parecen ser ese tipo de hombres que Virginia Gutiérrez ya anunciaba en 1987 para Cartagena, aunque en ese momento lo hacía con escepticismo. La aparición de estos hombres para ella estaba limitada por la ambigüedad sociocultural de la ciudad; esta autora se interrogaba acerca de la participación de las mujeres cartageneras en tareas que la cultura tradicional definió para el hombre, haciéndose la siguiente pregunta: “¿por qué no, ahora que ella lo apuntala en el papel de providente, no ejecutan ambos los quehaceres del hogar, no como una merced, ni temporalmente, sino como una obligación que siempre compete a los dos?” (Gutiérrez de Pineda 1987: 8). Los hombres que presento a continuación están jalonando lo que Gutiérrez les invitaba a lograr: la anhelada paridad.

### a. Jorge y Javier

Jorge es un hombre de 43 años y, sin duda, es también el hombre de la casa. Un día normal en su vida consiste en levantarse a las cinco y treinta de la mañana; mientras su esposa se arregla para irse al trabajo él se dedica a los quehaceres domésticos, esto es, “*lavar los platos, barrer y poner la casa en orden*”. Después de hacer todo esto, se dedica a su actividad productiva remunerada. Su oficio es la carpintería; su lugar de trabajo es la casa. Desde hace algunos años el lugar de trabajo de este hombre no se encuentra en lo público: ante la falta de empleo formal, ha debido hacer de su lugar de residencia también su lugar de producción. Jorge ha sufrido las consecuencias de la flexibilidad laboral de la reciente reforma laboral; como lo plantea Pineda, para el caso de Bogotá, las mujeres, al acceder a este tipo de trabajos de jornadas de tiempo más parcial y flexible, les permite combinar de mejor manera sus jornadas laborales productivas con las jornadas de trabajo no remunerado y doméstico. Según Pineda este fenómeno no

---

<sup>28</sup> Término emergente en el relato de Javier, se refiere a la conjugación perfecta entre mamá y papá.

ocurre igual para los hombres: al aumentar las jornadas de trabajo para completar los ingresos, estos se alejan más de los aspectos reproductivos de la familia (2007: 16).

No obstante, para el caso de los personajes innovadores, estas nuevas condiciones del mercado favorecieron su acercamiento a las “actividades del cuidado”, como las llama Pineda. En la experiencia de Jorge, el hecho de quedarse sin trabajo después de estar realizando actividades por horas, lo “presiona” a conjugar el trabajo productivo y reproductivo en una sola unidad.

Recordemos que el progreso tecnológico y económico de la revolución industrial ha tenido un costo tremendo; tal como lo señala Clare, una de sus consecuencias fue la separación del lugar de trabajo del lugar de residencia, lo cual llevó a que el hogar se convirtiera, a ojos de los hombres, en un refugio de apoyo psicológico y emocional, pero en el que no tenía mayor responsabilidad (187). Esta separación hizo que el lugar de trabajo y el hogar se hicieron muy diferentes, “cada uno en su propia atmósfera, sus propios valores y sus propias actividades, relaciones, deficiencias y satisfacciones” (189). No se discute, entonces, el hecho de que la separación del hogar y el trabajo tuvo un impacto enorme sobre la paternidad, ya que reafirmó la función “padre cabeza y sostén de la familia”.

Sin duda, el orden económico y la relación de producción establecida por el sistema económico del momento, excluyen e incluyen según la estrategia de mercado que les resulte más conveniente. Si en su surgimiento necesitó a los hombres en las fábricas, hoy esta permanencia parece no convenirle. Ciertamente, las condiciones de empleo para los sexos varían con el sistema económico: primero se produjo una separación entre unidad de consumo y unidad de producción, desplazando los talleres y las economías familiares. Se empezó entonces a exaltar el trabajo fuera del hogar, mientras se intentaba posicionar este último espacio como lugar de refugio y apoyo emocional al hombre trabajador luego de una extenuante jornada. Las mujeres, habitantes permanentes del hogar y reproductoras de la fuerza de trabajo, fueron invisibilizadas, así como el espacio que habitaban.

Actualmente, resulta que la inestabilidad, la poca oferta laboral y, en sí, el desempleo masculino, llevan a plantear estrategias para la subsistencia económica que producen nuevamente esta unión; en los casos en que no se da, esas horas extras de desocupación son dedicadas a lo reproductivo. Lo que tradicionalmente ha sido el lugar de las invisibilizaciones empieza a ser ocupado por *ellos*. No dejará de causar interés un hombre/padre que –voluntaria o involuntariamente– ha renunciado a los distanciamientos del hogar, permaneciendo ahora buena parte de su tiempo en él. Contrasta con los hombres que construyen y reafirman sus identidades masculinas desde espacios esencialmente públicos, habiendo naturalizado su presencia allí.

De manera que habitar lo “privado” será objeto de exaltación; algunos verán este hecho con admiración por sentir realizada una demanda que históricamente no había sido atendida, y otros lo verán como un “*nuevo estar*”, contrario a la inscripción de género. Un padre en casa todavía es objeto y sujeto de sentimientos encontrados: mientras unos y otras exaltan su labor, otros se resisten a este *nuevo estar* masculino. Eleonor Faur, en sus indagaciones a través de entrevistas y grupos focales, encuentra que para sus entrevistados:

El hecho de ser hombres constituía una información relevante si se relacionaba con su sexualidad, con las relaciones de pareja o con sus vínculos familiares. En cambio en el terreno de lo público, ellos parecían pensarse así mismo como seres genéricos, como el parámetro universal sobre el cual se miden las distintas excepciones a la norma. Cuando los hombres se referían a su participación en la crianza de los hijos o las actividades domésticas, su incursión en este mundo era especialmente resaltada por el hecho de ser hombres. En tales casos, su inscripción de género si se tornaba visible. En consecuencia, era en el terreno privado en donde los hombres podrían mostrar cierto grado de desconcierto frente a la velocidad de los cambios atravesados. (25-26)

En verdad, estos hombres –y específicamente los participantes del estudio– ya no pueden dar su participación en lo público como obvia,

ni desde lo político, ni desde lo laboral. Esto es claro para el siguiente personaje narrador.

Javier es un filósofo de profesión a quien el nacimiento de su hija, hacia el año 83, lo encuentra sin un empleo estable, por lo cual debió asumir trabajos en su lugar de residencia y con horarios flexibles. Mientras se desempeñaba en trabajos que él mismo califica de “*escuetos*”, su esposa se encontraba al frente de una mediana empresa de alimentos perteneciente a su familia de origen. De las ganancias de esta empresa, ella debía destinar recursos para mantener económicamente a su familia de procreación y a su familia de origen.

Es interesante analizar las situaciones en las cuales los hombres se enfrentan a actividades del “cuidado”, las mismas que históricamente han sido delegadas a “mujeres pobres que no participan en el mercado laboral, a las trabajadoras asalariadas en las ocupaciones de menores niveles salariales, y a las trabajadoras de las actividades informales de subsistencia” (Pineda: 14). Cuando un hombre se dedica a este tipo de actividades puede pensarse que se está operando un avance. De esta manera, Jorge y Javier, viniendo de una vida de trabajo remunerado fuera del hogar, deben enfrentarse a una especie de aprender haciendo para asumir nuevas labores dentro de él.

Algo que acentúa sus conflictos –la entrada de ellos al contexto de la informalidad y la flexibilidad laboral, y la inserción de sus esposas al mercado de trabajo fuera del hogar–, se añade la nuclearidad de sus grupos familiares. En el caso de Javier es el “nacimiento de los hijos”, y en el de Jorge la adolescencia de los mismos. En los relatos de estos hombres no se encuentran visos de familias extensas, ni de una red de apoyo que, ante las circunstancias, pudiese asumir los roles culturalmente asignados a las mujeres. Estando en la casa, y en estas condiciones familiares y contextuales, Jorge no podía ser solo un carpintero. Esta situación les exigía que desplegaran ahí mismo otros roles: no podían posponer su papel de padres y debieron apropiarse el rol de cuidadores. Sus características familiares no les permitirían seguir reproduciendo el modelo de *roles adscritos* a las mujeres.

Así, Jorge debió establecer con sus hijos una relación de ayuda mutua y empezó a formar en ellos nuevos valores; el liderazgo en las tareas domésticas ya no era femenino, dado que se tenía a un padre al frente de las mismas. El *no estar doméstico* de su esposa de lunes a viernes, llevó a Jorge a convertirse en un negociador y establecer con sus hijos unas ayudas mutuas, arrastrándolos en esta experiencia en la que él se descubría recientemente, haciendo que sus hijos –hombres todos– también lo hicieran.

Las soledades y en las ausencias de lo femenino tradicional parecen ser las condiciones adecuadas para que los hombres empiecen a repensarse y a cuestionar formas de ser socializado y de socializar. El padre de Jorge insistía en formarlo en la autonomía, una autonomía que se constituía desde lo productivo, por ello lo llevaba consigo a las labores del campo; ser independiente, para el padre de Jorge, consistía en tener la capacidad de mantenerse económicamente a sí mismo y a su grupo familiar. Ahora, Jorge, un hombre sin un empleo estable y que le supone un ingreso económico inferior al de su esposa, que atiende el cuidado doméstico y la crianza de sus hijos, empieza a cuestionar estas nociones de independencia. Las vivencias que experimenta este personaje lo llevan a comprender que la independencia de un hombre también se constituye en la posibilidad de *ser y estar en el hogar* aún en la ausencia de la mujer. Este contexto también exige hablar del ocaso de la madre y mujer tradicional: se encuentra una mujer que no está dispuesta a asumir los roles tradicionales de género como connaturales.

La esposa de Jorge, por ejemplo, suele llegar a su casa a las siete y treinta de la noche. Su llegada está marcada por el cansancio y la poca disposición para reproducir la doble jornada, de manera que Jorge la atiende y la ayuda a aliviar su cansancio: él es la cara amable al llegar a casa. Esto ha sido así desde que ella empezó a trabajar y este personaje entró a engrosar las filas de los desempleados en Cartagena. Sin embargo, a Jorge no le da temor expresar abiertamente en su relato estas atenciones para con su esposa después de su larga jornada; sus nuevas vivencias le han permitido ir redefiniendo una masculinidad que no se reafirma desde la imposición y dominación frente a lo femenino.

En un contexto como el cartagenero, construir unas relaciones hombres-mujeres distintas, desde la equidad y la paridad aún resulta un proyecto que deja asomar muchas resistencias. No puede dejar de anotarse que aún se mantienen algunos imaginarios, desde los cuales se debe atender a aquel o aquella que trabaja fuera del hogar, considerando que, para la persona que se mantuvo dentro de este, el trabajo fue menos difícil: este es el caso de Jorge. Lo anterior pone de presente que aún se reproducen algunos órdenes de las familias antiguas, aunque empiezan a cambiar las posiciones que hombres y mujeres ocupan en el escenario social-familiar.

De tal manera que no es posible entender la innovación como legitimación de órdenes familiares basados en la subordinación, sobrecarga e invisibilización, con un cambio de actores en las estructuras de poder y dominación. Sin duda, este estudio no es desprevenido ni desinteresado: aboga por un hombre capaz de construir su identidad desde la paridad, la equidad y el reconocimiento de lo femenino. Por esta razón, es importante visibilizar las voces de estos padres innovadores para que otros hombres sean capaces de leer estas experiencias y pensarse a sí mismos. Sin embargo, esta intención no se sustenta en un hombre que se constituye en objeto de sobrecarga e invisibilización bajo actitudes de admiración por los nuevos roles asumidos.

Jorge es sin duda uno de esos hombres que hoy asume dobles cargas. Con la obligación de ser padre, amigo, esposo y carpintero desde el mismo espacio, ha logrado negociar sus funciones con su pareja: estar en la casa le da unas posibilidades para encontrarse con nuevos retos e involucrar a sus hijos. De lunes a viernes, Jorge busca apoyo en las tareas domésticas en sus hijos, quienes las realizan sin mayor reparo como el mismo Jorge lo asegura; aquí vale la pena resaltar que la participación masculina de las labores domésticas es aceptado más fácilmente cuando se recibe el ejemplo de un hombre –como es este caso–, pero no pasa lo mismo con las madres que al naturalizar este rol les resulta más conflictivo involucrar a sus hijos que a sus hijas. También resulta igualmente interesante que Jorge abogue por la independencia de los hijos cuando estos hayan aprendido a “defenderse” en la cocina;

recordemos que Jorge es un hombre que fue socializado para una independencia en el afuera, pero hoy lo hace desde dentro.

Entonces, Jorge afirmará que no puede formar “*hijos inútiles*” y no se estará refiriendo a hijos que no sean competitivos laboralmente, sino a hijos dependientes domésticamente. Por ello su educación trata de impulsarlos para que apropien estas nuevas actitudes, pues no cuentan con una mujer que asuma los roles asignados culturalmente. Como padre, Jorge procura formar en sus hijos la autonomía dentro y fuera, produciendo y reproduciendo, porque las mujeres no son las mismas de antaño. Este personaje entiende que seguir anclado al modelo tradicional les generará limitaciones.

Así que, mientras Jorge atiende algunos pendientes en el taller, los hijos van atendiendo la preparación de alimentos hasta que este se integra a sus labores. De igual modo, este personaje esta al pendiente de las actividades académicas de sus hijos: van juntos a la biblioteca para resolver los interrogantes que la escuela les plantea. El trabajo deja de ser el único espacio de encuentro homosocial entre padre e hijos, a diferencia de lo ocurrido en su infancia y adolescencia; ahora cocina y la ayuda en las tareas escolares se ha convertido en espacios de encuentros masculinos. Lo anterior pone en evidencia cómo la biografía de este personaje ha tenido que experimentar cambios radicales con el empoderamiento de la mujer, obligándolo a:

insertarse en lógicas relacionales muy diferentes a las vividas anteriormente, sus mensajes, sus valores de crianza estarán atravesados por la referencia a las nuevas posiciones que la mujer ha alcanzado; situación que les genera contradicciones y les exige replantear sus aprendizajes. En este sentido el discurso que proyectan a las nuevas generaciones, contiene dimensiones seculares y democráticas aprendidas en un escenario social que, a pesar de las transformaciones que se evidencia, no ha perdido el sentido de la masculinidad como alteridad de lo femenino. (Palacio y Valencia: 175)

Sin embargo, no deja de surgir el interrogante del por qué, por ejemplo, asume Jorge esta actitud de un hombre reconciliado –como lo llamaría Badinter–, cuando otros hombres en la misma condición

no lo hacen de este modo. A este respecto quiero resaltar que las mujeres con las que estos personajes innovadores comparten sus relaciones familiares, son mujeres también distintas, cuya inserción al mercado de trabajo las coloca en una mejor posición de negociación en el hogar y con la posibilidad de exigir acuerdos. Ellas han renunciado decididamente a la doble y triple jornada; esta clara postura frente a sus parejas –que es el caso de los personajes narradores–, propicia la creación de compromisos frente a las tareas por parte de ellos.

Por su parte y a diferencia de Jorge, Javier debe asumir el reto de la vida doméstica solo. La edad que presenta su hija no le permite apoyarse en ella para enfrentar los nuevos roles, que estarán fundamentalmente referidos a su prole. Ser padre y ser distinto le ocurre a Javier en pleno nacimiento de su hija; la familia de origen de su esposa enfrenta una crisis que la lleva a ponerse al frente de una empresa familiar ante la presunta imposibilidad de los demás miembros para asumirla. Mientras la esposa trabaja, Javier debe hacerse cargo del cuidado de la niña. Los esposos intentarán luego equiparar las cargas; Javier, sin la forma de asumir compromisos laborales, asume trabajar en la microempresa medio tiempo. En dicho contexto, este hombre empieza a enfrentarse a las contradicciones de los nuevos roles asumidos, en medio de un debate entre *prácticas nuevas y viejas representaciones*.

Es difícil desprenderse de las construcciones con las que ha sido socializado y que impregnan todos los escenarios de interacción. Javier empieza a asumir un sin número de roles que tradicionalmente asumen las mujeres en lo doméstico, en el cuidado y la crianza. Así, debe elaborar los alimentos de la hija y encargarse de su aseo, con todo lo que esto implica. Estas labores las asume sin malestares, disfruta haciéndolo, pero en el campo de las interacciones y del reconocimiento del otro y la otra empiezan a operar los cuestionamientos y las inseguridades. Él, como otros hombres, ve que la necesidad de reconocimiento ha sido castrada o mutilada, y se permiten ser afectivos y domésticos *cuando nadie los ve*.

La esposa de Javier lo enfrenta a estas contradicciones: ella intenta replicarlo a los modelos hegemónicos de paternidad y masculinidad;

es ella quien ve la participación de Javier en estas actividades como una deficiencia suya al no tener lugar en el mundo laboral, en el mundo de trabajo –entendido el trabajo como la actividad laboral remunerada, ligada al mercado y ejercida en el ámbito público–. En este sentido, lo realizado por Javier en el hogar será invisibilizado y considerado como el resultado de las funciones asumidas ante su incapacidad de insertarse al mercado de trabajo. En esta perspectiva es necesario preguntarse: ¿acaso las mujeres han incorporado profundamente, por sus historias, que las actividades del cuidado son tan poco importantes como para no ser reconocidas? ¿Acaso, en palabras de Pineda, “el fetichismo sobre el trabajo asalariado continua y la subvaloración del trabajo doméstico sigue vigente” (13)

El estar desocupado o con empleos “escuetos”, el tener acceso a lo laboral por vía de la esposa, generó entre este personaje y su cónyuge relaciones conflictivas. Ella es una mujer de Medellín, socializada en un contexto sociocultural que rinde culto al trabajo, donde se reconoce como hombre y padre a quien es capaz de asumir las responsabilidades económicas de la familia. Así lo definió Gutiérrez de Pineda al realizar una caracterización de la familia antioqueña de la mitad del siglo XX; en ella se destaca la marcada división de las tareas en el espacio doméstico: “el padre mediante su jefatura económica la provee de todos los elementos materiales para su subsistencia (...), la mujer casada (...) no coopera en la tarea de producción, ni siquiera en la zonas de pancoger (...) ella asume la posición de administración del hogar” (citada por Jiménez y Dominique 2003: 117).

Javier parecía no cumplir con estas condiciones. Su esposa le exigirá posicionarse como el hombre de la casa, como el padre de su hija, y esto suponía hacerse un lugar en el mundo de afuera. Constantemente la esposa de Javier pone a prueba su hombría, una hombría que tiene como referente el trabajo y la capacidad de mantener económicamente a la familia. Surgen unas prácticas nuevas: la mujer participa del mundo laboral, el hombre participa de las actividades domésticas, pero, por parte de la primera, se presentan resistencias frente a los nuevos modelos y frente a los nuevos roles, un deseo de volver a la forma de vida tradicional, al *deber ser*. Sin embargo, las condiciones del contexto

—sobre todo lo referido a la oferta laboral— dificultan las posibilidades de dicho retorno.

La esposa de Javier siente que el esfuerzo que debe realizar laboralmente es consecuencia de la ausencia productiva de este personaje. La experiencia de estar en la casa para este hombre se tornará conflictiva ante la imagen de sí mismo que proyecta ante su esposa; se siente bien en su yo como padre, cuidador de su hija y del hogar, aunque se le demanda otra cosa: se le demanda la productividad. El trabajo pondrá a prueba su identidad como varón. Para no dejar de sentirse hombre tendrá que construir nuevos referentes, construir nuevas definiciones de serlo. La experiencia del desempleo —o, si se quiere, la informalidad laboral— será dolorosa ante su alter ego femenino, quien cuestiona su identidad y su función paterna. Esto permite entender que el nuevo estar masculino y la paternidad innovadora logran ser vividos y disfrutados plenamente cuando se logran definir otros referentes para la construcción de identidades masculinas y cuando son negociados entre los pares.

De lo anterior resalta que la construcción de las identidades masculinas no es un proceso que involucre únicamente a los hombres: se construye en lo relacional. Los hombres necesitarán demostrarse y reconocerse como tales ante sí mismos, ante sus pares y ante su pareja. La intención, entonces, no es la de mostrar cómo ha dejado de interesarles a los hombres participantes del estudio el reconocerse y ser reconocidos como hombres; la cuestión es que, al haber flaqueado, resquebrajado o si se quiere perdido los referentes tradicionales para la construcción de identidades masculinas, ellos no se aferrarán en su recuperación porque reconocen que tal búsqueda es dolorosa y que tiene pocas posibilidades de retorno. De manera que son innovadores por su capacidad de plantear nuevas propuestas, de repensarse, de reconstruir sus historias y sus identidades, su habilidad para descubrir las múltiples dimensiones de su subjetividad. Este descubrir —que pasa por un proceso de reconstrucción, desaprendizaje y nuevas construcciones—, los lleva a incluir elementos de su subjetividad masculina antes excluidos.

Las nuevas construcciones identitarias operan desde el plano de las inclusiones y las reivindicaciones; se incluye lo que antes fue excluido: la afectividad, el derecho a sentir temores, a reconocer que se enfrentan a dudas e incertidumbres y, en suma, los hombres pueden hacer de estas inclusiones asuntos que no operan desde la soledad sino desde el compartir con otros/as. Asimismo, el descubrir e incluir hacen parte de un esfuerzo por no dejar de ser y sentirse hombres, aunque ahora se trata de hombres que se definen de forma distinta, cuestionando el modelo hegemónico.

De un hombre en casa pueden esperarse dos formas de asumir esta nueva experiencia: que se queje en la incapacidad de reproducir el modelo de masculinidad con el que fue socializado, o que se repiense, cuestione y se reconstruya. Es evidente que los hombres de esta investigación, al parecer, han escogido esto último. Llegar a ello es un proceso cargado de encrucijadas, de dudas; llega un momento en el cual no se sabe quién se es, el papel asumido en medio de un contexto ha construido las identidades desde la dualidad.

Javier manifiesta en determinado momento que no sabía cómo se estaba comportando, como quién estaba hablando, si como hombre o como mujer; esto es comprensible cuando si se tiene en cuenta que él había aprendido que hombres y mujeres han sido creados en la socialización para ser diferentes y opuestos. Las dudas tienen lugar cuando estas diferencias ya no están tan claras y los hombres empiezan a develar que tales diferenciaciones no son tan naturales. Así pensaba Javier al iniciar su experiencia de un hombre en casa:

Estoy asumiendo un papel que es de la mujer siendo hombre obviamente, yo a veces notaba que estaba hablando como una mujer y además que rico es tener la oportunidad de haber hecho estas cosas.

Y así piensa ahora:

Yo hoy en día no soy capaz de diferenciar desde el punto de vista de la crianza la diferencia entre un padre y una madre, mi propia experiencia personal contribuyó a borrar ese límite; no

lo tengo. Un padre-madre es una unidad que se complementa, una persona que está interesada en construir un ser respetuoso, sensible, interesado por la vida y todo lo que contribuye a ello a través de todos los medios emocionales, intelectuales, relacionales; eso también es una buena madre y un buen padre.

Si este personaje, como padre, ya no logra reconocer esta diferenciación, va sucediendo lo mismo con los hijos/as y las imágenes que van construyendo frente a la femenino y lo masculino, la maternidad y la paternidad. Javier cuenta, a modo de anécdota, cómo en un momento de encuentro entre amigos su hija le llamó MAPI, es lo que él llama “*entre papá y mamá la conjugación perfecta*” para asumir la crianza de los hijos e hijas hoy. La experiencia de la domesticidad, el cuidado y crianza de los hijos e hijas –para un padre que ya ha experimentado la vivencia de lo público-laboral y que se encuentra frente a una esposa que empieza a vivenciarlo–, implica tener la posibilidad de saber, desde lo vivido, que hombres y mujeres son capaces de desenvolverse en uno y otro espacio: lo laboral y lo doméstico, en el espacio de adentro y en el espacio de afuera, que no hay escenarios vedados para ellos –más allá de las construcciones culturales–, que puede hacerlo y que disfruta de ello.

Es posible desdibujar estas fronteras cuando se hacen los contrastes, cuando se descubren y exploran capacidades. En parte, lo que viene haciendo que estos hombres se piensen distintos y que empiecen a proyectar posturas y prácticas con equidad de género es, sin duda, la posibilidad de haber estado en los dos escenarios y comprobar desde las propias vivencias que los vetos son construidos. Se trata de cercanías que también se han visto favorecidas por las nuevas dinámicas de mercado, las cuales han modificado el acceso de hombres y mujeres a escenarios laborales. Sin pretender mostrar aquí una postura a favor de las condiciones actuales de mercado, que excluyen e incluyen y no siempre en las mejores condiciones, es necesario reconocer que tales condiciones han permitido que estos padres hayan iniciado el camino de la innovación y de las transformaciones.

Si los hombres empiezan a estar en lo doméstico mientras que las mujeres históricamente han estado en dicho espacio, es posible pensar en formas democráticas y compartidas de asumir las labores del hogar, abogando también por la participación de ambos en el mundo del trabajo remunerado. La intención no es entonces que ellos asuman el total de las labores domésticas, poniendo como argumentación para tal propuesta su ausencia histórica en este espacio; la equidad de género no debe asumir posturas de venganza que perpetúen la inequidad, colocando a los hombres en una posición de subordinación e invisibilización. Es necesario pensar en nuevas formas de ser hombre y mujer desde la paridad y el mutuo reconocimiento.

Por todo lo anterior, algunos autores plantean el ocaso del padre, como es el caso de Flaquer cuando denomina al patriarca como una “estrella menguante” (17), o como María Jesús Izquierdo quien habla del periodo de su declive. Siguiendo algunas de las posturas de esta última autora, lo que se propone con este estudio no es abordar la necesidad de poner fin al patriarcado, ya que la transformación del padre no garantiza la fractura del patriarcado. En cambio, se propone la transformación del poder arbitrario de los hombres sobre las mujeres y sus hijos (Izquierdo 1999: 137). La idea del padre en ocaso o padre en declive es planteada porque ya no es él el único que aporta ingresos para el sostenimiento de la familia, y porque tiene mayor cercanía y una relaciones más tiernas con sus hijos; es decir, “estos padres pasan de ser padres ascensores que levantan a sus hijos con sus brazos hacia arriba –como lo plantea Francois Singli–, para convertirse en padres *caballo* que se arrodillan para jugar con sus hijos e hijas poniéndose a su nivel” (137).

b. Fidel: Del trabajo para la casa

Fidel –padre de 45 años perteneciente al estrato 3–, es taxista; su trabajo le permite recorrer toda la ciudad, pero hay un lugar de su preferencia y no pierde la oportunidad de llegar a él cada vez que le sea posible: su propia casa. Para este personaje, el hogar no representa solamente un espacio de ocio, de refugio y en el que simplemente se deja atender; se trata de un espacio que demanda su participación, en el

cual su permanencia adquiere sentido por el disfrute de su paternidad y de su relación de pareja. Fidel es trabajador independiente, lo que sin duda le ofrece varias posibilidades: es dueño de su tiempo y se permite disfrutar de su domesticidad, ya no solo como ocio, sino como un espacio donde se empieza a asumir como un sujeto activo.

Así, este personaje, en cada oportunidad, llegará a su casa después del trabajo; y estando allí cuida de su hija, entra a la cocina, no a ver cómo va el trabajo sino para participar de él, y así se ha ido involucrando en diversos quehaceres domésticos. La casa como espacio está cambiando de significado para lo masculino. Estos hombres ya no la sienten como un espacio en esencia femenino; ven el hogar como un espacio propio: poco a poco dejan de asumirse como reyes y señores para verse a sí mismos como habitantes, lo que supone disfrutar y trabajar en dicho espacio.

Todo esto hace parte de los acercamientos familiares que los hombres están protagonizando, al ver en este hábitat –disfrutado y trabajado– oportunidades para acercarse a los hijos e hijas y a sus parejas. Las nuevas formas laborales parecen favorecer estos acercamientos: mientras que con el trabajo asalariado estable los hombres no eran dueños de su tiempo –siendo esta propiedad de la empresa y permaneciendo en ella buena parte del día–, hoy las formas independientes –como lo hacen la mayoría de las mujeres, tal y como lo plantea Pineda–, les permiten combinar trabajo y hogar, como producto de los horarios flexibles. No obstante, los costos de esta flexibilidad laboral en materia de salud y remuneraciones no es desconocida.

Pese a ello, es preciso reconocer que nos encontramos frente a un sujeto masculino cartagenero que hoy deviene en cambio. En la cultura cartagenera el hombre pertenece a la calle, está más fuera que dentro, aún en condiciones de desempleo. Por lo general, los espacios de ocio y descanso fuera de la jornada laboral eran –y aún lo son– invertidos en espacios públicos homosociales –grupos de encuentro para la bebida, juegos de béisbol y dominó–, o bien, en conquistas amorosas. Así que, en una especie de huida del hogar, no era común que el hombre permaneciese en la casa. Después de una larga jornada laboral era

preciso darse un tiempo para sí mismo, y ese tiempo se encontraba fuera de la casa. La mujer parecía entonces entrar a hacer parte de unas relaciones de posesión, pero no del disfrute continuado de su presencia en un mismo espacio: se sabe que se le tiene y en qué lugar siempre encontrarla, aunque no haga parte del ocio. En este sentido, por lo menos la esposa reconocida oficialmente como compañera, no entra en las actividades del ocio: en ellas entran a hacer parte aquellas cuya posesión se mantiene oculta y no formal ante la familia. Si bien esto aún permanece en las prácticas familiares, las historias que hacen parte del presente estudio dan muestra de unos hombres cartageneros que prefieren la casa como un espacio para sí mismos.

No hay que olvidar tampoco que la decisión de estos hombres de estar en casa y no afuera les implica mayores conflictos que a los hombres del resto del país. Puede afirmarse que unas de las características del estereotipo que los identifica como costeños son precisamente la calle, los amigos, el licor; compartir estos espacios con otros hombres, según Joel Streicker, les reafirma el estatus de libertad sobre todo cuando se está en la edad adulta.

c. Sadid: La paternidad es distinta según el estrato socio-económico al que se pertenezca

Flaquer plantea que “el nivel de ingresos, las profesiones intelectuales, en suma el capital cultural, son variables decisivas para la asunción de una nueva paternidad” (citada por Puyana 2003: 70). En este sentido debe verse el caso de Sadid: médico de profesión y oficio, de 40 años y perteneciente al grupo A de la población cartagenera; tiene una vida laboral fuera del hogar, pero su actividad no lo compromete todo el día, trabaja por horas de acuerdo a la condiciones flexibles que ofrece el mercado hoy. En la Policlínica del Barrio Olaya Herrera de la ciudad de Cartagena, este personaje solo atiende a sus pacientes hasta las 12 p.m., este es su horario de trabajo, que no podemos decir fue producto de una decisión individual. Al trabajar solo media jornada, Sadid dedica el resto de su tiempo a compartir con su prole, mientras su esposa se encuentra en su lugar de trabajo, el cual la ocupa más de ocho horas diarias. El anhelo de Sadid, al saberse potencialmente

padre, fue prolongar su apellido en una prole masculina: “*soñaba con un primogénito*” “*inteligente*”, “*audaz*” y “*creativo*”. Pero la “naturaleza” no fue condescendiente con su deseo: en sus dos procreaciones, el tan esperado cromosoma Y fue reemplazado por el cromosoma X. Este personaje, en medio de su familia nuclear, se encuentra rodeado de mujeres que ponen en cuestión las definiciones tradicionales y patriarcales de lo que es ser mujer y de los espacios que éstas deben ocupar, sometiendo las nociones de lo femenino en un constante debate entre deconstrucción y construcción.

Debido a la corta edad, sus hijas empiezan a preguntarse por lo divino, por la vida y las formas como los seres humanos tenemos lugar en el mundo, ante lo cual el mito de la cigüeña parece no ser suficiente respuesta. Sadid no le da lugar a la duda: tiene dos hijas muy inteligentes. Su esposa es una trabajadora “incansable”, quien extiende su jornada laboral hasta los sábados; esto, sin duda, ha impulsado el compromiso y la permanencia de Sadid con sus hijas, aunque sin mucha participación en las actividades domésticas. Más allá de hacer el mercado, en su casa hay otra mujer que realiza estas actividades: la empleada doméstica.

La permanencia de Sadid es distinta a la de Fidel, ya que las disposiciones económicas definen también las formas de permanecer en el hogar. De modo que la capacidad adquisitiva posibilita o impide acceder al mercado de los servicios, en donde lo doméstico —e incluso el cuidado de los hijos e hijas— ha pasado a ser también un servicio remunerable. Para los padres del grupo B las funciones domésticas y de cuidado y crianza de los/as hijos/as, aparecen como funciones que deben asumirse por los miembros de la familia en calidad de actividades reproductivas no remuneradas, dado que su capacidad adquisitiva no les permite satisfacer estas necesidades por vía del servicio remunerado; mientras que, para los padres del grupo A, estas funciones empiezan a encontrar posibilidades de satisfacción por otras vías por las cuales otras mujeres son vinculadas.

Sin embargo, los personajes de este último grupo no discuten sobre la persona que se hará cargo de los hijos. Desde esta perspectiva, la

participación de los personajes del grupo A en el hogar va a estar más relacionada con la prole y su crianza, que con las actividades domésticas. Así, Sadid destina la permanencia en la casa para compartir con sus hijas; utiliza la lúdica como estrategia educativa. Recordemos que la misma situación ocurre con Javier, quien pertenece al mismo grupo socioeconómico y asume la elaboración de alimentos para atender el cuidado de la hija. Estos dos hombres reiteran en sus narraciones la importancia del afecto como sentimiento de interacción entre ellos y sus hijos e hijas.

De la misma forma sucede –aunque en un reducido número de padres– en Cali; Maldonado y Micolta afirman que la “necesidad de ser afectuosos” hace de estos hombres “diferentes a sus progenitores, ellos evalúan el contacto con los hijos como un esfuerzo, reflexión y valoración de la oportunidad que les está otorgando la nueva cultura del contacto físico” (Maldonado y Micolta 2003: 218-219).

d. Lascario y Eduardo: Las nuevas demandas femeninas también transforman

Lascario es químico de profesión; ha pasado por dos uniones familiares, con tipologías y formas de relacionamiento diferentes. Con su primera unión mantenía una relación de complementariedad, en donde él se consolidaba como proveedor económico, mientras su esposa se hacía cargo de las labores domésticas y el cuidado y crianza de los hijos. Al llegar a casa su esposa le demandaba participación en las labores domésticas, demandas que nunca atendió de buen agrado; bajo un modelo que actúa desde la complementariedad, se esperaba que cada uno asumiera unas funciones claramente definidas. Pero, pronto este modelo dejó de satisfacerlo.

Al ser un hombre con claro propósito académico y comprometido con su formación profesional, Lascario deseó establecer una relación diferente, más que con una complementaria con una igual con la que pudiera compartir sus proyectos académicos. Como esta no era la aspiración de su esposa –cuya subjetividad socializada había sido formada para ser madre y esposa sin plantearse la posibilidad de trascender del espacio del hogar, agotándose en su rol de madre y

olvidando plantearse sus propios proyectos y aspiraciones–, Lascario ve que su satisfacción venía menguando y prefiere realizar la ruptura.

Este personaje conforma entonces una nueva unión con un arreglo familiar de tipo poligenético. Su nueva compañera dista del modelo de mujer de la relación anterior. Ella es una mujer profesionalizada y que vive su profesión. En esta nueva relación muchos son los puntos de encuentro: ambos son docentes y logran así hacerse un mundo de convergencias en lo laboral y lo doméstico, frente al cual Lascario ahora muestra disposición. De modo que, cuando hombres y mujeres tienen lugar en el mundo laboral, se empiezan a suceder una serie de negociaciones para que ambos puedan hacerse lugar en el mundo del hogar. Entonces, parece flaquear el mundo de exclusiones e inclusiones, y la división del trabajo fundamentada en las ausencias y las diferencias que excluyen, pierden la base de legitimación cultural las argumentaciones para la repartición de funciones basadas en las diferencias de género, cuando estas ya no parecen tan obvias. Así, si ambos mantienen materialmente la familia, ambos deben realizar los oficios domésticos o negociar los modos para hacerlo, sin que estas funciones sean asignadas por adscripción y reproducción de roles de género.

Se empieza a gestar una dinámica familiar que actúa desde la cooperación, de mutua ayuda –como lo llama Pineda–, de construcción –como lo plantean Puyana y Mosquera (2003)– o asociativa, en las cuales, en palabras de Izquierdo, “una pareja se compromete con la responsabilidad financiera y el trabajo doméstico” (1999: 136). La domesticidad empieza a democratizarse, convirtiéndose en un asunto que involucra a todos los miembros de las familias y no únicamente a la madre y/o a la hija. Allí los espacios y las funciones dejan de ser de propiedad exclusiva de un género determinado. El modelo de la complementariedad empieza a agotarse ante las actuales condiciones del mercado: las mujeres, por fuerza de las circunstancias, empiezan a participar del mercado de trabajo e incorporan esta inserción como parte de su proyecto de vida. Hoy en día, las condiciones económicas a las que se ven enfrentadas las familias empiezan a modificar la base sobre la cual se organizan las funciones al interior del hogar. Esto, por

supuesto, vinculado con los nuevos discursos a favor de la autonomía de la mujer y su capacidad y necesidad personal de participar en espacios laborales.

Hasta aquí se ha planteado, desde las narrativas de los personajes, cómo la relación de producción planteada por el mercado actual, las condiciones socioeconómicas de las familias y las nuevas demandas de las mujeres, transforman profundamente la paternidad de los hombres. En este sentido, las circunstancias descritas también tienen que ver con Eduardo.

Él siente en este momento que no puede solo con la carga económica, ya que el propio consumismo contribuye al crecimiento de las necesidades, aún más en el grupo social al que pertenece. Dado lo anterior, Eduardo decide romper con el modelo cultural y su mujer ingresa al mercado del trabajo. Los hombres empiezan a reconocer que no pueden asumirse como proveedores exclusivos en el hogar y que la participación de las mujeres es necesaria. Se reconoce, según los relatos estudiados, que en un inicio suceden cambios en las prácticas y los roles asumidos, sin que se den, de inmediato, cambios en los discursos y valoraciones; pero también se ha encontrado que este principio cambia y los hombres logran experimentar transformaciones subjetivas desde lo que acontece en espacios más amplios y que parecen escaparse a sus voluntades individuales.

Desde esta perspectiva, es posible pensar que estos hombres siguen avanzando hacia formas democráticas de vivir el espacio familiar, desnaturalizando los roles que le corresponde a hombres y mujeres, y negociando las funciones de una y otro sin darlas por obvias. Esto, precisamente, porque han tenido la experiencia de involucrarse en dos escenarios: el laboral remunerado y el doméstico. Han estado fuera y han estado dentro, con todo lo que ello implica, y han podido descubrir que en uno y otro espacio han sido capaces de desenvolverse, haciéndose preciso entonces construir nuevos referentes en la construcción de identidades masculinas, descubriendo otras dimensiones de su subjetividad.

Ser hombre, en este contexto, no puede ser definido desde la alteridad con lo femenino, un femenino tradicional. Los hombres empiezan a construir nuevas definiciones de ser hombres, construyendo así mismo *nuevos códigos de ser, hacer, estar y actuar masculino*, tal como lo afirman Palacio y Valencia (2001). Otros elementos que vale la pena señalar y que fueron recurrentes en las narrativas de los personajes tienen que ver con el hecho de comprender esta función en permanente diálogo con saberes e interacción con otros personajes y escenarios; de este modo, han incorporado discursos científicos para “mejorar” la práctica paterna, desestimando que la paternidad y la maternidad sean connaturales, que se nace sabiendo sus funciones, y han hecho de estas actividades un asunto más humano.

### **Padres que someten a diálogo sus paternidades**

Los hombres participantes del estudio tienen una inconformidad siempre presente: nunca se está lo suficientemente preparado para ser padres, no existe un límite para decir que es lo suficientemente bueno y que ya todo está logrado. Es preciso, entonces, construirse día a día. Las propias paternidades son cuestionadas y reflexionadas; no se da por sentado que se sabe cómo asumir esta función. El padre empieza a sentir no solo la necesidad de formar sino de formarse, de construir y de ser construido—siendo esta construcción un proceso que ya no se asume en solitario—. Retomando a Izquierdo, la maternidad y la paternidad son funciones sociales, “precisamente no se trata de actividades naturales ni que dependen estrictamente de los vínculos de sangre. No hace falta ser padre o madre biológicos para poder ejercer la parentalidad” (Izquierdo 1999: 95)

Parece ser que una de las grandes diferenciaciones entre las familias de origen y las dinámicas familiares que experimentan hoy estos padres, es la incertidumbre y los órdenes tambaleantes y puestos en cuestión. Estos cuestionamientos operan desde el género y la generación, y como consecuencia se cuestionan antiguas dinámicas familiares. En suma, las fronteras no están tan claras, ni los papeles que desempeñamos en las familias, ni en las sociedades. De este modo, los padres empiezan a entrar en el terreno de las dudas, las incertidumbres y las inconformidades: la

función paterna y la identidad masculina sufren el desmoronamiento de sus verdades constituyentes.

Parece ser que la paternidad se ha venido construyendo como un hecho racional que pretendía eliminar todo rastro de sensibilidad, en donde esta última característica había sido asociada a la feminidad. Entonces, la masculinidad hegemónica proponía un modelo de hombre dominante, insensible, fuerte y seguro de sí mismo. Ser innovador supondrá trascender esa dimensión racional para reconocerse hombres y padres en las múltiples dimensiones humanas.

Resulta que ese modelo de masculinidad presentado en las familias de origen –y las formas de construirlo–, no terminó por convencerlos totalmente; lo que en principio pudo haber sido una sospecha golpeada por la insatisfacción, sería reafirmado al surgir nuevos discursos de la infancia y la adolescencia, cuando las mujeres empiezan a exigir otro tipo de hombre y de padre, cuando –al quedarse en el hogar, o buena parte de tiempo en él– se acentúan sus dudas, sus incertidumbres y se les hace imposible mantener relaciones distantes y no querer expresar sus sentimientos –aunque esta nunca fue la intención de los padres participantes del estudio–.

Así, se encuentran padres innovadores, con la pretensión de acercarse a sus hijos no desde las lógicas del problema sino de la afectividad, que no intentan posicionarse como los padres detentores del poder sino como los padres que escuchan y capaces ser amigos. Esas posibilidades de permanecer mayor tiempo en el hogar con los hijos e hijas cambian el panorama de relacionamiento, acentúan las inquietudes, agudizan las preocupaciones; tener cerca a los hijos todo el tiempo –o la mayor parte del tiempo–, supone una posibilidad que no siempre tuvieron sus padres: paternar. Es preciso considerar que el “paternar” trasciende la función de proveeduría para abrirle lugar a la afectividad y a las relaciones estrechas entre padre e hijos. Desde esta perspectiva, no todos los padres hacen paternaje. Al descubrirse en el paternar, los padres estudiados tuvieron la posibilidad de descubrir distintas dimensiones de la subjetividad masculina.

De este modo, han tenido la posibilidad de descubrir sensibilidades, la dimensión de su masculinidad que quiere, siente y que es capaz de demostrarlo –y que no se lo permite únicamente cuando sus hijos están pequeños y no se piensa en el riesgo de una expresión homosexual o de incesto, sino que también cuando estos han crecido, sin dejar de necesitar demostraciones afectivas–. El padre de antaño –al negarle la voz a los hijos en medio de unas relaciones habla-escucha, mando-obediencia, que dibujaban unas infranqueables fronteras generacionales y en las posiciones al interior de las familias–, no se cuestionaba por el *lo estoy haciendo bien*, al no encontrar en el hijo un interlocutor válido que le cuestionara y que le demandara firmemente una atención distinta. Sucede entonces que el poder absoluto del hombre frente a aquellos que creía dominables –mujeres e hijos/as–, empieza a debilitarse. Allí donde la democracia empezó a atravesar el escenario político, también caló en las relaciones familiares: el hombre/padre tuvo que descentralizar su poder para compartirlo con los/as hijos/as en la toma de decisiones, pues estos empiezan a dudar de la autoridad y sabiduría incuestionable de la generación que le antecede y la del patriarca.

Se evidencia la descentralización del poder en un escenario que es más suyo y donde su presencia se ha vuelto común, de modo que entrar al escenario familiar les ha supuesto hacer unas rupturas con estas características y conciliarse o reconciliarse con aquellas que ese modelo hegemónico excluyó. Entonces, se construyen como padres que no temen reconocer que necesitan ayuda para ejercer su función paterna, quienes echarán mano de distintas estrategias para mostrarse como mejores padres e interactuar con sus hijos/hijas.

### **Cuando la ciencia se incorpora la práctica paterna**

La práctica paterna, para los padres estudiados del grupo A, parece alejarse cada vez más de la intuición para dejarse tocar por productos científicos que ofrecen formas de comprender y acercarse a niños, niñas y jóvenes. Esto bien puede estar atravesado por dos cuestiones: por la creciente importancia que empieza a cobrar la población infantil y juvenil, y los consecuentes esfuerzos institucionales por coadyuvar a una formación –en términos de crianza– distinta, capaz de eliminar la

violencia intrafamiliar y, en especial, aquella dirigida a niños y niñas; así como el desarrollo de un movimiento –que algunos asumen como parte de la modernidad– que también empieza a hacer esfuerzos por democratizar el conocimiento e incorporarlos a la cotidianidad, si bien en condiciones no muy incluyentes.

Ciertamente los padres de ambos grupos evidencian hoy una preocupación por acercarse a modos y estrategias que les permitan interactuar de manera asertiva con sus hijos/as. Así, los del grupo A muestran una tendencia a acudir a los discursos y recomendaciones provenientes de las disciplinas que tienen como parte de su objeto de estudio la infancia, la adolescencia, la paternidad y la maternidad, discursos que logran aparecer en distintos medios de comunicación. A los ojos de Lipovetsky:

Nada hay más escandaloso, en nuestros días, que no querer a los hijos, no preocuparse por su felicidad y por su futuro. Aquí se detiene la carrera del individualismo narcisista: el derecho a la autoabsorción subjetiva no llega hasta desacreditar el principio de las obligaciones de los padres: cuanto más terreno ganan los valores individuales, más se refuerza el sentimiento de los deberes hacia los hijos; cuanto más periclita el espíritu de obligación hacia la -gran sociedad-, más gana en autoridad la noción de responsabilidad hacia los pequeños... la era posmoralista debilita globalmente los deberes, pero amplía el sentido de responsabilidad hacia los hijos. (1994: 165)

Ahora bien, el intento de posicionar a la infancia entre las prioridades sociales desde los gobiernos y las distintas entidades encargadas de velar por el bienestar infantil y juvenil, opera también desde la incorporación de la ciencia a la práctica cotidiana. Esto hace referencia a lo que algunos autores –entre ellos Lipovetsky– hoy se atreven a llamar como *vulgarización científica* y *sensibilización mediática*, incorporación desde la cual se espera que padres y madres proyecten prácticas de buen trato. Es preciso ver esta incorporación desde un escenario más complejo y que, según Néstor García Canclini, haría parte de unos proyectos que la modernidad trae consigo. A juicio de este autor, constituyen la modernidad cuatro movimientos:

Un proyecto emancipador, un proyecto expansivo, un proyecto renovador y un proyecto democratizador. Estos proyectos los explica Canclini, en sus palabras, de la siguiente manera: Por proyecto emancipador entiende la secularización de los campos culturales, la producción autoexpresiva y autorregulada de las prácticas simbólicas, de su desenvolvimiento en mercados autónomos. Forman parte de este movimiento emancipador la racionalización de la vida social y el individualismo creciente, sobre todo en las grandes ciudades. (32)

Para efectos de los planteamientos que sustentan el estudio, solo se tendrá en cuenta lo que Canclini entiende por proyecto expansivo y democratizador. El autor denomina proyecto *expansivo* a la “tendencia de la modernidad que busca extender el conocimiento y la posesión de la naturaleza, la producción, la circulación y el consumo de los bienes” (32). El proyecto *democratizador* es el movimiento de la modernidad que confía en la educación, la difusión del arte y los saberes especializados, para lograr una evolución racional y moral. De este proyecto hacen parte programas educativos de popularización de la ciencia y la cultura. Interesa entonces, para el caso propuesto, aquello que Canclini llama *proyecto expansivo y democratizador*, ya que, según éste, las personas tienen la posibilidad de tener contactos con saberes especializados que intervienen en sus prácticas cotidianas, haciendo que estas sean orientadas ya no tanto –o no solo–, desde la intuición, sino que desde las orientaciones que ofrece la práctica científica. A este respecto anota Canclini, acudiendo a Habermas, que:

La extrema diferenciación contemporánea entre la moral, la ciencia y el arte hegemónicos, y la desconexión de los tres con la vida cotidiana desacreditaron la utopía iluminista. No han faltado intentos de conectar el conocimiento científico con las prácticas ordinarias, el arte con la vida, las grandes doctrinas éticas con la conducta común, pero los resultados de estos movimientos han sido pobres, dice Habermas. Este último autor llega a sugerir hallar otras vías de inserción de la cultura especializada en la praxis diaria para que esta no empobrezca en la repetición de tradiciones. (33)

Por pobres que sean estos movimientos, hoy los padres del grupo A empiezan a ser receptivos a ellos en lo que a paternidad, infancia y adolescencia se refiere. Ahora bien, no deja de inquietar que la paternidad tradicional pretendiera ser racional en tanto que se alejaba o evitaba toda sensibilidad o demostraciones afectivas, aunque, en esencia, era profundamente intuitiva y cargada de construcciones culturales. Desde esta perspectiva, era *creencia* que besar y abrazar a los hijos producía su afeminamiento, siendo estos argumentos contruidos y legitimados socialmente, sustentados en una definición de la masculinidad que debe negar y eliminar de sí todo rastro de feminidad –lo equivalente a sensibilidad, debilidad, romance, más emoción que razón–. No obstante, esa racionalidad no se dejaba tocar por la ciencia, en tanto que imperaba la incredulidad en ella. Sucede que mientras la paternidad se deja tocar por terrenos más “racionales”, se empieza también a reivindicar la sensibilidad y las demostraciones afectivas.

El ejercicio paterno de antaño era intuitivo, cargado de construcciones culturales que no se sometían a muchos cuestionamientos: eran reproducciones. La afectividad se empieza a reivindicar cuando la ciencia misma la posiciona como parte importante en el desarrollo integral de niños, niñas y jóvenes. La ciencia, vista como sinónimo de verdad, empieza a ser un recurso de crianza para aquellos hombres del grupo A que, cercanos a la academia y algunos a las ciencias médicas y que han dejado de creer en mitos y leyendas, depositan su confianza en el conocimiento especializado que se empieza a involucrar en un proceso de democratización.

En este grupo se encuentran un filósofo, un químico farmacéutico, un médico y un odontólogo, respectivamente: Javier, Lascario, Sadid y Eduardo. Ellos, desde sus experiencias disciplinares, parecen otorgarle un carácter más racional y pensado a su ejercicio paterno. La incorporación de la ciencia a la práctica cotidiana de la paternidad tiene así mismo sus particularidades. Quienes han estado inmersos en escenarios académicos –como Javier y Lascario– han tenido que permanecer en contacto con la singularidad de lo juvenil y en contacto con informaciones que les permitan desempañarse mejor con este grupo etareo; pedagógicamente han recibido información que han

trasladado a sus escenarios familiares y a sus relaciones filiales. Ellos empiezan a formar en la autonomía y la posibilidad de los hijos e hijas de construirse por sí mismos, empiezan a educar para que sus hijos prescindan de ellos.

Así, Lascario procura que todos los fines de semana sus hijos/as participen en las labores domésticas y se hagan responsables de actividades al interior del hogar. Esto no lo hace desprevenidamente ni con la intención de alivianar cargas: su discurso es claro en hacer ver que su formación y oficio como docente le han permitido comprender que la mejor forma de acompañar el proceso de construcción personal de sus hijos es otorgándoles participación y posibilidades de ser autónomos. Así mismo, en conjunto con su esposa, planea con sus hijos lo que llaman “*tareas dirigidas*”, en las cuales los protagonistas son los niños y ellos unos orientadores/acompañantes del proceso. La postura de este personaje frente a la crianza no solo esta atravesada por su participación en espacios académicos, en ella también han participado Walter Rizo, Sonia Obregón y sus artículos publicados en el periódico local *El Universal*. La búsqueda es incansable, inconforme, pero con la plena seguridad de que ser padre implica un proceso de formación constante.

Igual suele sucederle a Javier: desde que logró insertarse en el mercado laboral de manera estable y permanente, se encuentra de lunes a viernes con jóvenes universitarios, desempeñándose como docente. Javier trabaja en estos momentos con población juvenil y, por el medio en el cual se desenvuelve, manifiesta tener contacto con informaciones que lo ayudan a repensar su ejercicio paterno. Su oficio lo enfrenta a conflictos juveniles que lo llevan a prepararse bien para enfrentarlos. En la relación con su hija intenta construir en ella una persona autónoma, capaz de menguar sus dependencias en relación a su madre y su padre. Como padre, Javier tiene la expectativa de que su hija alcance a ser una persona satisfecha consigo misma, con las orientaciones que él ha procurado brindarle.

Por su parte Sadid piensa que los hijos no deben adaptarse a los padres sino que estos últimos deben mantenerse coherentes con su

proceso de crecimiento y las diferentes demandas que en cada uno de estos momentos proyectan. Convencido de esto, ha entrado a simpatizar con los psicólogos y sus propuestas para comprender el desarrollo y comportamiento humano, rodeándose de textos que muestran las distintas etapas que vivencia el ser humano y lo que cada una de ellas implica, de modo tal que pueda atender a las demandas de sus hijas y comprender sus formas de comportarse, ser y estar en el mundo según su proceso de crecimiento. Este padre se aleja del modelo de hombre que se posiciona como patrón de todas las cosas y que espera solo ser obedecido, para mostrar una flexibilización personal que le permite dejarse orientar de su prole.

Entonces, la cuestión es que estos hombres están destinando parte de su tiempo a formarse en ese empeño de ser mejores padres; se dejan guiar por otras posturas, someten su paternidad a diálogo, ya no solo dedican tiempo al trabajo remunerado sino que se empiezan a rodear de textos y de autores para lograr tan complejo fin de orientar a los hijos e hijas en el proceso de construcción personal. Tendrán necesidad de formarse en su pretensión de formar seres humanos felices, con autonomía en su vida y sus afectos.

### **Cuando la figura del Dios Padre no es suficiente, *se construyen modelos terrenales***

Mientras los padres del grupo A presentan una tendencia a acudir a fuentes especializadas, desde lo profesional en el tema de familias, los padres del grupo B presentan una tendencia a construirse y reconstruirse desde experiencias de otras personas que, a su juicio, han resultado satisfactorias. En este grupo se encuentran hombres que no han tenido acercamientos a la educación superior; se ubican en él un carpintero y un taxista: Jorge y Fidel, respectivamente, quienes no han confiado tanto en ese conocimiento especializado en manos de científicos o simplemente profesionales, para cederle credibilidad a experiencias familiares de personas cercanas que les ofrecen, de algún modo, garantías de que las estrategias aplicadas funcionan, mientras que los textos parecen ubicarse en el plano de lo abstracto y la posibilidad.

Pese a este distanciamiento del cocimiento especializado, el modelo divino también empieza a perder para ellos toda base de legitimación y la Biblia ya no es vista como una orientación en el ejercicio de la paternidad. Jorge, por ejemplo, afirma que la religión es un atraso social en tanto que algunas creencias desprenden a hombres y mujeres de responsabilidades terrenas otorgando sus esfuerzos, tiempos y responsabilidades al beneficio divino. Así que el modelo predilecto de Jorge ha sido la “seño” Ligia, la esposa de un primo, de hijos profesionales que han sido llevados “*por el buen camino*”.

El resultado para medir si se es un buen padre o no son los hijos, desde lo que logran ser se juzga por los fracasos y éxitos. De modo que, tras crear un modelo de padre ideal, aquel que logra llevar a sus hijos a la profesionalización, la “seño” Ligia se ha convertido en un modelo a seguir para Jorge. No ha sido un modelo masculino: es un modelo femenino que ha sido capaz de orientar a sus hijos hasta llevarlos al camino del éxito. Esas son las pistas que Jorge necesita en su preocupación de ser un buen padre y contribuir a la realización personal de sus hijos. Con la “seño” Ligia ha aprendido que el maltrato físico no forma. No obstante, esto también fue evidente con el Mayor Samario que lo acompañó cuando estuvo en el ejército; en un contexto donde prevalecía la fuerza y la violencia masculina, encontró a un hombre que dejó de creer en la violencia del hombre para conseguir objetivos, reivindicando la palabra y la escucha. En el escenario de la fuerza y la competencia aprendió que a los hijos no se les violenta sino que se les escucha, no se practica la fuerza sino el diálogo. Jorge no acudió a textos especializados para construir estos relacionamientos en el escenario familiar: a este hombre los contactos sociales le han favorecido para formarse como un hombre/padre que se piensa diferente.

No obstante, Jorge también cree en formas autónomas de aprendizaje guiadas por la experiencia paterna que le han mostrado qué caminos recorrer y de cuales ajearse; aprendió a alejarse de algunos caminos no tan convenientes tras recorrerlos, aprendiendo de aquello que no fueron acertadas algunas de sus decisiones. Él sabe reconocer que se ha equivocado y lo puede hacer ante sus hijos sin que ello le reste respeto y capacidad de orientarlos en el camino que ellos mismos recorren.

Fidel, el otro hombre de este grupo, también se ha dejado orientar porque ya es claro que no se mueve desde las seguridades. Fidel ha hecho de esos encuentros con sus familiares un espacio de intercambio de experiencias y aprendizaje, porque la paternidad misma empieza a ser un asunto que se somete a discusión pública, que no se ancla al escenario privado y de lo incuestionable. Ya no se trata de que cada padre críe a sus hijos a su manera, sino que se conversan esas maneras y los padres empiezan a participar de esas conversaciones desde el momento mismo que dejaron de moverse desde las seguridades y se entendieron como seres en construcción.

## CAPÍTULO V

### *Cuando las experiencias vividas marcan, ya no vuelves a ser igual:*

#### **Hitos en la vida de los padres innovadores**

Si en el capítulo anterior descubrimos, junto a los personajes narradores, de qué manera las transformaciones del contexto les han significado profundos cambios en sus identidades masculinas y las prácticas paternas –a tal punto que se asumen y actúan distinto–. Gracias a sus narraciones pudo establecerse la forma como se sitúan frente a las transformaciones experimentadas. En esta última sección del documento, es necesario resaltar los eventos más representativos que han logrado instalarse en la vida de los padres innovadores como *hitos*. Estos hitos fueron utilizados como categorías para el análisis, ya que, en palabras de Piña, reúnen “ciertos sucesos externos o internos narrados por el personaje, que son presentados como cruciales en el curso de la vida... pueden definirse como los momentos claves de la vida relatada, que poseen al interior del relato capacidad explicativa o referencial” (Piña: 164). Además, los hitos pueden dar pistas para comprender por qué cambian las personas, ya que tienen como particularidad la capacidad de transformar la experiencia vital: luego de ocurridos, pueden generar cambios en las personas.

No obstante, vale la pena precisar que cuanto aparece como hito en el relato es producto de un acto selectivo ocurrido en el momento mismo de volver la vida historia. Se trata de vivencias significativas para

los personajes narradores, y lo son en tanto que les ayudó a interpretar y comunicar su pasado, su situación actual y a mantenerse coherentes con esta última, puesto que, atendiendo nuevamente a lo planteado por Piña:

A medida que transcurren los distintos episodios en la vida de alguien, el sujeto va modificando permanentemente la identidad del “sí mismo”, pero no solo en lo que respecta a su ubicación en relación al futuro, sino también al pasado. Ello alude a un proceso continuo mediante el cual cada persona reinterpreta la totalidad de su existencia y se reconstruye a partir de su actualidad. (147)

Tras haber realizado el acercamiento al contexto –desde lo que aparecía en las narraciones de los personajes–, resulta necesario analizar los acontecimientos más significativos experimentados. Esto implica comprender la vida, retomando a Piña, “como una sucesión discontinua de acontecimientos, hechos, actitudes y sentimientos, referidos a una individualidad delimitada –a un nombre propio–, desde el momento de su nacimiento hasta el de su muerte” (138). Además, es necesario entender que la vida está sometida a una tensión adicional: entre el individuo que vive y el contexto vivido.

Desde esta perspectiva, y en relación con el mismo autor, hablar de la vida de una persona obliga a situarse al interior de una ambigüedad que fluctúa entre la representación de una individualidad consistente y, simultáneamente, el reconocimiento de un fenómeno supra-social (138). Reconociendo esto último, en el primer capítulo de este documento se planteó que la vida supone un conjunto de emociones, relaciones, acciones y bifurcaciones personales que se entrelazan con otros individuos y con un contexto sociocultural; este último, como lo afirma Piña, “no determina absolutamente, ni entrega, pero que no es tampoco un campo de libertad absoluto” (138). Acercarse a los acontecimientos que tienen lugar en lo íntimo, implica dar una mirada a los elementos que motivan la innovación desde el espacio privado, en una relación del personaje consigo mismo y sus familias. A continuación se presentan los *hitos* presentes en la vida de los narradores

personajes, los cuales son asumidos por ellos como acontecimientos transformadores; estos hitos no aparecen aislados sino que íntimamente relacionados con otros eventos que también merecen ser presentados ya que son significativos desde ellos y para ellos.

### **El adiós a la soltería: la llegada de la edad adulta**

Norma Fuller señala que:

La figura paterna es definitiva en la construcción de identidad masculina, ya sea por presencia o por ausencia. La paternidad es un hito importante en la construcción de identidad masculina, representa la consecución de la adultez plena y constituye la experiencia más importante en la vida como hombre. (Citada por Viveros 2003: 101)

En los hombres participantes de la investigación, la paternidad aparece como un hecho importante en sus vidas. Algunos lo presentan con más claridad que otros, pero todos lo mencionan por igual: este aconteciendo está íntimamente relacionado con otros eventos presentados a continuación. Cuando los personajes narradores vivieron la adolescencia y se sentían en plena juventud, entendieron que debían decir adiós a algunas formas de vida, un adiós que aparecía como definitivo, necesario y deseable: el adiós a la soltería.

En Cartagena, la unión de pareja, con miras a conformar una familia de reproducción, es vista como un período de la vida que toda persona debe atravesar y conservar, siendo simbolizado como el momento en que hombres y mujeres empiezan a “organizarse. Para estos hombres, conformar una relación heterosexual –en ningún relato se aprecia que se pensara en ningún otro tipo de relación–, duradera en el tiempo, legalizada o legitimada socialmente sin vínculo legal, era un momento ampliamente esperado. Al decir de Fuller:

El matrimonio, o unión reconocida públicamente como una relación estable y destinada a la reproducción, significa cruzar el umbral de la vida adulta e iniciar un proceso por el cual todos los aspectos de la vida de un varón se reinterpretan: se redefine el vínculo con la familia de origen (en la cual el varón es hijo/

hermano), que debe pasar a segundo lugar, para dar prioridad a la familia de reproducción, en la cual el varón se convierte en esposo y eventual padre. Se corta el lazo preferencial con los amigos para enfatizar el vínculo con la pareja. (339)

En esta decisión de impulsar a los hombres a conformar su propio grupo familiar, puede identificarse una postura asumida desde la racionalidad; se sitúa a la juventud y a la adolescencia desde lo irracional, de modo que este nuevo momento de la vida, como bien lo anota Fuller, es la entrada a la adultez. Antes de la adultez, y estando en la soltería, se asume que los hombres se encuentran “desorganizados”, y sus determinaciones son frecuentemente irracionales y presentan poco sentido de la responsabilidad. En Perú –conforme al estudio de Fuller realizado en este país con jóvenes y adultos de sectores medios y populares–, se vio, en un grupo de pares identificado con el espacio desordenado de la calle, que la juventud es vista como un período peligroso que puede conducir, por sus excesos, a la marginalidad o la autodestrucción; por lo tanto, la relación con una pareja se vincula al orden.

Además, las expectativas suelen centrarse en la mujer esperando que sea esta quien limite al varón y lo fuerce a entrar dentro del orden doméstico y productivo, ya que al adquirir responsabilidades se inserta definitivamente al espacio laboral. Si no ingresa al doméstico sus únicas fuentes de reconocimiento serían los amigos y la ostentación de su sexualidad (339-340).

Dado que la juventud es juzgada como irracional y marcada por lo impulsivo, el deber del hombre se vuelve el de transitar a lo racional, a la cordura, es preciso que “siente cabeza”<sup>29</sup>. De este modo, como menciona Seidler, “mediante una extensa identificación entre la masculinidad y el autocontrol los hombres aprenden a relacionarse con las emociones como amenazas a sus identidades masculinas” (2004: 105).

Con el transcurrir de los años, este tránsito se le vuelve más urgente, la sociedad misma empieza a demandarles “organización”, es decir,

---

<sup>29</sup> Este término es utilizado para señalar que una persona ha madurado o que ha alcanzado una situación estable.

la conformación de una familia de reproducción para consolidar su posición de hombres, además de haberse insertado al mercado de trabajo, pues sus futuros ya están fijados, las etapas por vivir están marcadas, los caminos por recorrer esperan ser transitados. Se les demandará establecerse con una mujer, aún cuando socialmente será escasamente censurado si sostiene relaciones amorosas con otras mujeres, ocultas ante su grupo familiar. Llegar a la adultez sin haber conformado una unión estable de pareja aumenta la presión ejercida sobre ellos y les otorga menos aceptación en las rupturas con las relaciones amorosas que llegan a establecer de manera pública: en cada relación se asoma la esperanza de formalización de una unión.

Si la relación de noviazgo tiene lugar siendo adultos se espera casi de inmediato que el paso siguiente sea la conformación de un grupo familiar. Este fue el caso de Sadid, quien sostuvo una relación de noviazgo con la que hoy es su esposa, estando ambos en la adultez. Él describe la relación de aquel tiempo como “*desprovista de manifestaciones emotivas, sin pasión*”, atribuyendo estas características a la edad de ambos –30 años–. Ella era una mujer que desde temprana edad se encontró vinculada al mercado de trabajo; él era un estudiante de medicina que luego de hacer su trabajo “*rural*” logró hacerse un lugar en el mundo laboral. En determinado momento los dos –ella antes que él– alcanzan cierta estabilidad económica; estas condiciones le daban seguridad a la decisión de Sadid de formalizar la unión. La formalización de la unión tiene en cuenta la capacidad económica del hombre para asumir este desprendimiento y adquirir nuevas responsabilidades. Precisamente así lo concebía Sadid, quien no solo tuvo en cuenta su propia capacidad sino también la de la esposa, considerándola como parte activa –en términos económicos–, de esta decisión.

Desde la experiencia de los hombres estudiados, no se observa la tendencia a formalizar uniones y familias de reproducción mientras se permanece en la familia de origen. Solo el caso de Eduardo es la excepción, ya que él produce la separación de manera tardía. No obstante, en general, todos hacen parte de familias nucleares y conforman sus propios grupos familiares luego de asegurar su lugar de residencia; algunos se vieron forzados por las circunstancias del

desplazamiento del campo a la ciudad: se trata del caso de Fidel y Jorge, quienes debieron desprenderse de su familia de origen y desplazarse a la ciudad buscando oportunidades laborales.

De cualquier modo, la modernidad trajo consigo un modelo familiar nuclearizado que no dejó de tocar los territorios de la costa Caribe colombiana. Estos hombres dicen encontrar en el modelo nuclear un tipo de arreglo familiar que garantiza la autonomía y la unión. Ya sea por los discursos o por voluntad individual, los hombres empiezan a considerar como parte su proyecto familiar asegurar un lugar de residencia separado de la familia de origen, considerando que la intervención de la familia extensa les resta autonomía en la crianza de los hijos y la relación de pareja, o que esta cercanía puede, incluso, ser causal de fricciones y rupturas entre los miembros del grupo que recién se conforma.

Para Sadid el matrimonio era casi un paso seguro, de hecho quedarse en la casa de su entonces novia hasta el día siguiente no era motivo de censuras; la edad de ambos les otorgó ciertas licencias en su relación, en tanto que se daba por sentado que en un futuro cercano serían esposos. Se mostraba entonces cierta permisividad ante las relaciones sexuales prematrimoniales mediada por la garantía esperanzadora del matrimonio futuro, el cual finalmente se hizo efectivo. Las relaciones sexuales prematrimoniales sin censura son cambios que tímidamente se empiezan a asomar, siempre y cuando sean experimentados en la adultez. A Sadid y a su novia les correspondió un momento histórico de cambios culturales, que les ofreció las posibilidades negadas a sus familias de origen.

Otra de las transformaciones experimentadas por los personajes narradores, es la informalización de las uniones, como las llama Puyana citando a Echeverri, la cual, desde 1983, plantea que es:

Indispensable reconocer la existencia de una revolución familiar: porque aunque siempre hubo relaciones sexuales prematrimoniales y extramatrimoniales ahora, estas y aquellas se generalizan y crece el grado de admisibilidad social en ambos sexos, de hecho se empieza a aceptar una vida sexual previa

al matrimonio o sin tener en cuenta este y casi sin percibirse se van constituyendo hogares diferente. (Echeverri citada por Puyana 2003: 33)

Lascario vivió un divorcio y una posterior unión; actualmente conforma una familia superpuesta que, para este caso en particular y por cumplir con las dos características propuestas por Echeverri –a saber: estar conformada por dos generaciones, tal y como en la familia nuclear básica, y el origen diverso de sus integrantes, puede ser llamada como “familia poligenética”; ella es “lo suficientemente genérica como para permitir incluir las diferentes formas de organización y funcionamiento familiar” (Jiménez 1999: 104). En un caso similar se encuentra Jorge, quien, sin haber legalizado la separación de su primera unión, decidió conformar un nuevo grupo familiar con el hijo de la anterior unión y los que sucedieron de la nueva.

Pero, “*organizarse*” no siempre resulta fácil, y no solo desde el punto de vista económico: formalizar una relación de pareja enfrenta al reto de la convivencia entre hombres y mujeres integrantes de esa unión, así como la unión de sus respectivas familias de origen. Según Fuller, el ritual matrimonial constituye la ceremonia que celebra públicamente la entrada a la vida adulta de la pareja y la consolidación de los lazos de afinidad entre las familias de origen de ambos cónyuges. Al presidir esta ceremonia, los padres de ambos consagran el nacimiento de una nueva parentela y la constitución de una nueva unidad residencial, reproductiva y productiva (Citada por Cruzat y Aracena 2006:32).

A Javier consolidar estos “lazos de afinidad” entre las dos familias le resultó una experiencia conflictiva. En su relación aparece una madre con temores a desprenderse de su hijo y abandonarlo en las manos de otra mujer que no logra generarle la “*confianza*” necesaria. Al morir el padre de Javier se marca un *hito*<sup>30</sup> en su vida: la única autoridad visible pasa a ser la madre, quien se convierte en la única opinión de referencia. Esta mujer aparece en el relato del personaje narrador como una mujer de origen rural, con costumbres tradicionales, que lidera una familia monoparental de solo dos integrantes –Javier y ella–, en

---

<sup>30</sup> Este punto en la vida de Javier se abordó en el tercer capítulo.

tanto que los demás hijos habían “organizado” sus vidas familiares, académicas y laborales fuera de la ciudad y del país. En contraposición, la familia de origen de su hoy esposa, resulta ser de origen antioqueño, “*emprendedora, empresarial, frentera y en cierto sentido muy liberal, con costumbres muy abiertas en un momento en que Cartagena apenas estaba abriéndose*”, en palabras del propio Javier. Las resistencias por parte de la madre frente a la relación que Javier empezaba a conformar no se hicieron esperar: Javier era el hijo menor y aún se mantenía bajo la norma materna, por lo cual se veía enfrentado a una madre que creaba una contraimagen peligrosa de la mujer que se encontraba ocupando tiempos y espacios en su hijo.

En ese ejercicio de volver su vida historia, este personaje logra comprender que el gran temor de su madre era perderlo: los lazos afectivos entre ellos se habían hecho fuertes. Posteriormente, las resistencias empezaron a menguar, hasta llegar a desaparecer, justo cuando la madre encontró que esta relación no le haría perder a su hijo, que se redefiniría la relación sin presentarse una ruptura, y comenzó a ver a su futura nuera con una nueva perspectiva. Sin embargo, superados los temores de la madre, persistían los celos de la esposa, quien empezó a reconocer entre Javier y su progenitora una relación afectiva fuerte y que, incluso, presentaba dependencias emocionales, lo cual le generaba inseguridades.

La mujer con la cual el hombre conforma el grupo familiar quiere ser la única mujer en su vida, es decir, la única poseedora de su afecto. Si la esposa siente que la madre ejerce mayor poder afectivo o de cualquier tipo sobre el hombre y determina sus decisiones, viendo disminuida su participación en ellas, se generará una lucha de poderes: al sentir que la figura de madre predomina sobre la figura de esposa, tal tensión no tarda en presentarse. Si bien, la masculinidad hegemónica pretende posicionar al hombre como portador del poder, esta también admite que en lo familiar y afectivo él sea susceptible de dejarse llevar por el poder femenino, pero un poder siempre ligado a lo emotivo, a la administración del hogar desde lo que él provee, a la intersección padre e hijos/as. La esposa pretenderá que el hombre redefine el vínculo con su madre;

el no hacerlo y cederle mayor poder será causal de relaciones conflictivas entre ambas mujeres y entre estas y el hombre, quien se verá debatiendo entre su papel de esposo y el de hijo.

El caso de Eduardo es distinto: su familia y la de su esposa se conocían desde largo tiempo, de hecho “*crecieron juntos*”. Sin embargo, no hubo relación realmente cercana hasta que se produjo el noviazgo y una y otro empezaron a entrar en sus respectivas familias de origen; la novia y futura esposa logró “*simpatizar*” en la familia, al decir de Eduardo, por ser “*llevadera y dócil*”. La acogida de la esposa fue absoluta por línea de la madre y la abuela, que para ese entonces convivía con el personaje. Estando así la relación, toda intervención de ambas en los conflictos de pareja estuvo orientada por lazos de sororidad. De modo que, formalizar una unión puede llegar a involucrar no solo al hombre sino que también a su red de relaciones familiares y sociales. En el caso de Eduardo, la nuera fue recibida como “*como una hija*” y no fue “*vista como rival*”.

Sin embargo, para estos hombres narradores establecerse con una pareja no resultó suficiente: unirse a una mujer les suponía conformar una familia de reproducción, tendrían entonces que hacerse padres. En este sentido, y atendiendo las innovaciones que consiguen, puede verse que la paternidad es una experiencia transformadora y esperada; la expectativa es tal que, incluso se da por sentado, antes de ser padres, que lo serían a futuro. Ante esto Fidel dice que “*si hoy hijo eres, mañana padres serás*”.

### **Cuando ya no solo se es hombre: el tránsito hacia la paternidad**

Según Fuller, la paternidad es una dimensión fundamental de la vida de los varones cuya práctica asume muchas manifestaciones de acuerdo con “factores relacionados al momento del ciclo vital, el tipo de estructura familiar, las condiciones materiales y las culturas regionales” (Citada por Cruzat y Aracena: 48). La paternidad es uno de los pasos fundamentales del tránsito de la juventud a la adultez, uno de los desafíos que debe superar (Olavarría 1999; Olavarría & Parrini 1999; citados por Cruzat y Aracena).

La paternidad se erige para los hombres del estudio como destino: en todos ellos no se da cabida a la duda, ni se somete a discusión, tal vez porque aún este hecho reafirma la hombría. Algo que resulta transformador en ellos y en estas circunstancias, es el hecho de que este evento es un asunto cargado de reflexión. Se reflexiona sobre cómo va a ser asumido este nuevo rol, “si están preparados o no”, cuántos hijos tener, en qué momentos tenerlos, etc. El ejercicio de planear también es su asunto: esto deja de ser una responsabilidad exclusiva de las mujeres.

La paternidad aparece como un *hito* en la vida de los personajes estudiados, ya que implica dos retos: por un lado, el contexto económico en el que tendrá lugar el nacimiento de los/as hijos/as y, por el otro, trascender la mera responsabilidad económica. De este modo, en la intención de ser padre se encuentra el propósito de resarcir al hijo que fueron. Siempre fue claro para estos hombres que serían padres, pero con la misma claridad aparece su intención de ser padres diferentes. Lo anterior supone, además, el reto de hacer un tránsito: dejar de ser hombres que solo respondían por sí mismos, a ser hombres que deben atender las demandas de otro/a otro que aparece, de modo inicial, como un ser indefenso y totalmente dependiente. La paternidad logra ser un hito, en tanto los padres sienten que hacen ruptura con una forma de vida anterior: de la juventud se pasa a la adultez, de una vida de irresponsabilidad se pasa a una vida de responsabilidad, de una vida de libertades a una vida que supone moderaciones e incluso prohibiciones.

Pensar en la paternidad es pensar en que “*ya no se es el soltero de antes*”, como anota Sadid, “*dejar de comerse un plátano para comerse medio*”, como anota Jorge, o “*pasar del mal al bien*” como asegura Fidel. Entonces, parecería que estos hombres, al convertirse en padres, obtienen ganancias y pérdidas al mismo tiempo. De igual modo, el nacimiento de un hijo o de una hija hace que estos hombres se preocupen por las condiciones en las cuales se encuentran.

Sadid, por ejemplo, manifestaba su convicción de que los hijos ya no nacen con “*su pan debajo del brazo*”, tal como afirmaba la creencia

popular. De manera que una de las preocupaciones e incertidumbres que se le aparecen a los hombres al momento de hacerse padres es el contexto socioeconómico en el que tendrá lugar el nacimiento de los/as hijos/as. Es necesario pensar que este contexto condiciona también el número de hijos que se desean tener y las demandas materiales que a estos se les ha de atender. Lo anterior debido a que, como lo plantea Puyana, “se calcula el costo que un nuevo ser trae al hogar y los servicios que requiere para su desarrollo productivo” (2003: 31).

En la actualidad, la mayor preocupación económica de los padres no se instala en la alimentación con normas tradicionales. Al igual que en Cali, en Cartagena gana importancia la preocupación por la nutrición, la cual es asumida como un espacio de encuentros familiares y no como la repartición –muchas veces subordinada– de la asignación de los roles de quién prepara los alimentos y quién los paga (Maldonado y Micolta 2003:199). Este es un fenómeno que ocurre con más frecuencia entre las familias del grupo A.

La educación tanto para los padres del grupo B como para los del A, se ha convertido en un camino para la satisfacción de necesidades personales que se proyectan en los hijos e hijas, a través de los logros que alcancen a futuro y la posición que logren ocupar en el mundo social. La intención de los narradores participantes del estudio no es la de ser reproducidos sino “*superados*”; dicha superación se encuentra determinada por las posibilidades de ascenso social que alcancen sus hijos e hijas a través de la educación en niveles secundarios y universitarios.

Los padres del grupo B muestran en sus relatos una paternidad cargada de sacrificios; constantemente hablan de esfuerzos para “*sacar a sus hijos adelante*”, y sienten que, para los padres de su grupo social, este propósito supone no pocas dificultades. Así mismo, un padre que debió renunciar a su proyecto educativo por las limitaciones económicas, tendrá mayores motivaciones para apoyar en los hijos un proyecto distinto, sustentado en la formación académica extendida a niveles superiores como garantía del éxito.

Este parece ser el caso de Jorge, quien deseaba ser ingeniero y no pudo conseguirlo por sus limitaciones económicas; ahora, como padre, se propone hacer todos los esfuerzos necesarios para que sus hijos culminen su proyecto profesional. Entonces, ¿podría asegurarse que no solo las mujeres se sacrifican? O mejor, ¿por qué todavía no se piensa en los hijos más allá de los “sacrificios” o las pérdidas? ¿Acaso el contexto no ofrece las suficientes garantías para pensar de otra forma? ¿Se trata de un avance que, por lo menos las mujeres de estos hombres, no sean las únicas *sacrificadas*? Los padres de este estudio no están de acuerdo con el trabajo infantil, no es su intención hacer a sus hijos parte de sus actividades económicas ni de la economía familiar: ellos no buscan ser “reproducidos” sino “superados”, no educarán para la subordinación sino para ascender y “ser importantes”. Desde este propósito, las actividades educativas—como asunto que deben atender los/as hijos/as— tendrán un lugar privilegiado, serán prioritarias. Los padres esperan aquel momento en que sus hijos, vueltos profesionales, les ofrezcan reconocimiento por los logros, al sentirse parte de su consecución. De manera que “*en este anhelo adquiere sentido todo sacrificio*”.

Los padres del grupo A no anuncian preocupaciones económicas con la llegada de los primeros hijos; en ellos las presiones económicas se anuncian superado el primogénito, cuando los gastos se muestran en aumento y los placeres y lujos se ven necesariamente recortados. Para Sadid su segunda hija representó el aumento de los gastos y cambiar algunos proyectos familiares. Eduardo, habiendo decidido que su esposa dejara de trabajar por una comodidad económica sustentada en su proveeduría, ve volcada su situación con el nacimiento de su tercer hijo, con lo cual su esposa tuvo que volver a trabajar para ayudar en el sostenimiento de la economía familiar. Así mismo, los paseos de antaño fuera del país dejaron de ser parte de la cotidianidad familiar los fines de año. La paternidad enfrentó a estos hombres con el reto de responder por otros/as, por lo cual se empezó a pensar concienzudamente por cuántas otras personas se deseaba responder.

El inicio de la paternidad y su transcurso les imponen prohibiciones, moderaciones, posponer placeres, en tanto los hijos empiezan a posicionarse como prioridad y esta prioridad tiene unas implicaciones

materiales –más costosas quizá– que en el tiempo de sus propias infancias. La responsabilidad económica que los/as hijo/as suponen se agudiza por algunas condiciones contextuales, entre ellas el creciente “consumismo” y las formas diferentes que se ofrecen para resolver necesidades, las cuales, en ocasiones, llegan a imponerse como normas, reemplazando otras formas culturales de resolverlas de antaño. Al consumismo debe añadirse el familismo latinoamericano, el cual otorga a las familias una serie de responsabilidades.

En relación a este último aspecto, Guell muestra que “investigaciones recientes indican que la individualización y la desregulación han provocado en los últimos años un aumento en la demanda social a la familia” (Citado por Sunkel 2006: 9). Además, Guillermo Sunkel, plantea que:

A la inversa de lo que plantea la teoría de la modernización, esta perspectiva -desarrollada en algunos informes recientes del PNUD- sostiene que la familia estaría operando como “amortiguador” o “fusible” de la modernización asumiendo responsabilidades que antaño asumía el Estado. “Hoy día se vuelve a insistir que para superar el problema de la droga y la delincuencia la clave y responsabilidad básica radica en la familia. Es, sin duda, bueno que la familia asuma mayores responsabilidades en este campo, pero ¿la sociedad le otorga recursos para el ejercicio de estas responsabilidades?” (Guell 1999: 7). La hipótesis es que mientras por una parte surgen nuevas demandas de la sociedad hacia la familia, esta no cuenta con nuevos recursos para enfrentarlas, lo que genera tensiones e incertidumbre al interior de ella. (9)

En este contexto, para el padre –tal como ha sido mostrado en capítulos anteriores–, el papel de único proveedor económico empieza a quebrantarse; bajo este panorama, el padre deja de ser el único a quien los hijos deban el agradecimiento por facilitar el acceso material a la educación y atender otras tantas demandas; él deberá compartir el reconocimiento con la figura materna que empieza a participar de la proveeduría familiar.

## **Cuando el padre se pregunta cómo ser padre, también se reflexiona como hombre**

Cuando Sadid se enfrentó al nacimiento de su primera hija, la paternidad se le apareció como una experiencia retardadora que le generó una serie de temores. Por un lado, intentaba convencerse así mismo que “*ya no era el soltero de antes*” y, por otro, le rondaba la pregunta por el “*¿cómo me comporto yo como padre?*”. Al respecto, Sadid se propuso realizar una serie de lecturas a fin de “*conocer el tratamiento de los niños*”. Pues, al decir de Norbet Elías, “los niños representan individualmente con mucha frecuencia todo un misterio para los padres, pues en cierta medida tienen que ser descubiertos por ellos” (1998: 409).

Los interrogantes planteados por Sadid bien pueden provocar la reflexión sobre dos cuestiones: primero, y siguiendo los planteamientos de Ivonne Knibiehler, la pregunta por cómo ser padre es también la pregunta por cómo ser hombre (1997: 135); segundo, dichos interrogantes ponen la figura paterna de su familia de origen como un modelo que no logra ofrecer respuestas para el ejercicio paterno.

En una y otra cuestión puede pensarse que algunos modelos en relación al deber ser del hombre y del padre empiezan a ser cuestionados. Pero, la pregunta sobre el modo de comportarse como *padre*, da a entender que la paternidad no se agota en la función de proveeduría; al ser insuficientes los modelos paternos, estos hombres rompen con el modelo de padre autoritario, distante, portador del poder y controlador de las voluntades de los miembros de su familia. A este respecto, Mara Viveros anota que “uno de los grandes desafíos al que se enfrentan los padres contemporáneos es el de construir un sentido propio de la paternidad, experimentando las dificultades de no poder apoyarse en un modelo paterno predefinido” (2002: 242). Pensarse desde funciones, relaciones y escenarios diferentes permite replantear no solo la función paterna sino el ser *hombre*.

La pregunta por la paternidad hace que los hombres lean, que se fijan en otras experiencias familiares, buscando en otros lugares y modelos respuestas que, los repasos sobre su propio padre, no logran solucionar por completo. Las formas de crianza y la formación ofrecida

por los padres a sus hijos dependen de la visión que ellos mismos tienen de la infancia. Así, entra en juego su propia historia, las experiencias de amor y desamor con sus progenitores, y entrarán en escena para reproducirla o para innovarla, buscando resarcir un hijo dolido. Por supuesto, esa visión estará mediatizada por los discursos sociales en boga en torno a los hijo/as, niños/as, la infancia, tal como se mostró en capítulos anteriores.

En este orden de ideas, Puyana y Barreto anotan que:

Los contenidos y actitudes de los socializadores se han movido en torno a variadas tendencias: unos consideraban a los niños y niñas como seres con inclinaciones perversas y por ende los socializadores debían ser estrictos y autoritarios. Por el contrario, otros, a partir de filósofos liberales conciben al niño como tendiente al bien y por tanto el papel del educador debe volcarse a orientar esas tendencias naturales. (Badinter, Barreto y Puyana citadas por Puyana 2000: 26)

Sin pretender afirmar que la innovación paterna tenga tendencia a reafirmarse desde la segunda posición, es posible encontrar en los hombres estudiados la concepción del hijo como portadores de derechos, lo que bien puede estar atravesado por los nuevos discursos a favor del bienestar infantil y juvenil. A menudo el descubrimiento que los padres deben hacer de sus hijos –tal como lo anota Norbert Elías–, no se limita a un progreso del conocimiento de la infancia y la comprensión de ellos. Se trata de algo más. Tal vez se lo podría identificar como la necesidad que tienen los niños de vivir su propia vida, una manera de vivir que en muchos sentidos es distinta del modo de vida de los adultos, no obstante su interdependencia con ellos. “Descubrir a los niños significa, en última instancia, darse cuenta de su relativa autonomía” (1998: 410).

En este sentido, Maldonado y Micolta plantean que presenciamos una época en la cual “los niños son pensados como seres humanos con derechos y necesidades individuales, se respetan sus diferencias por personalidad y edad, se distinguen las diferencias por sexo y se busca la igualdad y la equidad entre ellos” (Maldonado y Micolta: 221).

El padre deja de ser visto como portador de la razón y la capacidad de razonar que, negada al niño/a, justifica su sujeción; éste empieza a hacer esfuerzos por escuchar, preguntar y, además, procura fomentar el criterio, la creatividad, la autodeterminación y la capacidad de tomar decisiones, con no pocas tensiones. Desde esta perspectiva, los padres se ven en la necesidad de someter a reflexión las formas de orientar, se preguntarán por el ejercicio de la autoridad y se pondrán en el lugar de los hijos, en tanto sus formas de crianza y formación no se sustentan en el dolor ni el sufrimiento, sino que procuran que los hijos se críen en un ambiente que les ofrezca seguridad, confianza y felicidad.

De hecho, Susana Narotzky muestra que los jóvenes –y podría agregarse que los niños/as y adolescentes– no son sólo “receptores pasivos de una construcción de la paternidad que se haría sobre ellos pero sin ellos”, puesto que “los jóvenes también participan en la construcción y consolidación de ciertos atributos paternos” y “muchas veces escogen potenciar una determinada relación paternal sobre otras” (1997: 213). Cuando el hijo se empieza a reconocer del modo en que ha sido demostrado, se le empieza a dar la posibilidad de participar en la construcción de la paternidad; es más, en estas circunstancias, el padre no solo busca orientar sino que se deja orientar por el propio hijo: al apoyarse en múltiples recursos, el padre comienza a ver a sus propios hijos/as como unos de esos recursos. Así, Lascario muestra que, constantemente, procura conocer, a sus hijos, sus demandas y sentires para orientar su acción conforme a ello.

### **Cuando la autoridad no se gana con el dinero que se trae a casa**

Fidel, por ejemplo, se interroga por el ejercicio de su autoridad; esto, queriendo ser cuidadoso, procurando que su hija no “se *resienta* y no se *ofenda*”. Por su parte, Lascario, cada vez que se enfrenta a situaciones en las que debe ejercer su autoridad, se toma algún tiempo reflexionado “*cómo actuarán mis hijas*”. Estos dos ejemplos permiten observar cómo el padre deja de verse a sí mismo como omnipotente; ahora piensa en el otro –hijo o hija–, tratando de no “*herir*”, y por ello reflexiona sobre las consecuencias. No se trata de una actuación pre-establecida por las

normas condicionadas desde fuera: es, definitivamente, otra forma de relacionarse más humana, menos instrumental.

La figura paterna concebida desde una posición de poder –que solo debe ser obedecida y que establece distancias con los hijos– se resignifica para configurarse desde los lazos de amistad; ahora, el padre busca ser asumido como un amigo y como tal hace esfuerzos para generar confianza y no poner dichos lazos en riesgo. Por ello, Fidel insiste en que “*hay que hacer del hijo un amigo y no un enemigo al que hay que tenerle miedo*”. Esas relaciones de amistad no son únicamente de carácter homosocial: ya el padre no solo piensa en estrechar lazos con el hijo, mientras que a la madre le correspondería hacerlo con la hija. No obstante, Fidel –quien es insistente en el tema de la amistad– tiene una hija y sigue considerando el tema de la sexualidad femenina como un territorio complicado que la madre debe atender. Se ve, entonces, que estos padres trabajan por construir nuevas cercanías a la par que de-construyen las antiguas lejanías; son padres que definen a un mal padre como aquel que intenta “*reproducir en los hijos las imágenes de ellos mismos*”, como lo anota Javier.

### **Cuando el modelo de mujer se transforma: el caso de Lascario**

“Se percibe un cambio del paradigma patriarcal... Sin embargo, un género avanza con más celeridad, el femenino, mientras el otro, el masculino oscila en expectante adecuación”. La anterior afirmación, realizada por Virginia Gutiérrez de Pineda y retomada por Yolanda Puyana Villamizar (2003:37), es la entrada perfecta para darle paso a la historia de Lascario. Se trata de un hombre y padre del grupo A, quien conformó, durante su primera unión, una familia nuclear organizada desde las lógicas de los opuestos complementarios; este modelo, en determinados momentos y retomando las palabras de Rafael Montesinos (2002), le otorgaron una “armoniosa complementariedad”.

La forma de organización familiar basada en la “complementariedad” trae –tanto para la mujer como para el hombre– comodidades y responsabilidades, cargas y tranquilidades, inclusiones y exclusiones, en tanto que el padre no asume el conjunto de funciones que supone la

organización familiar, como tampoco lo hace la madre: ambos asumen una parte de ese conjunto tras repartirse unas funciones, cuyo criterio de repartición se encuentra sustentado en la naturalización de roles, dejando un lugar muy estrecho a la movilización de los mismos.

La esposa de Lascario no participaba de la proveeduría y no tenía ningún tipo de acercamiento propio al mercado del trabajo remunerado. De hecho, desde las lógicas de la complementariedad, la mujer tiene pocas posibilidades de participar en esta función, más aún si el hombre se siente totalmente “capaz” de asumir el cuidado material de los miembros del grupo familiar; a la mujer parece no corresponderle otra cosa que reproducir la fuerza de trabajo y su espacio es esencialmente el espacio privado, en donde se posiciona como madre. A este respecto, Virginia Gutiérrez de Pineda anota que:

El conjunto de cualidades (adscritas, inherentes y adquiridas), adjudicadas a un género en cada momento, le sirven de marco identificador y le permiten la entrada al sistema culturo-social. La carencia total en un área dada, significa la imposibilidad de estar presente y activamente en ella. No es proveedora la mujer, porque carece del perfil cualitativo que la habilita para ello; no atiende el hombre los menesteres de socialización temprana y crianza porque le exige una dotación de la que carece. (1999: 158)

Sin embargo, el hombre no es totalmente ajeno al espacio “privado” del hogar y la casa; necesariamente, transitará por él, aunque desde allí se encuentre reproduciendo relaciones de poder y subordinación, en donde la mujer le sirve y él se deja atender. De algún modo las vidas de los hombres se encuentran articuladas desde la familia y a ella llegarán, de modo que, si bien el referente privilegiado para la construcción de la masculinidad hegemónica es el espacio público, el espacio familiar también aporta a esta construcción; por ello se insiste en la formalización de la unión, en la cual se pretende consolidar el posicionamiento del hombre como portador del poder<sup>31</sup>. Bachelard manifiesta que:

---

<sup>31</sup> Entiéndase esto desde una masculinidad que se construye en oposición a lo femenino mientras reproduce relaciones de poder y subordinación.

Todo espacio realmente habitado contiene la esencia del concepto de hogar, porque allí se unen la memoria y la imaginación, para intensificarse mutuamente. El terreno de los valores forman una comunidad de memoria e imagen, de tal modo que la casa no sólo se experimenta a diario, al ensartar una narración o al contar nuestra propia historia, sino que, a través de los sueños, los lugares que habitamos se impregnan y conservan los tesoros del pasado. Así pues, la casa representa una de las principales formas de integración de los pensamientos, los recuerdos y los sueños de la humanidad... Sin ella el hombre sería un ser disperso. (Citado por McDowell 2000: 112)

Históricamente, mientras se ha mantenido el modelo de la complementariedad, la mujer solo se relaciona con el espacio de lo privado: el hombre entra y sale, mientras la mujer entra y poco sale. En ese entrar, el hombre ve la casa como un lugar de descanso, tranquilidad, aparecerá, retomando las palabras McDowell, con una especie de “reificación espiritual como ámbito de seguridad y descanso del cruel mundo del trabajo” (114). Al permanecer en dicho espacio, solo pretende ser atendido; este era el caso de Lascario durante su primera unión.

Su esposa, en determinado momento de la vida familiar—quizá por el nacimiento de los hijos o quizá, retomando lo anotado por McDowell, “sintiendo la realidad del trabajo doméstico, su tediosa repetición y la dureza del esfuerzo” que requería cuidar la casa y criar a los hijos (114)—, solía demandarle colaboración en las actividades domésticas cuando él abandonaba el espacio de lo público y se instalaba en el espacio del hogar—en el cual esperaba encontrar reposo y tranquilidad, un espacio propicio para continuar con las tareas que le suponía su proyecto académico de postgraduado—. Esta demanda no era bien recibida por Lascario, quien, dada la naturalización de roles, consideraba estas tareas como “propias” de su esposa; de modo que, habiendo vivido en el día su propio agotamiento fuera de la casa, esperaba que la mujer viviera el que le correspondía dentro de ella. En este sentido, el hombre le exige a la mujer que asuma las funciones que suponen el cuidado del hogar, en tanto que él asume la función de proveeduría y con el

convencimiento de que en esta función no recibe colaboración de su pareja, por lo cual ella no debe solicitar colaboración para las tareas que le corresponden, con lo cual se genera un ambiente en el cual cada quien se responsabiliza de *lo suyo*.

Por otra parte, Lascario era un hombre con pregrado en química que tenía un proyecto académico profesional ya establecido; terminado su pregrado decididamente inició sus estudios de postgrado, cuando ya se encontraba casado y con hijos. Su esposa era una mujer que había anclado su vida a su rol de esposa y madre, mientras que Lascario se mostraba cada vez más comprometido en su avance educativo y profesional; esto empezó a marcar diferencias. Él veía como importante una homogenización profesional que, en palabras de Mara Viveros, “le permitiera hacer compatible sus intereses y necesidades personales en el transcurso de la vida conyugal y/o familiar” (Viveros 2001: 106). Su esposa no podría ser su par y, de hecho, Lascario ya no se sentía tan satisfecho con una mujer que solo se dedicaba a complementarlo. Así, dejó de querer a una mujer que se pensaba solo únicamente para lo doméstico, y comenzó a desear una mujer con la cual podría relacionarse más allá de las ligazones ofrecidas por las tareas del hogar y el cuidado de los hijos. La situación alcanzó al punto en que Lascario veía en su pareja a una mujer carente de proyectos y completamente diferente a sí mismo, por lo cual, si continuaba en la diferencia complementaria, no encontraría posibilidades de realización como pareja y como familia. Él lo relata de esta forma:

Sucedió que nosotros teníamos metas muy diferentes, mientras que yo quería estudiar y hacer estudios, prepararme profesionalmente... Ella más bien estaba dedicada a las labores del hogar y eso implicaba que cuando yo llegaba después de estudiar y estarme preparando para un examen, entonces tenía que llegar a ayudarle en unas labores que eran propias de ella, eso fue desgastando la relación como cuando un músculo crece de la pareja y el otro se queda del mismo tamaño, entonces en realidad para que las parejas crezcan juntas deben realizar acciones comunes... Actividades que los dos tengan con que identificarse plenamente, en mi caso en el momento mi meta era estudiar y especializarme.

Por ello, Lascario buscó una nueva unión, con el interés por una relación de pareja que no se agotara con el nacimiento, crianza y cuidado de los hijos, queriendo trascender la relación padre-madre para lograr una relación hombre-mujer, con proyectos y aspiraciones por compartir, en la cual la reproducción no fuese lo único capaz de propiciar encuentros entre la pareja. Cuando hace ruptura con la primera unión, Lascario lleva a sus hijos con él, considerando que tiene la capacidad económica necesaria para cuidarlos materialmente; en vista que su esposa no se encontraba ubicada laboralmente y no se sentía preparada para llevarse a los hijos con ella, se produce entonces un acuerdo mutuo en donde la decisión por *el quién se queda con los niños* se encontró determinada por un factor económico.

Lascario, quien había hecho una vida laboral remunerada, encuentra precisamente en este tipo de escenario un reencuentro con una antigua novia con la cual había terminado la relación por razones de formación profesional en ciudades diferentes y por otras motivaciones que no se dejan asomar claramente en el relato. El lugar de trabajo se va convirtiendo en un espacio de encuentro amoroso que ofrece a los hombres la posibilidad de encontrarse con mujeres que tienen su proyecto profesional y con cierta autonomía económica; son espacios en los cuales resulta posible encontrarse desde la paridad y los elementos comunes. Con la participación de las mujeres en el mercado del trabajo, el espacio laboral se convierte cada vez más en un escenario relacional entre hombres y mujeres que propicia los encuentros afectivos; además del barrio o edificio, las fiestas u otros escenarios en los cuales la mujer no lograba ser reconocida en su dimensión pública/productiva, este nuevo espacio ofrece posibilidades de resignificar y desnaturalizar a la mujer como únicamente ligada al espacio doméstico.

En el trabajo Lascario se reencuentra con la que en la actualidad es su segunda esposa; en sus palabras, este reencuentro significó para él *“descubrir que teníamos metas comunes, que intelectualmente podíamos sostener una conversación y que ya fuera del ámbito intelectual éramos muy amigos y es lo más coincidente que al encontrarme con mi primera novia fui desprendiéndome de los años que ya tenía y fui sintiéndome más joven”*. Esta mujer tenía a su cargo hijos producto de anteriores

relaciones, al igual que Lascario, por lo cual conformaron una familia nuclear poligenética, cuyas características relevantes según Blanca Inés Jiménez, son:

El estar conformadas por dos generaciones, tal como la familia nuclear básica, y el origen diverso de sus integrantes. La generación de los adultos viene, por lo menos uno de ellos, de una unión rota y los hijos son producto de diferentes uniones. Por ello se hace referencia a los tuyos, los míos y los nuestros. Se considera el término de familia nuclear poligenética lo suficientemente genérico para incluir las diferentes formas de organización y funcionamiento familiar. (104)

En este tipo de familias, la relación puede no estar sustentada en intereses de reproducción, considerando que ya se tiene descendencia y reflexionando también el costo económico del número de miembros que integrarían la familia, así que *los nuestros* no se hacen siempre presentes; de hecho, hasta el momento, en la familia de Lascario solo se pueda hablar de los “tuyos” y los “míos”: para hablar de los nuestros se entra no a una categoría biológica sino a una de convivencia, siendo evidente que aún no se han logrado disolver las diferenciaciones en la procedencia de la prole. Un ejemplo de lo anterior es lo siguiente: “*Ella tiene otros hijos de otros matrimonios anteriores y yo ayudo a la educación de esos muchachos aunque no es mi obligación yo siento que es mi obligación moral, y yo tengo también estudiando a los hijos de ella*”.

Esta nueva unión representa para Lascario una serie de transformaciones en su vida: le supone resignificar las formas de vida y organización familiar, las relaciones de pareja, de estar y vivir el espacio doméstico. Aunque desde el momento mismo en que el personaje empieza a no mostrarse conforme con su relación de pareja debe, necesariamente, plantearse unas relaciones hombre-mujer diferentes –dentro y fuera del hogar y en las posiciones que una y otro ocupa dentro de él–, desear otro tipo de relación y conformar una nueva relación, no solo por tratarse de otra mujer, sino porque se trata de una mujer diferente a la anterior unión; en este sentido, el cambio puede entenderse como un cambio en su estilo de vida. En la nueva relación

conformada por este personaje, ambos son profesionales y ambos dedicados a la docencia. Tras compartir las mismas aspiraciones logran construir un centro educativo, que a decir del personaje en cuestión, “*es lo más valioso que tenemos en nuestra vida personal*”.

Llaman la atención los términos con los cuales Lascario describe este proyecto; no es adelantado para obtener el sustento económico del hogar, ni siquiera como un proyecto familiar, sino como un proyecto “personal” refiriéndose a él y a su esposa, obviamente ligado a lo laboral, un territorio que para el modelo de los opuestos complementarios se mostraba poco accesible a la mujer. Para este hombre, la construcción de un proyecto conjunto con su nueva esposa –cuya satisfacción no termina en el mantenimiento material de los hijos–, resulta posible, dado que ella puede responder a tal proyecto, demuestra una clara intención de construirse como pareja y de realizarse personalmente: la docencia es un oficio del cual se encuentran convencidos y que les ofrece posibilidades de realización personal. Para alcanzarla, construyen de manera conjunta el proyecto, mientras mantienen unos referentes comunes, no referidos a personalidades sino a aspiraciones, metas y proyectos, en la forma como la pareja se ve a futuro y logra trascender el espacio doméstico.

Separando la realización personal y de pareja de la relación filial que se mantiene con los hijos, la decisión de hacer ruptura no se pone en cuestión ante el bienestar de los hijos; si la relación empieza a no funcionar, si no se encuentra satisfacción en ella, esto será suficiente motivo para darle fin sin ser los hijos el lazo indestructible. Es preciso aclarar que, en Lascario, el *hito* no es tanto la separación como la conformación de esta nueva unión, lo cual impulsa una serie de cambios en su subjetividad masculina. A este hombre se le presenta la posibilidad de construir un proyecto en conjunto con su nueva pareja, el cual integra a la mujer en sus planes laborales, una mujer que no se esfuerza por complementarlo sino que le influenciará en el desarrollo de nuevas transformaciones; con ello, la armonía del hogar conformado no estará sustentado en el encuentro de la media naranja, sino en la capacidad de asumir de manera conjunta las responsabilidades que

supone su sostenimiento y su desarrollo, mientras se promueve el pleno goce de los derechos de sus integrantes.

Del Lascario convencido que su lugar en el mundo sólo correspondía al mundo laboral y académico-profesional, ya no queda nada: ahora, junto a su pareja, cocina y asume las demás labores domésticas. Su vida cotidiana cambió, y ahora un día normal en su vida consiste, en sus palabras, en:

*Levantarme a las cuatro [a.m.]. Inmediatamente realizamos actividades de desayuno, nosotros mismos preparamos el desayuno de acuerdo a un régimen nutricional que tenemos, nos preparamos algo de clase, leemos la prensa porque tenemos una suscripción al periódico, leemos y cuando son las siete de la mañana ya todos hemos desayunado y todos nos dirigimos a trabajar, como coincidimos en el mismo sitio de trabajo a pesar de que estamos en el mismo lugar cada uno realiza sus actividades [...] Si hay que arreglar la zapatera ellos [los hijos] también ayudan a arreglarla, pase el trapero que esto está sucio, si hay que recoger la ropa los niños recogen la ropa y nosotros la llevamos al canasto y para lavar nosotros la metemos en la máquina y cuando se seca entonces los niños la llevan al sitio donde descansa la ropa y para plancharla, sí la plancha una señora.*

Ciertamente, como bien anota Rafael Montesinos, “no puede ponerse en duda la capacidad reflexiva de las mujeres para crear unas relaciones más igualitarias y placenteras” (2002: 188), las cuales les permitan a los hombres avanzar hacia la construcción de una nueva identidad masculina, que” ponga fin a una *desigualdad armoniosa* que, con el tiempo, se tornó dolorosa y caracterizó una sociedad capitalista tradicional y conservadora” (188). Este personaje empieza a hacer parte de las labores domésticas, y se muestra en su relato muy complacido con la vida que lleva: parece sentirse, sino realizado, cercano a una vida integral. En este sentido, participar de estas labores hace parte de su cotidianidad, pero no es lo único que lo mantiene unido a su esposa; otros encuentros y otras apuestas, si bien favorecen el espacio familiar, ofrecen satisfacciones desde lo personal y para el dúo amoroso.

En la vida que lleva, Lascario encuentra sentido a su relación de pareja, lo cual no ocurría en su anterior unión. Es posible encontrar, a través de este narrador, la intención de conformar relaciones diferentes, con mujeres diferentes, lo que supone cambios en la construcción de las identidades masculinas y las posiciones que hombres y mujeres asumen dentro del hogar, lo cual ya no puede manejarse desde las lógicas de los opuestos complementarios. Los escenarios laborales, como espacios que posibilitan el encuentro entre hombres y mujeres desde lo público/remunerado, permiten reconocer a las mujeres en sus distintos escenarios de desenvolvimiento y permite resignificarlas dentro y fuera del hogar; esto supone, efectivamente, también una resignificación de los hombres.

### **El desprendimiento de la familia de origen y el inicio de la nuclearización**

Si Lascario experimentó la separación con una anterior unión, Eduardo viviría otro tipo de separación que, igualmente, le generaría cambios: la separación de la familia de origen. Desde que Eduardo hace remembranza de su infancia el padre aparece con fuerza, pese a las ausencias ocasionadas por las ocupaciones laborales y los compromisos sociales; el padre es un personaje importante en su vida: Eduardo mantiene con él fuertes identificaciones y elementos comunes. Comparten la misma profesión, se vieron envueltos en el rol de estudiante-profesor en su proceso de formación, luego fueron colegas y compañeros de trabajo y hoy, finalmente, además de padre e hijo, son vecinos.

Convertirse en vecino de los propios padres puede ser un hecho que para cualquier persona –sobre todo si no pertenece a esta cultura– puede ser cotidiano y llevarse sin mayor traumatismo; sin embargo, a Eduardo le significó el desarrollo de profundas transformaciones personales y familiares. Este personaje vivió su infancia, adolescencia y juventud en medio de unas redes familiares –como parte de su familia extensa–, que aún hoy no llegan a desaparecer por completo. Eduardo es un hombre contemporáneo sometido a las demandas de una ciudad que intenta modernizarse, en la cual la nuclearidad de la familia es uno

de los síntomas de este proceso. En el caso de este personaje narrador, la nuclearidad corre el riesgo de volverse, en ocasiones, un espejismo, como en determinado momento lo plantearon Mosquera (1994), Cabrales (1999) y Morad y Bonilla (2003) para la ciudad de Cartagena, por cuanto los lazos familiares están continuamente en movimiento, haciéndose siempre presente las ayudas mutuas. Es necesario precisar que tales planteamientos, en este estudio, que trabaja desde seis relatos de vida, solo cobran fuerza en el personaje en cuestión.

Cuando Eduardo formalizó la unión con su actual esposa, manifestó encontrarse en condiciones económicas satisfactorias para asumir la conformación de una familia, hallándose él y su compañera ubicados laboralmente. Pese a ese contexto de comodidad económica y al unirse formalmente, la pareja no toma la decisión de hacer nido aparte y nuclearizarse, sino que conforma una familia extensa, decididos a vivir en el mismo lugar de residencia de la familia de Eduardo. En su relato, la familia aparece caracterizada como *unida*, como un núcleo con el cual su esposa logra establecer relaciones amistosas; estos hechos se convirtieron en *motivos* para la determinación asumida. El padre y la madre de Eduardo vieron nacer y crecer a los dos primeros hijos de este personaje, primogénitos para los padres y los primeros nietos para los padres de Eduardo; esto hizo que abuelos y nietos establecieran fuertes lazos de afectividad, tal como lo sintiera Eduardo con sus propios abuelos, ya que había crecido en una familia extensa.

Sin embargo, antes de nacer el tercer hijo de Eduardo, él y su esposa deciden decirle adiós a la familia de origen, a los padres y los abuelos, para conformar un arreglo familiar de sólo padre, madre e hijos; esta decisión resultó dolorosa para la pareja y aún más para los padres. Eduardo describe esta situación como traumática:

*Ellos quieren mucho a mi esposa y tiene una relación muy buena, ellos la ven como una hija también pero se presentó algún trauma que fue pasajero, que era normal que sucediera, cuando ha habido una relación tan íntima; cuando todas las cosas buenas y malas la compartimos en una sola casa en el momento de separarnos hubo algún trauma inicial, pero después seguimos igual en el camino y*

*aquí estamos otra vez viviendo en el mismo edificio, estamos juntos pero no revueltos, seguimos siendo dos, una familia unida.*

Se produce un cambio residencial que redefine los relacionamientos con el grupo familiar de origen. Sin embargo, los lazos de unión contruidos en medio de la familia extensa, hacen que rápidamente la nueva residencia se establezca en el mismo edificio en donde viven los padres de Eduardo. En este sentido, luego de compartir la misma vivienda con su familia, pasan a ser vecinos, lo que les posibilita mantener relaciones cercanas pero redefinidas, de modo que la vida vuelve a ser igual. Mudarse de residencia supone adquirir unas cargas adicionales, en donde la nuclearidad supone asumir la autonomía, la organización y las funciones del hogar sin acudir redundantemente al apoyo de la familia de origen; como se le tiene cerca, se acude a ella y esta hace aparición cada vez que se necesite el apoyo afectivo y material del que habla Mosquera (1994), aunque se intentará que no sea con la misma frecuencia de antes.

La pareja llega a considerar la importancia de conformar un grupo familiar, en donde la residencia propia sea representada como parte de la consolidación familiar, como un espacio donde la toma de decisiones compete a la pareja y, con la democratización familiar, a los hijos. Habitar una unidad residencial cercana a la de sus padres permite mantener la cercanía padre-madre-hijos, abuelo-abuela-nietos, pero en la toma de decisiones, en las funciones y decisiones, participa un número reducido de actores: solo los que habitan la residencia y conforman la familia nuclear.

A la familia de Eduardo le resulta dolorosa la separación, pues él es el hijo mayor y un personaje que se había convertido en referente para la toma de decisiones; él siempre estaba presente en las situaciones problemáticas de los hermanos y se había ido consolidado como el personaje masculino más importante en el grupo familiar luego del padre, hasta el punto de llegar a constituirse como el referente para la formación de los hijos hombres. Si bien, participar de estas decisiones e involucrarse en los problemas de los hermanos logra en ocasiones alcanzarlo hasta su nueva residencia, pero procura ya no involucrarse

“tanto”. La separación lo convence que así como tiene vivienda propia, tiene problemas propios y situaciones que resolver, de modo que el hombre va separando su vida de la de la familia de origen, se va haciendo sus propias responsabilidades y sus propias cargas. Ser propietario, pero sobre todo propietario de una vivienda, también tiene su carga cultural: este hecho asigna poderes y garantías.

Irse a vivir “solos” les supuso reorganizar la vida familiar, redefinir funciones y posiciones al interior del nuevo hogar. En este sentido, habiéndoles facilitado la familia extensa la cooproveduría y la inserción de la mujer al mercado de trabajo, haciendo los abuelos las veces de cuidadores, con el modelo nuclear se redefinieron funciones al interior del hogar, las cuales no siempre atendieron a principios de equidad y mucho menos de igualdad. Eduardo era un hombre con una estabilidad económica y consideró que económicamente se encontraba lo suficientemente consolidado como para asumir en solitario la función de proveeduría, acordando con la madre su renuncia al mundo laboral para vincularse de tiempo completo al mundo del hogar, un hogar que Eduardo sostendría materialmente. En el relato, Eduardo no deja ver con claridad, porque si ambos se encontraban laborando y económicamente no presentaban demasiadas angustias, no decidieron acceder al mercado de los servicios y contratar una persona que asumiera las tareas de reproducción al interior del hogar y el cuidado de los hijos, lo cual aparece en la actualidad como una opción para las parejas de doble carrera.

Lo cierto es que, atendiendo más a construcciones culturales, se distribuyeron las funciones llegando a una repartición diferencial y complementaria. Muchas veces estos acuerdos no suponen mucho conflicto, habiéndose naturalizado los roles y ante la “necesidad” que alguno de los cónyuges abandone el mundo del trabajo, casi se da por sentado que debe ser la mujer quien presente y/o acepte la renuncia por las dotaciones naturales que supuestamente posee para hacerse cargo del cuidado de la casa y de los hijos; entonces se considera apropiado que el hombre continúe con su vida laboral. No obstante, parece que esta vida laboral pierde naturalización como un espacio exclusivo para el hombre, porque ya la mujer ha participado de esa vida y ha demostrado

que es capaz; en ocasiones resulta más difícil desnaturalizar las labores domésticas y precisamente por ello se perpetúa la doble jornada. Por no ser este el tema central de las discusiones involucradas en el estudio, no resulta posible profundizar en las ideas identificadas.

Dado que la esposa de Eduardo trabajaba, se utiliza el argumento de sus *disposiciones naturales* para asumir las labores del hogar; como si esto no fuese suficiente, se refuerza la decisión de su renuncia añadiendo las condiciones diferenciales en que hombres y mujeres ingresan a ese mundo del trabajo, por lo que se considera más rentable que la mujer renuncie en tanto es menos remunerada que el hombre. Esos fueron los argumentos que acompañaron la renuncia de la esposa de Eduardo al mercado del trabajo. Vivir la nuclearidad desde unas funciones complementarias diferenciales no fue posible hasta que la muerte los separara; las condiciones contextuales no harían posible mantener este tipo de organización. Las cargas económicas se harían cada vez más pesadas, hasta el punto de que Eduardo se vio en la necesidad de reconocer que no era lo suficientemente sólido y autosuficiente para asumirlas por sí solo; por ello, la mujer se vio obligada a regresar al trabajo remunerado.

Dado lo anterior, el mismo contexto les forzaría a comprender que la nuclearidad no necesariamente tiene que sustentarse en lógicas que excluyan y delimiten los territorios; existe un llamado a reorganizar las funciones al interior del hogar propiciando la participación de padre y madre tanto en la proveeduría como en las labores domésticas, el cuidado y la crianza de los hijos. No obstante, el llamado apunta, fundamentalmente, a reorganizar las subordinaciones entre los tipos de trabajo.

### **Cuando muere el referente masculino tradicional: el caso de Javier**

Si las condiciones contextuales pueden impulsar cambios en las posiciones y roles de hombres y mujeres, existen condiciones personales que también pueden hacerlo, tal como ocurrió en la familia de Javier. El padre de Javier fue un hombre a quien le correspondió

trabajar fuertemente: no eran pocas las personas que se encontraban bajo su responsabilidad económica, puesto que tenía bajo su cargo a sus hermanos, que económicamente no habían logrado ser independientes, y su familia de procreación, que además de la esposa y los hijos, se encontraba integrada por una tía, madre de crianza de su esposa.

El padre de Javier administraba una tipografía, un negocio que había manejado antes su padre –el abuelo de Javier– y que ahora se encontraba bajo su administración. Este negocio debía generar ingresos para mantener a dos familias; las preocupaciones que esta situación generaba le correspondían solo a este hombre. La carga y las angustias que le suponían el mantenimiento material de dos grupos familiares, con el tiempo, hicieron de él una persona dura de carácter, rígida y profundamente autoritaria. El padre se consolidó como encarnación de la norma, normas “en exceso rígidas”, delimitadas, dentro y fuera del hogar. Un hombre consolidado ante sus hijos como única figura de autoridad, deja a la madre poco espacio para acceder a esta posición; ella cede todo el poder al padre, quien moldea el comportamiento de los miembros del grupo familiar según sus requerimientos y directrices.

Cuando Javier alcanzaba sus dieciocho años de edad, esta imponente figura de autoridad muere. Muerto el padre, muere la autoridad tal y como la había conocido e incorporado el hijo; quedaba entonces la madre. Esta última no había logrado posicionarse como tal, ya que el padre había acaparado toda la autoridad. Su muerte representa un *hito* en la vida de este personaje, quien se ve enfrentado al conflicto de haber perdido el referente desde donde se organizaba la vida pública y la privada de la familia, enfrentándose a una madre que no sabía qué hacer sin el modelo. La madre bien puede presentarse como una figura más fácil de desconocer e invisibilizar, debido a que no ha dado muestras de actitudes represivas, ni de capacidad de tomar decisiones determinantes. Sin embargo, como bien anota Virginia Gutiérrez de Pineda, “el perfil cualitativo de oposición tajante entre los géneros puede devenir en tipologías múltiples, cuando condiciones personales fuerzan

a un género a satisfacer funciones que culturalmente no les ha sido asignadas pero a las que determina” (1999: 149); una de esas condiciones personales es la viudez.

El padre de Javier muere en un período de su ciclo vital en el que bien podría desear mayores niveles de autonomía, menores restricciones autoritarias; él ya había ingresado a escenarios universitarios y “*empezaba a pensar con fuerza y no sabía que hacer con tanta autonomía*”. Sin embargo, decide seguir acatando la autoridad encarnada en la madre, quien lo empieza a enfrentar a otras formas de ejercer la autoridad, totalmente distinta a la ejercida por el padre “todopoderoso”. Javier fortalece aún más las relaciones afectivas que siempre había tenido con su madre a pesar que las demostraciones no eran –como el mismo lo afirma– evidentes; estas se ubicaban más en el plano de lo simbólico. Esta relación fue planteada desde siempre por la falta del padre cercano –inclusive y sobretodo– en el tiempo durante el cual éste estuvo vivo.

La familia de Javier era relativamente numerosa; con él, el número de hijos era de seis. Pero la familia fue emigrando: algunos de los hermanos establecieron sus proyectos académicos en la capital, otros encontraron horizontes para sus vidas cotidianas y profesionales fuera del país. A la muerte del padre, la familia se encontraba conformada por Javier y la madre, de tal manera que esta familia se transformó en una monoparental femenina. Cuando Javier empezó a reflexionar sobre las formas de impartir su propia autoridad con su hija, reconoce que en él “*siempre hay problemas*”, que no sabe cómo hacerlo; al parecer se debe a una cuestión de voluntad, puesto que Javier asume en la actualidad la autoridad familiar como “femenina”, al fin y al cabo su madre se lo hizo entender así. Javier terminó “odiando” los referentes masculinos para impartir autoridad utilizados por su propio padre, y entendiendo que el ejercicio de la autoridad no debe ser generalizado, sino que debe ser construido desde la orientación y no de la sanción.

En este sentido, Javier no alcanza a reconocerse como figura de autoridad exclusiva y excesivamente restrictiva, en parte porque

ha logrado establecer con su hija unas relaciones diferentes, en tanto que, y retomando lo planteado por Nolasco, “la imagen del padre de hoy está construida, está cimentada más sobre la noción de complicidad, placer y gratificación que sobre la de una imagen divina y referencia moral” (Citado por Viveros 2003: 102). La democracia socio-política en el mundo moderno o contemporáneo definitivamente ha permeado la representación y la práctica de la democracia en las relaciones parentales, tal y como lo aseguran Maldonado y Micolta, esta tiene que ver con “las tomas de decisiones a favor del rompimiento del autoritarismo, el castigo físico, la ausencia y la distancia del padre y su falta de ternura” (220).

## REFLEXIONES FINALES

Estoy de acuerdo con Flaquer (39) cuando, citando a Harris, asegura que un contraste histórico no se produce entre determinantes, sino entre diferentes conjuntos de creencias, valores y categorías que dan forma a las relaciones y actividades, a partir de los cuales resulta posible asumir un mundo distinto si se logra –como los personajes narradores lo han venido haciendo– asumir esas estructuras de poder como construcciones humanas susceptibles a ser redefinidas.

El estudio de la paternidad innovadora muestra que, si bien la paternidad es una práctica que en muchos de sus estadios está influenciada socialmente, dicha influencia no la determina por completo; lo anterior, a pesar que las formas de querer y hacer se producen en condiciones sociales y culturales (Izquierdo: 95). Por otra parte, cada uno de los padres que participó en la investigación interpretó a su modo las exigencias culturales y sacó rendimiento de las capacidades y oportunidades a su alcance; precisamente por ello se puede asegurar que siempre existirá un margen para la libertad y el cambio.

El alcance del patriarcado como sistema de dominación ha logrado dimensiones insospechadas; este sistema se ha mantenido porque ha encontrado determinadas personas dispuestas a obedecer un orden determinado; esto es lo que, según Weber, se denomina disciplina de dominación: personas con probabilidad de obedecer pronta, automática y esquemáticamente, sin crítica, sin resistencias y

sin ánimos de cuestionamiento; pero resulta que en la actualidad la relación tradicional de mando entre hombres y mujeres en la cual los primeros tenían la potestad de mandar y las mujeres de obedecer, es más difícil de justificar (Citado por Flaquer: 18).

Este hecho, que es cada vez más frecuente, pudo ser confirmado en la vida de los personajes que hicieron posible esta investigación. Como investigadora, evidencié esto mismo en mi propia vida y, estoy segura, que también podrá hacerse evidente en la vida de algunas y algunos que leen este documento. Los personajes narradores se enfrentan a ellos mismos, a sus parejas y a un contexto en una actitud de reflexividad que los sitúa, en medio de contradicciones, en un punto en el cual *no pueden ser más*. Un orden se mantiene en tanto que no se cuestiona, pero cuestionar es precisamente lo que hacen estos padres a tal punto que en sus vidas no sólo tambalean sino que se derrumban muchos de los principios legitimadores del sistema.

La tarea por hacer es que esos nuevos significados acerca de los géneros, las relaciones y las emociones se articulen a unas nuevas prácticas vividas desde el convencimiento. Ya no hay razones suficientes para que las identidades masculinas sigan definiéndose desde la negación de lo femenino, como hasta ahora lo ha hecho la misma teoría. Las nuevas prácticas de la paternidad evidenciadas en este estudio demuestran que la masculinidad se redefine en tanto que se asumen actividades que se entendían como naturales del género femenino. De tal manera que las nuevas definiciones de masculinidad tendrán que hacer esfuerzos por definirla y comprenderla desde la afirmación humana, es decir, debe apostarse por definir lo masculino con la reafirmación de elementos femeninos, con el cuestionamiento de la asignación generalizada de actividades y roles de unos y otros. Esta es una demanda convertida en derecho humano: que los hombres se reconcilien consigo mismos, con su lado femenino, en palabras de Elizabeth Badinter.

Las transformaciones y los cambios de los que dieron cuenta los padres que participaron en la investigación favorecen, sin duda, las relaciones intrafamiliares: muchos de estos cambios tienen que ver con las dinámicas de reflexión a las cuales está sometida la práctica, que en

algunos casos está orientada por los nuevos significados que tienen los hijos y las hijas de hoy. Estos cumplen una función para con sus padres (Jiménez 2003: 122), ya no son un proyecto con miras a asegurar la vejez, sino que la relación establecida con ellos y ellas es distinta: en esta caben las emociones *–porque se dejan ser y su manifestación no es restringida–*, y los hijos son sujetos de derechos y no objetos útiles.

Con relación a lo expuesto, es posible afirmar que imaginar una paternidad distinta a la tradicional ya no debe remitir a un futuro remoto, pues es una realidad presente, es un hecho en pleno desarrollo –a pesar de los pocos casos–. La pregunta debe ser: ¿cómo debe ser esta paternidad innovadora? Esto permitirá profundizar en este tema tan complejo que enfrenta a los hombres y a las mujeres a un sin número de retos. Así, otros interrogantes son puestos en juego, tal y como lo señalan Burin y Meler: “¿cuáles son los aspectos de la masculinidad tradicional que no deseamos perder y cuáles definitivamente sí? ¿Perderá su encanto la sexualidad? ¿Se desgastarán en tareas extenuantes las mujeres?” (2000: 118).

Las contradicciones son muchas, pero este estudio permite establecer que, a pesar de las ambigüedades de nuestras sociedades y de los conflictos en las vidas de los personajes narradores involucrados en el estudio, ser distinto vale la pena. Estos hombres no solo se benefician a sí mismos, sino que también benefician a sus hijos y sus parejas. A pesar de esto, sigue habiendo mucho por hacer, tal y como lo plantea Lipovetsky (1999). Es necesario recordar que solo podremos sostener una democracia entre los géneros cuando, tanto los varones como las mujeres, experimentemos mayor bienestar a través de los arreglos flexibles para la familia, el amor y el trabajo. Burin y Meller, refiriéndose al tema, aseguran:

Explorar la masculinidad contemporánea debe enfrentarnos a cuestionamientos sobre la sexualidad, el poder y la cultura, para crear de modo colectivo nuevos modelos de varón; pero para que esto se logre, lo que en realidad debería modificarse son las representaciones acerca del poder, un poder que se destine a crear y no a dominar. (119)

El plantear este estudio en dos escenarios, los años sesenta y el principio del siglo XXI, ha permitido situar a los personajes narradores en sus distintas trayectorias de vida –desde la infancia hasta la adultez–, hasta el momento en que se convierten en padres. Esto también me permitió comprender que el género se construye a lo largo de la vida a través de un sinnúmero de situaciones y relaciones, y que, además –y creo que esto resulta ser lo más importante–, es una construcción que se produce en el plano de la intersubjetividad, es decir, que se encuentra mediada por las relaciones entre los sujetos. Este hecho es evidente en el caso de las masculinidades de estos personajes, de las cuales puede concluirse que “no son esencia, ni anclaje en la biología” (Connell citado por Burin y Meller: 125), con lo cual se convierten en un objeto legítimo para emprender estudios desde las perspectivas sociales.

Uno de los asuntos que pude plantear aquí –sin temor a equivocarme– es que las paternidades vividas y asumidas por los personajes narradores son distintas a las de sus progenitores. Transformadas estas prácticas, también sus familias adquieren una nueva forma histórica. Al respecto surge el siguiente interrogante: ¿cuál es esa nueva forma? Porque pareciera ser que ninguna de las definiciones –postmoderna, postfamiliar, relacional, individualista– puede abordarla en su complejidad (Flaquer 1999: 18).

Lo interesante es que, sin duda, las familias se están transformando no solo por las influencias provenientes desde fuera, sino que también a partir de las constantes transformaciones operadas en sus miembros, es decir, desde dentro. Este tipo de cambios configuran, quizá, el camino más abonado para pensar en un futuro –no tan lejano– de familias *potspatriarcales*.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ARENAS, Gloria. (2000). “Las madres en la educación, una voz siempre presente pero, ¿reconocida?”. En: Miguel Ángel Santos Guerra (coord.) *El harén pedagógico. Perspectivas de género en la organización escolar*. Editorial Graó: Barcelona.

ARRIAGADA, Irma y NOORDAM, Johanna. (1982). “Las trabajadoras del agro”. En: Leon, Magdalena. *Las trabajadoras del agro. Debate sobre la situación de la mujer en América Latina*. Asociación Colombiana para el estudio de la Población (ACEP): Bogotá.

BARBIERI, Teresita. “Sobre la categoría de género”. *Una introducción teórica y metodológica*. Edición de las Mujeres-ISIS Internacional: Santiago de Chile.

BARRETO, Juanita y PUYANA, Yolanda. (1996). *Sentí que se me desprendía el alma. Análisis de procesos y prácticas de socialización*. Ediciones INDEPAZ: Bogotá.

BERGER, Peter y LUCKMANN, Thomas. (2001). *La construcción social de la realidad*. Ed. Amorrortu S.A: Buenos Aires.

BOLÍVAR, Antonio. (2002) *¿De nobis ipsis silemus? Epistemología de la investigación biográfico-narrativa en educación*. Revista electrónica de investigación educativa, 4 (1). En: <http://redie.uabc.mx/vol4no1/contenidoivoivar.html>). Consultado el día 28 de febrero de 2007.

BUITRAGO, Liubka; MURILLO, Erika y JARRAMILLO, Patricia Stella. (2003). *Comercio y género: Colombia en los noventa*. Red internacional de género y comercio.

En: <http://www.generoycomercio.org/areas/investigacion/Colombia.pdf> Consultada el 15 de junio de 2007.

BURIN, Mabel y MELER, Irene. (2006). *Género y familia*. Paidós: Buenos Aires-Barcelona-México.

\_\_\_\_\_. (2000). *Varones. Género y subjetividad masculina*. Paidós: Buenos Aires-Barcelona-México.

CAMARERO, Luís Alfonso (coord.) (2006). *El trabajo desvelado. Trayectorias ocupacionales de las mujeres rurales en España*. En: [www.mtas.es/mujer/publicaciones/docs/Eltrabajodesvelado.pdf](http://www.mtas.es/mujer/publicaciones/docs/Eltrabajodesvelado.pdf). Consultada el día 22 de agosto de 2007

CLARE, Anthony. (2002). *La masculinidad en crisis*. Taurus Ediciones, S.A. Grupo Santillana: Madrid.

COFFEY, Amanda y ATKINSON, Paúl. (2003). *Encontrar el sentido a los datos cualitativos. Estrategias complementarias de investigación*. Editorial Universidad de Antioquia: Medellín.

CONNELLY, Michael y CLANDININ, D. Jean. (1995). "Relatos de experiencia e investigación narrativa". En: Rodríguez, María; Larrosa, Jorge (col.) *Déjame que te cuente. Ensayos sobre narrativa y educación*. Editorial Alertes: Barcelona.

CORNEJO, Inés. (2006). *El centro comercial: ¿una nueva forma de "estar juntos"?*. En: [www.culturayrs.org.mx/revista/num1/cornejo.htm](http://www.culturayrs.org.mx/revista/num1/cornejo.htm). Consultada el día 22 de agosto de 2007.

CRUZAT, Claudia y ARACENA, Marcela. (2006). "Significado de la paternidad en adolescentes varones del sector Sur-Oriente de Santiago". En: *Revista Psykhe*. Volumen 15. No 1. Consultada el 2 de Febrero de 2008. Pontificia Universidad Católica de Chile. [www.scielo.cl/scielo.php?pid](http://www.scielo.cl/scielo.php?pid).

FAO. (1995). *Mirando hacia Beijing 95. Mujeres rurales en América Latina y el Caribe. Situación. Perspectivas, propuestas*. En: [www.fao.org/docrep/X0248S/X0248S00.htm-9k](http://www.fao.org/docrep/X0248S/X0248S00.htm-9k). Consultada el día 1 de septiembre de 2007.

FAUR, Eleonor. (2004). *Masculinidades y desarrollo social. Las relaciones de género desde la perspectiva de los hombres*. UNICEF. Arango Editores: Bogotá.

FLAQUER, Lluís. (1999). *La estrella menguante del padre*. Editorial Ariel. Barcelona

FOX, Keller Evelyn. (1991). *Reflexiones sobre género y ciencia*. Traducción de Ana Sánchez. Edicions Alfons el Magnanim, Institució Valenciana D'estudis i Investigació: Valencia.

GARCIA, Carlos Iván. (2003), "Investigación cualitativa como jazz. Variaciones prospectivas de una analogía". En: *Revista Nómadas. Desafíos de la investigación*.

GONZÁLEZ, Mercedes (1999). "Cambio social y dinámica familiar". En: *Revista Nómadas*. No 11. Octubre. Santa Fe de Bogotá.

GUTIÉRREZ DE PINEDA, Virginia. (1987). "La familia en Cartagena de Indias". En: *Boletín cultural y bibliográfico*. Biblioteca Luis Ángel Arango. Volumen XXIV- Numero 10.

\_\_\_\_\_. (1999). "La dotación cualitativa de los géneros para su estatus y función". En: *Revista Nómadas*. Santa Fe de Bogotá. No 11. Octubre. pp. 148-163

\_\_\_\_\_. (2000). *Familia y cultura en Colombia*. Editorial Universidad de Antioquia: Colombia.

GUZMÁN, Virginia (2002). *Las relaciones de género en el mundo global*. Serie Mujer y Desarrollo. CEPAL: Santiago de Chile.

IZQUIERDO, María de Jesús. (1999). *Cuando los amores matan*. Ediciones Libertarias.

JIMÉNEZ, Blanca Inés. (1999). "Las familias nucleares poligénicas: cambios y permanencias. Reflexiones en torno a los

resultados de una investigación”. En: *Revista Nómadas*. No 11. Santa Fe de Bogotá. Octubre.

KIMMEL, M. (1992). “La producción teórica sobre la masculinidad: Nuevos aportes”. En: *Fin de siglo. Género y cambio Ccvilizatorio*. Ediciones de las Mujeres-ISIS Internacional: Santiago de Chile.

KNIBIEHLER, Ivonne. (1997). “Padre, patriarcado, paternidad”. En: Silvia Tubert (coord.). *Las figuras del padre*. Ediciones Cátedra: Madrid.

LAGARDE, Marcela. (1993). “Identidad genérica y feminismo”. En: *XIII congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas*. Ciudad de México.

Anales de la Universidad de Chile. (1997). *Las mujeres rurales en el contexto de la modernización agraria*. En: [www.anales.uchile.cl/6s/n5/estudios6b.html-17k](http://www.anales.uchile.cl/6s/n5/estudios6b.html-17k). Consultada el día 20 de agosto de 2007.

LIPOVETSKI, Gilles. (1994). *El crepúsculo del deber*. Editorial anagrama. S.A.: Barcelona.

LÓPEZ, Yolanda. (1999). “La familia, una construcción simbólica: de la naturaleza a la cultura”. En: *Revista Colombiana de Trabajo Social*: Bogotá.

MALDONADO, María Cristina y MICOLTA, Amparo. (2003). “La autoridad, un dilema para los padres y madres al final del siglo XX. El caso de Cali”. En:

PUYANA, Yolanda (comp.). *Padres y madres en cinco ciudades colombianas. Cambios y permanencias*. Almudena Editores: Bogotá.

MACDOWEL; Linda. (2000). *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*. Ediciones Cátedra: Madrid.

MCEWAN, Hunter y EGAN, Kieran. (1998). *Las narrativas en el estudio de la docencia*. Amorrortu Editores: Buenos Aires.

MASSOLO, Alejandra. (1998). “Testimonio autobiográfico femenino: un camino de conocimiento de las mujeres y los movimientos”. En: Lulle, Thierry, Vargas, Pilar y Zamudio, Lucero.

(Coords.). *El uso de la historia de vida en las ciencias sociales II*. Editorial. Anthropos-Universidad Externado de Colombia: Colombia.

MATURANA, Humberto (1995). *La realidad social: ¿objetiva o construida? I. Fundamentos biológicos de la realidad*. Anthropos Editorial-Universidad Iberoamericana-Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente: Barcelona.

MELER, Irene. (2006). "Parentalidad". En: BURIN, Mabel y MELER, Irene. *Género y Familia*. Paidós: Buenos Aires-Barcelona-México.

MONTECINO, Sonia. "Identidades de género en América Latina: Mestizaje, Sacrificios y simultaneidades en género e identidad". En: ARANGO, Luz Gabriela, et al. *Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*. TM Editores: Bogotá.

MORAD, María del Pilar y BONILLA, Vélez Gloria. (2000). *Informe de investigación. Cambios en las representaciones sociales de la paternidad y maternidad en cinco ciudades Colombianas. Un análisis desde la perspectiva de género. Caso Cartagena de Indias*.

MOSQUERA, Rosero Claudia. (1994). "Familias de los sectores populares cartageneros". En: *Las famitas de hoy en Colombia*. Presidencia de la Republica-Consejería Presidencial para la Política Social-Instituto Colombiano de Bienestar Familiar- Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, UNICEF.

MUÑOZ, Onofre Darío. (2003). "Construcción narrativa en la historia oral". En: *Revista Nómadas* N. 18. Universidad Central. Departamento de Investigación. Bogotá.

NAROTZKY, Susana. (1997). "El marido, el hermano y la mujer de la madre: algunas figuras del padre". En: .Silvia Tubert (coord.). *Las figuras del padre*. Ediciones Cátedra: España

OLAVARRÍA, José. (2001). *Invisibilidad y poder. Varones en Santiago de Chile*.

VIVEROS, Mara; OLAVARRIA, José y FULLER, Norma. (2000). *Hombres e identidades de género*. Universidad Nacional de Colombia-CES: Bogotá.

PALACIO, Maria Cristina y VALENCIA, Ana Judith. (2001). *La identidad masculina: un mundo de inclusiones y exclusiones*. Editorial Universidad De Caldas.

PINEDA, Javier. (2007). *Familia y masculinidades. Retos para la economía del cuidado y las políticas públicas. Ponencia presentada al Seminario Internacional Bogotá por los derechos de las familias*. Secretaría de Integración Social-Universidad Nacional de Colombia: Bogotá.

PUYANA, Yolanda. (1998). "Que mis hijos no sufran lo que yo sufrí". En: *Cambio y continuidades en las relaciones de género*. Universidad Nacional de Colombia-CES: Bogotá.

\_\_\_\_\_ et. al. (1999). *Mujeres, Hombres y Camino Social*. Universidad Nacional de Colombia-CES: Bogotá.

\_\_\_\_\_. (1999). "La historia de vida: recurso en la investigación cualitativa". En: *Revista Colombiana de Trabajo Social*. N. 13. CONESTS. Bogotá.

\_\_\_\_\_. (2000). "¿Cómo se convierten en mujeres las niñas del Norte de Bolívar? Procesos de socialización y formación de la identidad". En: *Revista Palabra*. N 1. Universidad de Cartagena-Facultad De Ciencias Sociales Y Educación: Cartagena.

\_\_\_\_\_. (2006). *Padres y madres innovadores o tradicionales: estudios de historias de vida y familiares*. Documento inédito. Universidad Nacional de Colombia: Bogotá.

SANTAMARINA, Cristina y MARINA, José Miguel. (1997). En: SANDOVAL, Carlos. *Investigación cualitativa. Programa de especialización en teorías, métodos y técnicas de investigación social*. Bogotá.

SEIDLER, Víctor. (2006). *Masculinidades, vidas íntimas y globalización*. Traducción de Joseph Sarret Grau. Ediciones de Intervención Cultural- Montesinos Ensayo: Londres.

\_\_\_\_\_. (2000). *La sinrazón masculina. Masculinidad y teoría social*. Editorial Paidós-Universidad Nacional Autónoma de México: México.

SELMAN, Ana. (1998). “Historia de vida: individualidad y proyectos de desarrollo”. En: Lulle, Thierry, Vargas, Pilar y Zamudio, Lucero. (Coords.). *El uso de la historia de vida en las ciencias sociales II*. Editorial Anthropos-Universidad Externado de Colombia.

STREICKER, Joel. (1991). *Sentimiento e interés: Construyendo identidades de clase y género en Cartagena (Colombia)*. Traducción de Ema Castillo. Universidad de Stanford.

TUBERT, Silvia. (1996). *Figuras de la madre*. Ediciones Cátedra-Instituto de la Mujer-Universitat de Valencia: Madrid.

\_\_\_\_\_. (1997). *Figuras del padre*. Ediciones Cátedra-Instituto de la Mujer-Universidad de Valencia: Madrid.

VIVEROS, Mara. (1997). “Los estudios sobre lo masculino en América Latina. Una producción teórica emergente”. En: *Revista Nómadas*, No 6. Universidad Central: Bogotá.

\_\_\_\_\_; OLAVARRIA, José y FULLER, Norma. (2001). *Hombres e identidades de género*. Universidad Nacional de Colombia-CES: Bogotá.

\_\_\_\_\_. (2002) *De quebradores y cumplidores*. Universidad Nacional de Colombia-CES: Bogotá.

\_\_\_\_\_. (2003). “Perspectivas latinoamericanas actuales sobre masculinidad”. En: Patricia Tovar (Ed.). *Familia, género y antropología*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia: Bogotá.

WILCHES, Ivonne. (1998). *Maternidad y paternidad desde el Feminismo*. Tesis para optar por el título en Magíster en Estudios de Género. Facultad de Ciencias Humanas-Universidad Nacional de Colombia: Bogotá.

ZAMUDIO, Lucero y RUBIANO, Norma. (1994). *Las familias de hoy en Colombia. Tomo 1. La familia en Colombia*. Presidencia de la Republica-Consejería Presidencial para la Política Social-Instituto Colombiano de Bienestar Familiar.

Bertaux, D. (1996). Los relatos de vida en el análisis de lo social. En *Historia y fuente oral* (nº 1). Barcelona: Universidad de Barcelona. Pags. 91-102

Castells, M. Subirtas, M. (2007) *Mujeres y hombres ¿Un amor imposible?* Alianza editorial. Madrid

## GLOSARIO

**Innovación:** Se refiere a la resistencia de los padres que participaron en la investigación a ser iguales al progenitor. Transgresión, cambio.

**Hitos:** Acontecimiento muy importante y significativo en la vida de una persona.

**Narrativas:** Se comprende en ésta investigación como paradigma. Hace referencia a una comunicación con sentido que refuerza la experiencia y ve ésta comunicación como una historia.

**Permear:** Hace referencia a un proceso de culturización.

**Reafirmación:** confirmarse, que para éste caso hace referencia a ratificarse en el lugar de género.

**Desnaturalización:** en ésta investigación se entenderá como el proceso que nos permite trasladar muchos presupuesto de lo que culturalmente se entiende por masculino y femenino, de lo natural o biológicamente instituido y trasladarlo al terreno de la construcción social y cultural que permita pensar en cambios.

**Hombres alternativos:** hace referencia a hombres distintos en relación al modelo tradicional patriarcal de ejercer la paternidad.

**Legitimación:** Proceso a través del cual una cultura instala una categoría como institución válida y aprobada por sus normas y leyes.

**Socavar:** Lectura profunda. Excavación de lo oculto por los estereotipos culturales a través de la interpretación.

**Intersubjetividad:** Se trata de la descripción de la “vivencia” subjetual del mundo: el Mundo vivido por el sujeto. Pero se trata de una “conciencia” o “vivencia” común, intersubjetiva, que hace posible referirnos a un “mundo común”.

**Realidad-real:** realidad material propuesta por el materialismo clásico.

**Postura militante:** En ésta investigación se refiere a compartir política, ética y epistemológicamente los postulados de las teorías feministas y de Género.

**Bastidor:** armazón, esqueleto.

**Difusa:** imprecisa

**Hablante:** padre entrevistado, quién relata su vida a través de la entrevista.

**Si mismo:** se refiere a la vida íntima de quién habla u ofrece la narración en forma de historia.

**Proceso osmótico:** hace referencia a la permeabilidad del cuerpo como lugar de interseccionalidades.

**Plasticidad:** se refiere a la capacidad de flexibilidad humana.

**Falocéntrico:** hace referencia a la sobrevaloración de lo masculino en tanto a falo en una cultura. Referencia de poder.

**Performance corporal:** El cuerpo y sus lenguajes. Procura la integración de códigos, símbolos, e imágenes.

**Monte:** término utilizado en el caribe colombiano para referirse a lo rural.

**Homosocial:** espacios de socialización de personas del mismo sexo. En ciencias sociales se refieren a escenarios de vinculación.

**Dominación patriarcal:** Opresión del patriarca.

**MAPI:** término emergente de los relatos que se refiere a la conjugación perfecta entre papá y mamá.

**Hombre dominante:** Hombre ajustado al sistema patriarcal que asume una relación en el lugar del subordinador.

**Paternaje:** vinculación y preocupación por todo lo que implica la gestación.

**Paternar:** acción de la paternidad ligada al mundo de los afectos.

**Padre de antaño:** Hombre-padre que se ajusta al modelo tradicional

**Patriarca:** hace referencia en ésta investigación a dominador, jefe adscrito por la cultura como autoridad y norma.

**Interlocutor:** Se refiere en ésta investigación a todas las personas que intervinieron en el dialogo que permitió la recogida de la información

**Proyecto emancipador:** En el contexto de la investigación significó todo relato que tuviera implícita o explícitamente un acto de liberación

**Afeminamiento:** En el contexto patriarcal y excluyendo afeminamiento significa todo acto, gesto o comportamiento propio de las mujeres.

**Hitos:** Acontecimiento muy importante y significativo en la vida de una persona.

**Personaje:** Se llamo personaje en éste investigación a cada hombre entrevistado que asumía el protagonismo central de la conversación.

**Sí mismo:** Suma total de todo aquello que un individuo puede llamar propio.

**Íntimo-Intimidad:** Privado, reservado y profundo en relación a las vidas contadas.

**Familia de reproducción:** Unión heterosexual dispuesta a procrear

**Organizarse:** Término utilizado comúnmente en el Caribe Colombiano, para referirse a una pareja se une y conforma su grupo familiar. Se pueden escuchar expresiones como: “Fidel ya se

organizó”; esto quiere dar a entender que ya convive con su familia de reproducción.

**Tendencia:** Se retomó de la teoría de Mercado para referirnos a inclinación o disposición a suceder algo, o comportarse un agente de una manera determinada; Orientación o facción determinada dentro de un grupo

**Familias nucleares:** Se ajusta al modelo tradicional de familia. Se espera que esté integrada por el padre, la madre y los hijos conviviendo en un mismo techo.

**Modelo familiar nuclearizado:** Estereotipo desde el cual se intenta en una sociedad organizar desde la figura nuclear: padre, madre e hijos a todas las familias y desde allí valorarlas asumiendo como funcional del modelo Nuclear.

**Familia poligenética:** Tipología familiar que se utiliza para referirse a las familias integradas por hijos e hijas de otras uniones. Confluyen en convivencia los tuyos, los míos y los nuestros.

**Lazos de afinidad:** Concepto que se retoma del Derecho para referirnos a un tipo de parentesco que se produce entre los parientes consanguíneos de dos personas que están unidas por matrimonio.

**”Pan debajo del brazo”:** Se trata del dicho que reza: “Cada niño viene con su pan debajo del brazo”. Con esta expresión se hace referencia al hecho de que cada vez que nace un hijo o una hija siempre las cosas resultan para que éste o ésta pueda crecer y alimentarse de manera adecuada.

**Proveeduría familiar:** Se refiere a quién aporta los recursos económicos en el hogar

**Opuestos complementarios:** concepto retomado de la teoría de género para referirnos a la relación entre dos personas que asumen roles completamente distintos pero que generalmente son asumidos en el contexto patriarcal como de complemento

**Reificación:** Etimológicamente, **reificar** significa “convertir en cosa” también se refiere a la reificación o cosificación de las relaciones

sociales. Este concepto está vinculado a las nociones de Marx de alienación y al fetichismo.

**Naturalizado:** Concepto contextualizado culturalmente que se utiliza para referirse a asuntos de la vida que son concebidos por las personas como natural del si mismo, que no cambia que no se transforma

**Desnaturalizado:** proceso de transformación en el que la persona asume un asunto de su vida como una construcción cultural y NO natural.

**Referente masculino:** Relativo al hombre desde allí se hace la valoración a lo demás en el contexto de una cultura.

**Progenitores:** para referirse al origen-padre.

**Familismo:** trasladar la organización y dinámica familiar a otros escenarios de la vida. Se traslada la organización de autoridad o norma por ejemplo a la escuela a las empresas. Se asumen otros espacios como familias.

**Resignificación:** otorgarle otros sentidos distintos a la existencia humana a los impuestos por el sistema patriarcal.



La impresión de este libro se realizó en papel bond blanco 90 grs. para páginas interiores y propalcote de 280 grs. para la portada con plastificado mate. Con un tiraje de 200 ejemplares. El libro PATERNIDAD INNOVADORA EN CARTAGENA. Un proyecto esperanzador... de la autora Carmenza Jiménez Torrado, hace parte de la primera convocatoria para la publicación de libros de la colección de investigación Francisco José de Caldas de la Universidad de Cartagena. El diseño y diagramación se realizó en la Editorial Universitaria - Sección de Publicaciones de la Universidad de Cartagena y se terminó de imprimir en el año 2014 en la empresa Alpha Impresores, en la ciudad de Cartagena de Indias, Colombia.